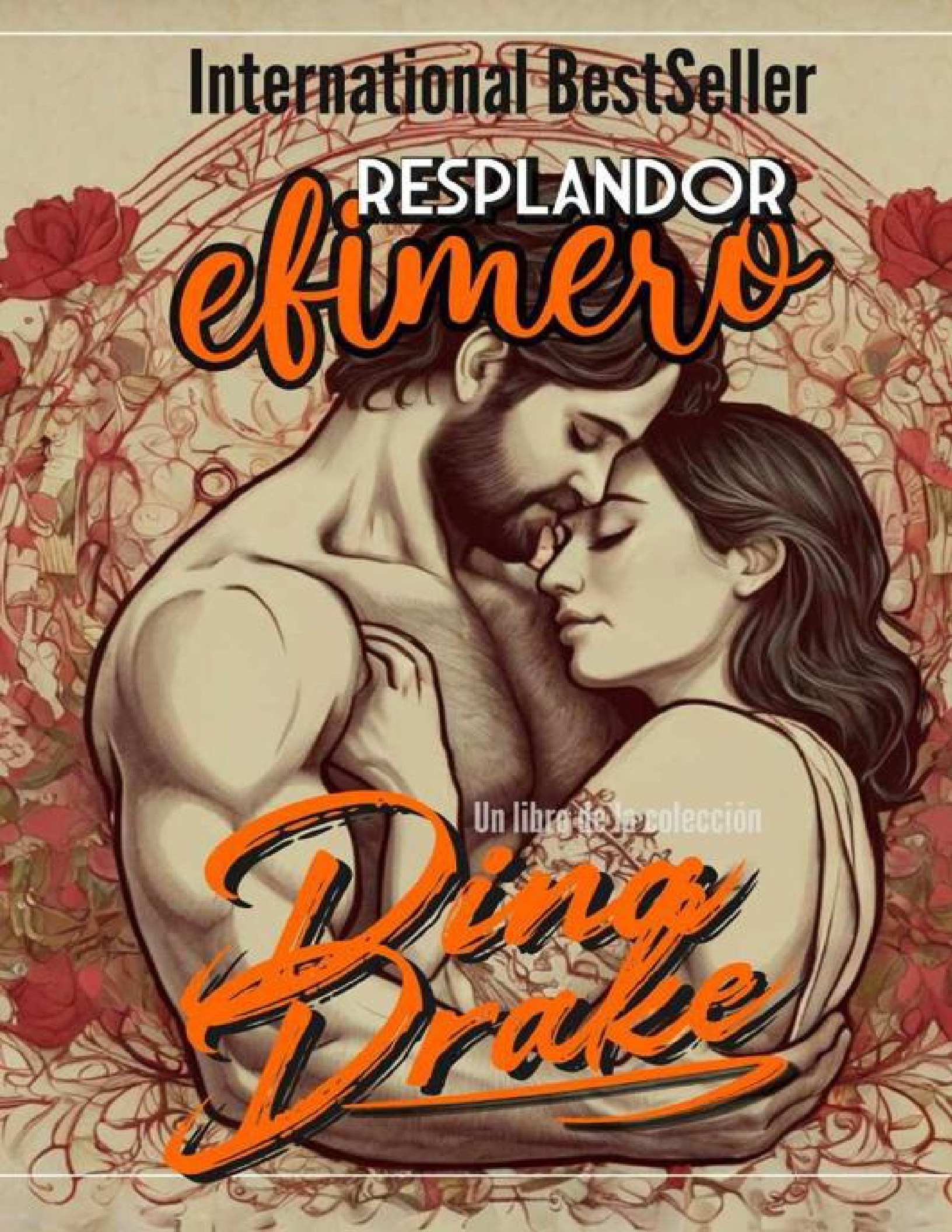
International BestSeller

RESPLANDOR efímero



Un libro de la colección

Bing Drake

Un libro de
Dina Drake

Resplandor Efímero

Prologo

Kayleigh, cuya figura imponente adornaba las pasarelas más prestigiosas del mundo de la moda, se hallaba sumida en un profundo abismo emocional. En la superficie, su vida relucía con el brillo característico de las estrellas del espectáculo, pero en lo más íntimo de su ser, cargaba el peso aplastante de una pérdida irreparable.

La traición de Noah, el hombre que había sido su roca y su confidente, fue un golpe devastador que desgarró su corazón en pedazos. Descubrir que el amor de su vida había mantenido relaciones con su propio agente, dejó a Kayleigh en un estado de shock que aún no había logrado superar. Pero la tragedia no terminó ahí; el fruto más preciado de su unión, su hijo, también se desvaneció en la bruma de la traición, llevándose consigo los sueños compartidos de una familia feliz.

Sin embargo, en el mar de dolor y desesperación, una pequeña luz de esperanza se abrió paso. El destino, caprichoso e impredecible, les concedió una segunda oportunidad cuando Noah y Kayleigh se encontraron nuevamente en las exuberantes playas de las Bahamas. Para Kayleigh, este encuentro fue como una llamada del universo, una oportunidad para sanar las heridas del pasado y reconstruir lo que una vez fue su felicidad.

Pero la realidad que encontró al reencontrarse con Noah estaba muy lejos de las fantasías que había imaginado. El hombre al que una vez amó con toda su alma ahora parecía distante, envuelto en una coraza de misterio y secreto. La pasión y la complicidad que solían compartir se desvanecieron como una sombra fugaz en la oscuridad de lo que una vez fue.

Ante esta dolorosa realidad, Kayleigh se encontraba en una encrucijada emocional, luchando contra las fuerzas opuestas que tiraban de su corazón. Por un lado, el deseo ardiente de recuperar lo que una vez fue suyo, de restaurar la felicidad que se desvaneció entre las grietas del dolor y la traición. Por otro lado, el miedo paralizante a enfrentarse a un hombre que ya no reconocía, cuyo corazón parecía estar envuelto en sombras impenetrables.

¿Era ridículo aferrarse a la esperanza de restaurar lo que una vez tuvieron juntos? ¿Merecía la pena el riesgo de abrir su corazón una vez más, sabiendo que podría romperse en mil pedazos? Estas preguntas la atormentaban día y noche, como un eco persistente en el laberinto de su mente.

Kayleigh sabía que la decisión no sería fácil, que requeriría coraje y determinación. Pero también sabía que, al final del día, debía encontrar la paz dentro de sí misma, ya sea caminando hacia adelante con Noah a su lado o dejándolo atrás en el polvo del pasado.

Capítulo 1

Bahamas, 1993.

Desde la cubierta de embarcación, Lacuma Lay se veía como un idílico lugar.

Kayleigh se sentía a gusto y feliz en aquel puerto, que parecía un verdadero paraíso.

Aunque paradisíaco sólo desde el punto de vista geográfico, se dijo en tanto sus manos apretaban la barandilla del barco. Su propia experiencia le había enseñado que no era precisamente un paraíso y un día se alejó de Lacuma Lay jurando no regresar jamás.

No había tenido otra opción, reflexionó con un gesto despectivo. Para ser sincera, casi fue arrojada de la isla, aquel día en que las lágrimas le impidieron ver las luces de Wood a través de la ventana de jet de Noah. Y juró no regresar, pues entonces no imaginó que él obtendría la custodia de Ollie.

Kayleigh respiro hondo, soltó la barandilla y frotó las manos sudorosas en su falda de algodón. «Debo tranquilizarme», se dijo, consciente de que estaba permitiendo que los nervios se apoderaran de ella. Sabían de su regreso. Carmen la había invitado. No tenía sentido hacer conjeturas antes de conocer los hechos.

Movió la palma de las manos sobre la falda, dibujando brevemente la parte superior de sus muslos y se percató de que un grupo de marineros la observaban desde la proa. En circunstancias normales los habría ignorado. Estaba acostumbrada a que la miraran. Pero ese día, con las emociones a flor de pie, no se encontraba de humor para soportar nada. Los observó con frialdad y les volvió la espalda.

Pero no sería tan fácil evitarlos. Revisó su indumentaria. La estrecha falda de algodón a escasos centímetros por encima de la rodilla le pareció bastante recatada esa mañana, cuando se miró en el espejo del cuarto del hotel, en Nassau. Por la ventana vio a las mujeres con la falda más corta e incluso cortísimos pantalones, por lo cual su blusa de seda azul oscuro y la falda de algodón parecían bastante formales. El problema era que debido a su casi uno setenta de estatura, los hombres tendían a fijarse más en sus piernas. Deseó haberse puesto un pantalón.

Pero hacía tanto calor. Las Bahamas en el mes de junio no eran su lugar favorito, y la idea de ponerse de nuevo el pantalón de algodón que había usado durante el vuelo desde Londres no le atrajo. Por lo tanto, su elección se limitaba a los shorts que llevó para ponérselos en Wood, una de las dos faldas o uno de los tres vestidos veraniegos.

Con una mano se levantó el pelo del cuello, esta vez, sin darse cuenta de otros ojos que seguían el movimiento de su busto bajo la delgada tela de la blusa. El sostén de encaje marcaba aún más sus senos, y el capitán de la embarcación barrió con mirada

expresiva la inocente revelación y se preguntó por qué la hermosa mujer regresaba a la isla. Después de todo, era conocida la razón de su partida. Debía tener algo que ver con el señor Richmond. Aunque recordando la manera en que la arrojó de allí, era probable que ni siquiera supiera de su regreso.

Se acercaban al muelle, las especulaciones del capitán cesaron y su atención se centró en las maniobras para llevar el barco a puerto. Era el único transporte público a Lacuma Lay, ya que el arrecife de corales que rodeaba la isla evitaba con éxito cualquier desembarco no programado. De todas formas, en la isla no existían hoteles y, por lo tanto, no había turistas. Nadie pasaba inadvertido al desembarcar y como la mayoría de los invitados del señor Richmond llegaban en avión, era poco común que el capitán Payton llevara algo más que provisiones.

Unos brazos asieron la soga de la embarcación y la anudaron al muelle de piedra. Kayleigh cerró los puños y tomó aire, dándose ánimos para desembarcar. Llevaba una maleta. Tal vez, pensó en su interior, había sido demasiado optimista, aunque de todas formas no hubiera podido viajar sin llevar dos o tres mudas, ¿o sí? También llevaba un bolso con sus documentos de viaje y otros artículos personales. Colocó la chaqueta de ante gris que usó al salir de Londres entre las correas del bolso y se lo colgó del hombro mientras esperaba el momento para desembarcar.

— Imagino que el señor Richmond la está esperando.

La voz del capitán Payton la distrajo de momento y se volvió hacia él con una sonrisa que deseó fuera convincente.

— Ya deben estar esperándome — respondió sin ser más explícita —. Gracias por tan agradable trayecto, he disfrutado.

El capitán Payton le devolvió la sonrisa, su rostro oscuro y su minúsculo y lustroso bigote reflejaron admiración por su belleza.

— Encantado de haberla servido — aseguró con gentileza — . Tal vez tenga el honor de volver a verla cuando regrese a New Providence.

— Sí, es posible — nerviosa, Kayleigh movió la cabeza antes de centrar su atención en la multitud de rostros en el puerto mientras reflexionaba si Noah la dejaría partir llevándose a Ollie.

Al fin llegó el momento de descender, Kayleigh se despidió del capitán con una breve inclinación de cabeza y emprendió camino. No tenía prisa por desembarcar. Aparte de ella, sólo había otro pasajero que en ese momento charlaba con algunos miembros de la tripulación.

Al bajar la escalinata, Kayleigh fijó la vista en los rostros que la observaban con curiosidad. Después volvió la mirada hacia la cima de la colina, salpicada de casas, todas decoradas igual. Techos color coral y, ventanas adornadas con balcones de hierro forjado.

¿En dónde estará Carmen?, se preguntó preocupada al poner pie en la isla después de seis años. La hermana de Noah prometió ir a recibirla. ¿Sería posible que en el último momento se arrepintiera?

Vio al encargado del puerto, un hombre de piel morena, avanzar hacia ella y su corazón dio un vuelco. De la misma manera que el capitán Payton y que probablemente el resto de la gente, debía de estar enterado de su precipitada salida de la isla. Lo último que deseaba era tener que dar explicaciones, pero si Carmen no aparecía pronto, ¿qué alternativa tendría?

Y cuando se volvió para agradecer a un miembro de la tripulación el haber bajado su maleta hasta el muelle, oyó con alivio el motor de un coche. Se volvió y alcanzó a percibir el jeep que bajaba la colina.

La joven que bajó del jeep era la hermana de Noah. Tenía el mismo pelo negro y la piel aceitunada; la misma constitución delgada y la misma desenvoltura, pero allí terminaba todo el parecido, pues Noah era alto y Carmen de estatura media y las facciones angulares que le iban tan bien a Noah, en ella no lograban el mismo efecto; sin embargo, era una mujer atractiva, de buen corazón y una personalidad encantadora. Tanto ella como su esposo, Sullivan Newman, habían sido buenos amigos de Kayleigh.

— ¡Kayleigh! — exclamó acercándose a ella para abrazarla — . ¡Kayleigh, me alegro de verte! — la alegría de la chica parecía tan auténtica que Kayleigh se relajó — . Y para variar, llego tarde. Pero, ya me conoces, ¿verdad?

Kayleigh correspondió al abrazo con gusto, y sintió alivio al ver a la hermana de Noah. Sabía que ella la apoyaba. Había sido un viaje difícil; todo el tiempo luchando contra su temor y la duda de haber hecho bien al acudir a esa llamada. Pero ahora, la bienvenida de Carmen la convencía de que había hecho lo correcto al aceptar la invitación. Además, su sueño de volver a ver a Ollie, ahora sería realidad.

— Estoy encantada de volver a verte, Carmen. Tenía miedo de que no llegaras. No hubiese sabido cómo explicarle a Brandon Robertson mi presencia aquí.

— Brandon toma demasiado en serio su papel — dijo Carmen sin darle importancia. En ese momento el encargado del muelle se retiraba satisfecho de comprobar que Kayleigh era bienvenida — . No te preocupes por él, ya estoy aquí. Déjame verte. ¡Cielos!, no has cambiado nada. Había olvidado lo bella que eres. ¡Vas a impresionar a Sullivan!

— Lo dudo — Kayleigh sabía que era una cortesía, pues Carmen y su esposo eran una pareja envidiable — . ¿Cómo están Sullivan y los niños?

— Todos bien — respondió Carmen — . Sullivan, trabajando como siempre, y mis hijas en la escuela.

— Anda, vamos — la apresuró Carmen — . Estamos perdiendo tiempo charlando aquí. Me imagino que te mueres por ver a Ollie. Yo me sentiría igual si estuviera en tu caso.

Kayleigh subió su maleta, se sentó en el jeep al lado de Carmen y se relajó. Si hubiese querido que su llegada fuera más notoria, le habría costado trabajo conseguirlo.

El pequeño vehículo dio la vuelta y se alejó del puerto de Lacuma Lay. Kayleigh imaginó el inminente encuentro con su hijo con verdadera emoción. Hacía nueve meses que no lo veía, pues en Navidad no pudo pasar un mes con ella porque Noah le informó, a través de su abogado, que Ollie estaba resfriado y era contraproducente que viajara a un clima frío. Kayleigh se quedó muy desilusionada, por supuesto. En ese tiempo le ofrecieron una misión en la India, pero ella se negó a salir de Londres con la esperanza de que Noah cambiara de opinión, pero Zara la convenció de que perdía el tiempo.

— Así que — dijo, volviéndose a Carmen — , ¿cómo está él?

— ¿Ollie? — Carmen encogió los hombros — . Está bien.

— Quería decir Noah — rectificó Kayleigh con un estremecimiento al pronunciar su nombre — . Dijiste... que sufrió un colapso y que lo llevaron al hospital. ¿Está muy grave?

Carmen se pasó la lengua por los labios y Kayleigh tuvo la impresión de que la joven estaba nerviosa. Pero, ¿por qué? ¿Qué era lo que andaba mal? Un presentimiento la invadió. ¿Había sido sólo una argucia de Carmen para hacerla regresar?

— ¿Sufrió un colapso, no? — y sin dar tiempo a que le respondiera, añadió — . Esto no es jus...

— No, te dije la verdad. Sufrió un colapso — Carmen la miró con el rostro tenso — . Dijeron que fue exceso de trabajo, llámalo como quieras. Desde que... bueno, desde que se casó con Elois, ha trabajado duro. No acepta consejos. Ya sabes como es Noah.

— Cuando me llamaste dijiste que... Elois... se había marchado — le dolía pronunciar ese nombre también.

Le dolía pensar que Noah se había casado con otra mujer unas semanas después de que su hijo naciera.

— Sí, sí — Carmen se expresó con más confianza — , te lo dije. Eso fue hace una eternidad. Por eso te llamé. Estando Noah en el hospital y sólo los criados en casa, Ollie necesitaba a su madre.

Kayleigh respiró profundo al recordar el pasado. Por un momento la idea de volver a ver a su hijo le quitó el aliento. Nueve meses era demasiado tiempo, y rogaba al cielo que no la hubiese olvidado.

Subieron hasta llegar a Hert Point e iniciaron el descenso hacia Wood.

— Algunas veces me pregunto cómo fue que Noah se casó con ella — la voz de Carmen le recordó la razón de su visita — . No creo que la haya amado. Jamás dio esa impresión.

— Eso piensas?

Kayleigh se sintió obligada a hacer algún comentario. Pero sabía a la perfección la razón por la que Noah se casó con Elois. O al menos creía saberla. Con una esposa, sería más fácil convencer al juez de su estabilidad familiar para obtener la custodia de su hijo; una estabilidad que Kayleigh no tenía. Con ese matrimonio y una posición económica envidiable, le fue fácil obtener la custodia.

— Pero — Kayleigh la increpó, obligándola a enfrentarse a la situación — . ¿Cuánto tiempo permanecerá en el hospital? ¿Necesitará algún tratamiento especial cuando regrese a casa?

El silencio que siguió a esas palabras hizo que su estado nervioso aumentara. Durante algunos segundos todo lo que pudo oír fue el sonido de las olas del mar contra los arrecifes y el latido de su corazón.

— Ya no está en el hospital, ¿verdad? — preguntó temerosa. Y con angustia añadió — . Carmen, Carmen, ¿cómo has podido hacerme esto?

— No te alteres...

— ¿Por qué no? ¿Sabe él que estoy aquí?

— No, pero... Kayleigh, no es lo que te imaginas — Carmen mantuvo los ojos en la carretera, sus manos apretaban el volante con fuerza — . Él... él estuvo en el hospital hasta ayer por la tarde. No tenía sentido que te llamara al hotel en Nassau para decirte que no vinieras. Se supone que aún debía estar en el hospital. Es cierto, te digo la verdad.

El terror que Kayleigh experimentó momentos antes en el muelle aumentó. «Dios mío», pensó angustiada, «y yo que me sentía feliz ante la posibilidad de volver a ver a mi hijo». En vez de eso, se encontraría con Noah, cuya reacción sería tan terrible, que difícilmente le permitiría conseguir su propósito.

— Mira, estás viendo las cosas de manera equivocada — dijo Carmen nerviosa al observar la palidez y exaltación de Kayleigh — . Cálmate, ¿quieres?

— ¿Hablas en serio? — Kayleigh movió la cabeza sin poder creer lo que acababa de oír — . Carmen, he venido porque Ollie me necesitaba, pero si su padre ya ha salido del hospital...

— ¿Qué quieres decir con eso? — Carmen giró y el jeep se acercó demasiado al precipicio — . Tú eres su madre, Kayleigh. Desde que Elois se fue, está muy solo. ¿Quieres que crezca al cuidado de niñeras? ¿No te importa que llegue a olvidar que

tiene una madre?

— ¡Por supuesto! — respondió indignada — . No lo deseo y tú lo sabes. Lo quiero.

— ¿Te das cuenta de lo que pretendo decir?

— Sí, pero... — Kayleigh se humedeció los labios, nerviosa — . Noah jamás me permitirá quedarme.

— No creo que tenga otra opción por el momento. Parece que no me has comprendido, Kayleigh no puede permitirse el lujo de poner condiciones. Y ahora que Elois se ha ido, la situación legal ya no es tan clara como antes.

— ¿Qué quieres decir?

Carmen levantó los hombros sintiéndose culpable. Después de todo, Noah era su hermano y no podía ser más explícita. Sin embargo, sus palabras significaban algo y, después de reflexionar, Kayleigh comprendió. El color volvió a sus mejillas y la chispa de esperanza que también sintió cuando Carmen la llamó a Londres se volvió a encender.

¿Sería posible que la ausencia de Elois hubiese tenido que ver con la negativa de Noah para que su hijo pasara la Navidad con ella? ¿Realmente había estado enfermo Ollie, o fue una excusa para evitar que ella supiera las últimas novedades? ¿Habría querido evitar Noah que Ollie le contara que su madrastra ya no vivía en Wood?

Su mente empezó a abrigar la posibilidad de que cambiara la situación legal de Noah y pudiera recuperar a su hijo.

Pero también algo que Carmen comentó llamó su atención y, haciendo a un lado sus conjeturas, preguntó:

— ¿Has dicho que Noah no está en situación de imponer condiciones? Si ya le han dado de alta en el hospital, es porque...

— Sí, en el de Miami — Carmen movió la cabeza mientras conducía al jeep cuesta abajo por la vereda hacia Trinity Bay — . Pero también he dicho que debió permanecer en el hospital. Necesita descanso, tranquilidad; desde que llegó a casa no ha soltado el teléfono. Es un tonto, sabe que no debe jugar con su salud. Si no tiene cuidado, va a sufrir un ataque más grave.

Los ojos de Kayleigh contemplaban la arena rosada de la tranquila playa, pero al oír aquello, miró con desconcierto a la joven.

— ¿Qué dices? — preguntó — . ¡Creí que el colapso era resultado del exceso de trabajo y de presiones! — sintió que su corazón latía con fuerza — . Carmen, ¿estás diciendo que en realidad fue un ataque al corazón? ¡Dios mío! ¿Se encuentra bien?

No se percató de lo angustiada que estaba. Carmen la miró preocupada.

— Yo... los doctores dijeron que... fue un problema en las coronarias — admitió contra su voluntad — . Aparentemente, es una enfermedad común en estos días.

— ¿Se trató de eso? — Kayleigh preguntó desconfiada — . Carmen, esa explicación me parece contradictoria.

— Bueno, ¿cómo puedo saberlo yo? Todo lo que sé es que estaba inconsciente, lo llevaron al hospital y cuando llegué a verlo, estaba en vigilancia intensiva.

— ¿Cuándo fue eso?

— Cinco... hace seis días. Fue el mismo día que te llamé.

— Sí, pero, ¡jamás dijiste que Noah hubiese sufrido un ataque al corazón!

— No lo sabía entonces. Te llamé antes de que tuviésemos el primer informe médico. Pensé que debías saberlo.

— Sí, por supuesto, — Kayleigh trató de tranquilizarse.

En realidad Carmen no tenía ninguna culpa. Tampoco era culpa de Carmen que Noah estuviese loco y que corriera riesgos innecesarios con su salud. No era culpa de Carmen que de pronto Kayleigh se sintiera tan responsable, ella no tenía nada que ver. Hacía casi seis años desde que Noah y ella se vieron frente a frente por última vez y era ridículo que ahora sintiera esa ansiedad. Noah no se lo iba a agradecer, no podía hacerse ilusiones.

— De todas formas, si él estaba en peligro no debieron permitirle regresar a casa, ¿no te parece? — preguntó Carmen.

— ¿Quién se hubiera atrevido a impedírselo?

— Bueno, pues ahora lo que tienes que hacer, es lograr que tome las cosas con calma al menos durante unas dos semanas — declaró Carmen.

Kayleigh soltó un grito ahogado.

— ¿Yo?

— Pues yo no puedo quedarme y tú lo sabes. Sullivan me ha estado llamando e insiste en que ya debo regresar; sin embargo, mientras Noah estuvo en el hospital, no me atreví a dejar a Ollie.

— Así que por eso me has llamado — Kayleigh empezaba a cuestionarse si el ir allí había sido una buena idea — . Carmen, ¡yo también tengo un trabajo! Es verdad que tengo una semana de permiso, pero después debo regresar. La presentación de la colección de otoño será en septiembre, y antes debo realizar un sinfín de sesiones

fotográficas.

— Pensé que estarías encantada de pasar algún tiempo con Ollie — Carmen suspiró.

— Y lo estoy — aseguró Kayleigh — . Pero esperaba que le permitirías volver.

— ¿A Londres?

— ¿Adónde si no?

— Su hogar está aquí.

— Sí, mientras viva con Noah — respondió Kayleigh tajante, comprendiendo que para Carmen era más importante su hermano que su amiga — . ¿Crees que Noah le dará permiso? Tomando en cuenta lo que dijiste acerca de su esposa...

— Su exesposa. Están divorciados — Carmen la corrigió — . Pero no creo que Noah permita que te lleves a su hijo a Londres. Sin embargo, eso es algo que tendréis que discutir vosotros.

¡Su hijo! Kayleigh se humedeció los labios y perdió la mirada en el paisaje. Los Richmond siempre considerarían a Ollie como «el hijo de Noah». El que ella lo hubiera llevado en su seno durante nueve meses y lo hubiera traído a este mundo en medio de los dolores inimaginables, no les importaba.

Kayleigh movió la cabeza con energía para olvidar los recuerdos que aún la inquietaban. Vio el campo de golf que Noah mandó instalar para que se divirtieran sus invitados. Él, en particular, no jugaba, o al menos no solía hacerlo hasta que ella salió de la isla. Wood era un paraíso, con todo lo necesario para la diversión y el descanso. Había un gimnasio, una sauna...

Noah tenía suerte al poder contar con todo eso, estaba tan ocupado haciendo dinero que no tenía tiempo para disfrutar. Aun al principio de su relación, el teléfono lo hacía demasiado accesible para todo el mundo; y el imperio que levantó a partir de los seis hoteles que heredó de su padre, era objeto de su principal atención.

Recorrió Wood con la mirada. La enorme mansión que Noah construyó con su primer millón, dominaba las tranquilas aguas de la bahía Trinity.

— No lo harás, ¿verdad? Quiero decir... no le dirás nada que lo altere, ¿lo prometes?

Carmen también estaba nerviosa. Kayleigh observó los nudillos blancos de sus puños apretados. Pensó que era fácil para ella pedirle que no lo molestara cuando se sentía a las puertas de un enfrentamiento definitivo. Cuando Carmen la llamó, Kayleigh no dudó en ir en seguida a Wood y actuar con diplomacia. Pero ahora la situación había cambiado y estaba arrepentida de haber seguido su primer impulso.

— No te preocupes — le aseguró al tiempo que sus manos oprimían con nerviosismo

la correa del bolso — . No voy a hacer nada que ponga en peligro sus derechos — se mordió el labio inferior — . Todo dependerá de Noah. De cómo reaccione... cuando me vea.

— Tienes razón — Carmen respiró hondo — . ¡Dios mío!, espero que tu llegada no le cause una recaída. ¿Por qué no se quedaría más tiempo en el hospital?

Kayleigh no pudo dejar de desear lo mismo, pero ya era demasiado tarde. Y ahora que faltaban pocos minutos para volver a ver a su hijo, no podía volverse atrás.

Las puertas de hierro de la entrada principal a Wood estaban abiertas, y el viejo Jenson Gray, no muy lejos de allí, trabajaba en el jardín. Al oír el motor del jeep, se incorporó para verlas entrar. Levantó un brazo para saludarlas, pero la boca de Carmen estaba contraída y aceleró la marcha.

— Será mejor que Noah no sepa que estamos aquí hasta que te instales — murmuró, moviendo el volante con habilidad, evitando así atropellar un gato que se atravesó en su camino.

— ¡Quítate de ahí! — gritó antes de continuar — . La gente no tiene teléfono por aquí; no lo necesita, ya que los chismes vuelan con más velocidad. Te aseguro que en cuanto nos vea algún nieto de Jenson, correrá a llevar la noticia y, conociendo a Lydia, en menos de lo que piensas, lo sabrá todo el mundo.

— Lydia — Kayleigh agitó la cabeza — . ¿Aún está aquí? — el ama de llaves era una anciana desde que Kayleigh llegó a Lacuma Lay por vez primera.

— ¿Crees que permitiría que alguien ocupara su lugar? — respondió, divertida ante el comentario — . Sí, aún está aquí, aunque su hija Rose hace la mayor parte del trabajo. ¿La conociste?

— No estoy segura — Kayleigh frunció el ceño — . Lydia tuvo tantos hijos.

— Lo sé — Carmen le guiñó un ojo — . ¿Recuerdas que llevé a Jade y a Alisha a mi casa de Florida? Pues los dos están ya casados y ya tienen familia. Lydia suma algunos nietos más a su colección.

Kayleigh compartió la broma, pero el alivió duró muy poco. Los muros color crema de Wood estaban a la vista, y empezó a ponerse nerviosa.

El lugar estaba iluminado por los últimos rayos del sol. La mansión era acogedora. En aquella ala de la casa de dos pisos, se encontraban las habitaciones para visitas, la biblioteca, el estudio de Noah y otras oficinas. La construcción era estilo español, con un patio central. El paisaje que había detrás de la construcción era maravilloso. El dormitorio que había compartido con Noah en el primer piso de la residencia tenía vista a la playa.

Carmen se detuvo a un lado de la casa. Apagó el motor y se produjo un tenso silencio.

Sólo se oía el batir de alas de los pájaros al regresar a su nido, y el zumbido de las abejas alrededor de las flores.

Kayleigh estaba tensa. ¿Habría oído Noah el motor de jeep?, se preguntó. El clima era pesado y húmedo.

— Pues bien, ya estamos aquí — dijo Carmen bajando del vehículo y cogiendo la maleta de Kayleigh — . Veremos si Cassidy ya ha despertado a Ollie de su siesta.

— ¿Cassidy? — Kayleigh tragó saliva.

— Otra de las nietas de Lydia — explicó Carmen — . Ella se hizo cargo de Ollie después de que la señorita Carter renunciara. ¿No lo sabías?

— No — Kayleigh negó con la cabeza.

Le parecía increíble que la señorita Carter se hubiera ido. Noah la contrató a través de una agencia de Londres, y fue ella quien acompañó a Ollie en sus últimas visitas a su madre.

— Cuando Elois se fue, no quiso vivir aquí sola con Noah — respondió Carmen torciendo los labios — . No sé qué se imaginó, tal vez pensó que él la acosaría o... bueno, decidió dar por terminado su contrato.

— ¡Cielos! — Kayleigh no pudo evitar una sonrisa a pesar de la tensión.

La simple idea de Noah atacando a una institutriz era risible.

— Me extraña que Noah no te lo haya dicho.

— Sí — Kayleigh no pudo dejar de pensar que esa era una razón más por la que su hijo no había pasado la Navidad a su lado.

El sonido de unos pasos que se acercaban las hizo contener el aliento, aunque pronto se percataron de que alguien andaba descalzo. El hombre que se acercaba a ellas no era el padre del niño, pero su rostro le resultaba familiar.

— Robertson, me alegro de que seas tú — dijo Carmen — . Lleva las cosas de la señorita Kayleigh al primer piso, ¿quieres? Rose te indicará más tarde dónde deberás dejarlas.

— Está bien, madame — Robertson cogió la maleta y de pronto soltó una exclamación de alegría al ver de reojo quién era la invitada.

— Pero... ¡si es usted, señorita Kayleigh! — dejó caer la maleta al tiempo que en sus labios aparecía la mejor de sus sonrisas.

— Te lo acabo de decir — comentó Carmen, levantando una ceja, mas el hombre de color no la escuchó.

— ¡Señorita Kayleigh! — repitió acercándose para estrechar su mano — . Su presencia es un regalo — . El pequeño Ollie se pondrá feliz cuando sepa que usted está aquí.

— Así lo espero.

Kayleigh seguía nerviosa y no lo disimuló. La bienvenida de Robertson resultaba demasiado escandalosa. No era que le molestara aquel hombre, pero tuvo miedo de que sus gritos se hubiesen oído en la casa.

— Aparentemente, los chismes no corren con tanta velocidad como imaginé — murmuró Carmen, en tanto Kayleigh lograba deshacerse de Robertson — . Vamos, supongo que Noah estará descansando.

Kayleigh alcanzó a ver las pistas de tenis y el gimnasio, situados a unos metros bajo el nivel de la casa.

La casa estaba rodeada de una hermosa arcada de estilo español, los muros del pórtico cubiertos por azulejos italianos, a los lados, enormes macetones con flores de muchos colores daban luminosidad y un encanto especial al lugar. Todo estaba tal como lo recordaba y sintió que el corazón se le encogía.

— Es maravilloso, ¿verdad? — murmuró Carmen, consciente de la reacción de su amiga — . Bien, pues gracias a Dios, parece que no hay nadie a la vista. ¿Quieres ir a tu habitación primero y refrescarte?

Eso era lo único que Kayleigh deseaba, mas antes que pudiera expresarlo con palabras, una sombra se movió detrás de un arco. Apenas fue perceptible, pero para su sensibilidad a flor de piel, no pasó inadvertido. Sintió que la boca se le secaba y sus rodillas se doblaban.

— Carmen — susurró ansiosa.

Pero la hermana de Noah cruzaba ya el patio, ignorante de que eran observadas.

— ¿Vienes o no? — volvió la cabeza impaciente, pero Kayleigh no podía moverse, preocupada por descubrir la sombra que acechaba.

Kayleigh dio unos pasos, sin embargo, Carmen intuyó que algo sucedía. Frunció el ceño y disminuyó el paso mirando hacia la arcada. Quedó petrificada al reconocer a su hermano.

Sí, era Noah; y Kayleigh lo supo desde el principio. Su sexto sentido la alertó antes de que la figura oculta decidiera salir a la luz. Por supuesto, no tenía idea de lo que él pensaba. Sus ojos se encontraron y ella sintió la misma emoción de aquella noche, durante la fiesta en New York hacía casi ocho años. Pero no, no fue igual. Entonces ella era una chica sin ápice de sofisticación, que empezaba a conocer el mundo de la moda. Ese viaje a New York era el primer gran éxito de su carrera. Pero sí tenía que reconocer que experimentó la misma atracción, ese mismo temor a sentirse

indefensa... Ia única diferencia era que Blaine ya no estaba a su lado.

Esa primera impresión dio paso a un segundo análisis deI hombre que permanecía a unos metros. Había vivido a su lado casi dos años, aunque jamás había estado tan delgado; Ias líneas de su rostro marcaban con mayor agudeza Ias cavidades y Ios ángulos de sus facciones. Su pelo negro ondulado, siempre de un corte impecable a Ia altura de Ia nuca, ahora era más largo y algo gris, por Io cual parecía más pálido. Ella sabía que había estado enfermo, pero no esperaba verlo con aspecto de convaleciente. Se inquietó y todas sus dudas se desvanecieron.

Capítulo 2

— NOAH! — Carmen habló primero y se acercó a él — . ¿Qué... qué haces aquí? Pensé que estarías descansando.

— Dándote la oportunidad de meter de contrabando a esta mujer a mi casa sin que yo me entere — declaró Noah sin acaloramiento, con la misma voz grave que ponía cuando Kayleigh estaba nerviosa — . No tenía idea de a dónde habías ido. Rose ha dicho que habías cogido el Jeep.

— Sí, lo he hecho — respondió a la defensiva — , pero no intentaba meterla de contrabando en la casa...

— ¿Estás segura? No me habías dicho que vendría. Imagino que tú la llamaste. ¿Ollie sabe que está aquí?

— Por supuesto que no... — empezó incómoda, deseando que Kayleigh saliera en su defensa.

— Carmen pensó que hacía lo correcto, Noah — declaró aliviada al notar que su voz sonaba segura, a pesar de que temblaba por dentro — . Tú estabas en el hospital y no sabía cuándo regresaría a casa; por su parte, ella debe regresar a la suya, pero no se atrevió a dejar a Ollie solo.

— Ollie tiene una niñera — respondió él con la voz fría como el hielo — . No había necesidad de que interrumpieras tus compromisos, ni de hacerte venir. Nos podemos arreglar muy bien sin ti.

Kayleigh se clavó las uñas en las palmas de las manos, en tanto, él observaba su cuerpo con insolente deliberación. Al menos su expresión no había cambiado. También tuvo que admitir que, en todo ese tiempo, no había perdido nada de su inquietante sensualidad. Nadie, salvo Noah, alteraba sus sentimientos de esa forma, y a pesar de su determinación de verlo bajo otro ángulo, era como una tentación prohibida, algo más fuerte que ella.

— Olvidas — expresó en voz alta y mirándolo de frente — que Ollie es mi hijo también. Si su padre y su madrastra no pueden mirar por él, entonces soy la siguiente de la lista.

— Tú siempre tan sincera — declaró Noah con rudeza, ignorando la posible intromisión de su hermana — . Pues lo siento, pero ha sido un viaje inútil. Tal como ves, ya estoy aquí y Ollie no está en peligro de ser mal atendido.

Kayleigh no se inmutó. Por primera vez en su vida se sentía muy segura de sí misma y como experiencia era estimulante.

Aunque estaba disfrutando de aquella situación, no deseaba herir a Noah tal como él lo hizo un día. Además, era consciente de su enfermedad. Hasta no saber bien de qué se trataba, no pretendía lanzar ninguna de sus armas; sin embargo, necesitaba que la dejase permanecer allí.

— Carmen me dijo que Elois y tú estáis separados — declaró y notó que el músculo de la mejilla de Noah brincaba con fuerza — . ¡Es una vergüenza que no me lo hayas comunicado!

— No es algo que te deba importar — respondió Noah con sequedad y aunque el día empezaba a refrescar, sudaba.

— No estoy de acuerdo — respondió con tacto — . He debido de ser informada.

— ¿Por qué? — Noah se sacudió la mano que su hermana le puso sobre el brazo — . Mi divorcio no tiene por qué importarte. ¡No te entrometas!

— Claro que sí — la voz de Kayleigh aún era tranquila, pero firme — . A mi abogado le habría interesado saber la noticia. ¿O planeabas casarte otra vez antes de que yo me enterara?

— ¡Eres una... estúpida!

— Y tú un maldito — Kayleigh sonrió burlona.

Carmen se quedó espantada.

— ¡Noah! ¡Kayleigh! — los miró a los dos — . ¿Podemos entrar y discutirlo con tranquilidad?

— No hay nada que discutir — respondió Noah, pasándose una mano por la cabeza.

Kayleigh notó que temblaba. Parecía vulnerable y por un momento su determinación flaqueó. «Dios mío, no quiero lastimarlo». Era consciente de que Carmen no había exagerado al hablarle de su debilidad. Pero, tampoco era culpa suya que él hubiese ocultado la verdad; y no pensaba irse sin pasar algún tiempo con su hijo.

— ¡Mami! ¡Mami!

Al verlo correr se olvidó de todo. Kayleigh volvió los ojos y vio al pequeño acercarse entusiasmado. Una joven de piel oscura trataba de detenerlo, pero era demasiado tarde. Ollie había descubierto a su madre y nada lo detendría.

Su piel estaba bronceada como la del padre. Tenía un aspecto sano. Al llegar se lanzó a sus brazos. Kayleigh lo cogió abrazándolo fuerte y ocultó el rostro contra el cuello del pequeño. Había lágrimas en sus ojos, pero no quería que el niño las viera. Lo quería tanto que no permitiría que nada nublara su dicha.

— ¿Por qué no me dijiste que vendrías? — preguntó el pequeño, arqueando el cuerpo hacia atrás y acariciando el sedoso pelo de su madre — . Papi — volvió el rostro y continuó sus protestas — ¿sabías qué mami vendría? ¿Por qué no me lo habéis dicho?

— Nadie lo sabía, cariño — afirmó Kayleigh, ignorando el rostro contraído de Noah — . Deseaba darte la sorpresa — agregó, dirigiendo una mirada desafiante por encima del hombro.

— ¿Podríamos entrar ahora? — sugirió Carmen de nuevo y miró angustiada a su hermano — . Noah, debes descansar. No puedes pretender que Kayleigh se vaya esta noche.

— Mami no se volverá a ir, ¿verdad? — un estallido de sollozos sustituyó a la alegría.

Noah miró a su hijo y lo frágil que aún era.

— No — aceptó después de un momento, mas cuando sus ojos se encontraron con los de Kayleigh, no tenían expresión — . Claro que no, tu madre permanecerá aquí durante algún tiempo. Ve a pedirle a Rose que prepare su habitación, estoy seguro de que le gustará descansar.

El sonido del océano la despertó. Eso y su reloj le recordaron que en Londres sería casi medio día, mientras que en Lacuma Lay apenas las seis y media de la mañana.

¡Cuanta calma! Sólo se escuchaba el apagado rugir de las olas al chocar en los arrecifes.

Deslizó las piernas fuera de la cama y se sentó. La frescura del aire le dio energía y, poniéndose de pie, se acercó a la ventana.

La habitación que ocupaba estaba en una esquina del ala oeste de la mansión, muy lejos de Noah. Sin embargo, el paisaje era espectacular. Abrió la ventana estilo francés y salió al balcón.

El aire parecía embrujado a esa hora de la mañana. La brisa llevaba el perfume con la promesa de la luz del día y los aromas del trópico.

Hacían tan sólo dos días que había dejado Londres y ya se había acostumbrado y aunque no lo hubiese notado antes, el trayecto en el trasbordador el día anterior había dado color a su piel y se prometió tener precaución en el futuro. A ella le fascinaba el tono dorado en la piel, pero a su agente no le haría ninguna gracia. Consciente de que Zara tenía planeado que presentara la colección de invierno al regresar a Londres, debía evitar broncearse demasiado, ya que los abrigos de piel no lucen igual en una mujer bronceada.

De todas formas, no podía negarse a disfrutar del sol. Había pocas cosas que le gustaran tanto como tirarse sobre la arena en bikini y tomar el sol.

Estaba a punto de entrar en la habitación cuando lo vio, más allá de la piscina, muy cerca de la playa. Ella deseó que la figura de Noah hubiese sido una palmera más, pero ahora que se acercaba al agua, ya no dudó que se trataba de él.

Deprisa, Kayleigh dio un paso atrás. Respiró hondo. No lo había vuelto a ver desde la tarde anterior en el patio. Parecía que Ollie tenía miedo de perderla de vista e insistió en que lo acompañara a buscar a Rose, el ama de llaves. Tal como Carmen le dijo, aunque Lydia era la encargada, era su hija la que realizaba la mayor parte del trabajo.

Kayleigh supervisó el baño de su hijo y permaneció con él hasta que terminó la cena en su habitación. Noah había diseñado para su hijo un área compuesta por varios salones, más de los que cualquier niño necesita para su diversión.

Esperó unos momentos mientras Ollie fue a dar las buenas noches a su padre, y después lo acostó. No quiso preguntarle qué le había dicho a su padre o si éste le hizo algún comentario. Pero en cuanto se quedó dormido, bajó decidida a averiguarlo.

Sin embargo, Noah no volvió a hacerse presente, Carmen le explicó que se había retirado, obligado, aun contra su deseo, por la necesidad de descansar.

— Me has preocupado hace un momento — continuó mientras comía el delicioso pescado que Rose sirvió para la cena — . Estaba segura de que después de tanto tiempo, tú y Noah podíais volver a veros sin que mediara la hostilidad. Pero no ha sido así. Realmente pensé que eras más sensata.

— ¿Quién? ¿Yo? — preguntó Kayleigh calmada.

Carmen encogió los hombros.

— Los dos... creo yo — admitió con timidez — . Sólo te pido que tengas cautela, ¿podrás? Quiero demasiado a mi hermano y no deseo sentirme responsable si algo le pasa.

«Yo tampoco deseo lastimarlo», pensó Kayleigh. «Pero tampoco puedo ignorar que tiene a mi hijo y hasta que esta situación quede clara, no puedo hacer otra cosa.»

Se quitó el camisón y lo dejó caer al pie de la cama. Estiró los brazos por encima de la cabeza al ir al baño.

Se le antojó darse una ducha, pero decidió en contra. Más tarde se daría tiempo para hacerlo. Ahora era el momento ideal para hablar con Noah a solas.

Se calzó unas zapatillas, abrió la puerta y salió al corredor. A pesar de que el día empezaba a alumbrar, las lámparas de bronce seguían encendidas en el corredor interior, reflejando su luz sobre la pulida madera del suelo medio cubierto por lujosas alfombras orientales. Alumbraba también las esculturas de bronce colocadas entre puerta y puerta. Los espejos en los muros duplicaban la luz y su propia imagen.

El corredor desembocaba a un área de descanso. Se detuvo en la cima de la escalera y miró hacia abajo. No había evidencia de actividad alguna, así que bajó en silencio y salió a la terraza.

El aire seguía tan delicado como momentos antes. Cruzó el patio y descendió los peldaños que conducían a la piscina.

El agua parecía invitarla, pero ella no le prestó atención. Quería quitarse los zapatos y mojarse, mas se contuvo. Por el momento ella tenía ventaja, pues Noah aún no la había visto.

Estaba a varios metros de distancia cuando Noah se volvió y la descubrió. En consecuencia, ella no pudo darse cuenta de cuál fue su reacción inicial. Al llegar a su lado, las facciones del hombre ya estaba rígidamente controladas.

Esa mañana él también vestía pantalón corto de algodón que dejaba a la vista los músculos de sus largas piernas. La camisa que llevaba puesta cuando lo vio desde el balcón ahora colgaba de su cuello. Sus ojos se clavaron en el vello que bajaba como una flecha hacia el ombligo.

Pensó que Noah hubiera preferido que se encontraran en circunstancias más formales. A pesar de ese aire de indiferencia, la línea tensa de sus labios revelaba una creciente irritación.

— Buenos días — ella saludó sonriente.

Él se frotó el mentón sin afeitar. La sombra de su barba ponía de relieve la palidez de su piel, pero sus ojos tenían una expresión de dureza y desagrado.

— ¿Te lo parece?

— Así lo creo — declaró ella sin hacer caso a la insinuación — . Mmm... — levantó los hombros, consciente de que al hacerlo sus senos se marcarían a través de la tela de la camiseta — . ¡Este es un lugar maravilloso! Había olvidado tanta belleza.

Noah desvió los ojos de los pezones cubiertos por la delgada tela y dijo mordaz:

— Dime, ¿para qué has venido, Kayleigh? Debes saber que no eres bienvenida. Ésta es mi casa, no un hotel. Si estabas tan preocupada por Ollie, ¿por qué no te pusiste en contacto con mi abogado?

Kayleigh respiró profundamente antes de responder.

— He venido porque quería ver a mi hijo — dijo con sencillez — . Y a diferencia tuya, no me gustan los intermediarios. ¿Por qué no podía venir a verlo? Tú tienes la custodia, pero yo tengo mis derechos.

— Jamás te los he negado, ¿o sí? — preguntó a la defensiva — . He procurado

solucionarte las cosas. Ollie ha ido a verte a Londres con rigurosa regularidad.

— Hasta la Navidad anterior — le recordó Kayleigh con suavidad — . ¿Por qué no lo dejaste ir a Inglaterra, Noah? ¿Temías que me dijese que Elois se había marchado?

— ¡No seas ridícula! — Noah la miró irritado — . Estaba resfriado, te lo dije. O al menos creo que mi abogado lo hizo. De cualquier forma, Ollie no estaba en condiciones para viajar. Los niños también se resfrían, eso lo sabes. Incluso aquí.

Kayleigh levantó los hombros y se acercó a la orilla del mar. Se agachó, se quitó los zapatos y metió los pies en las olas. El agua estaba más fría de lo que esperaba y se estremeció. Pero consciente de la presencia del hombre que se encontraba a sus espaldas, fingió disfrutar la experiencia.

Como si actuara contra su deseo, Noah se paró a su lado y sus pies descalzos se sumergieron en el agua.

— Sólo dime — la cogió por el codo para llamar su atención — , ¿cuánto tiempo piensas permanecer aquí?

No hubo debilidad alguna en los dedos que la apretaban y Kayleigh clavó los ojos en el brazo al sentir una emoción inexplicable. La lastimaba, pero él parecía no notarlo.

— Supongo que hasta que tú me lo permitas — respondió muy quedo. Lo miró de frente y sus rostros quedaron a centímetros de distancia — . A menos que estés dispuesto a dejar que Ollie regrese conmigo a Inglaterra, por supuesto — sacó la lengua y humedeció sus labios — . Esa es la única alternativa.

Noah la soltó, como si de pronto se diera cuenta de lo que hacía.

— ¿Y si no acepto ninguna de las dos alternativas? — la miró con frialdad — . ¿Qué piensas hacer? Ollie vive aquí.

— Por el momento — respondió con aparente frialdad — , pero el juez podría modificar su fallo ahora que las circunstancias son diferentes, ahora que... tu mujer... te ha dejado.

Noah la miró durante un largo rato y se alejó dándole la espalda. Kayleigh estaba confundida e intranquila. No fue el dolor físico lo que le quitó el habla y aceleró su pulso. Si no, el hecho de que aquel hombre, aún fuese capaz de desconcertarla. Pero eso él no lo sabría nunca.

La respiración agitada de Noah la hizo volverse. Tenía problemas para respirar y sintió que la sangre se le helaba. Lo miró horrorizada. Estaba muy pálido.

— ¡Dios mío! — aspiró hondo tratando de conservar la calma, pero no era fácil.

La casa parecía estar a kilómetros de allí y el calor que antes le había resultado

agradable, ahora era una realidad angustiosa.

— Estoy bien — indicó Noah, advirtiendo su ansiedad.

— ¡Estás muy mal! — Io contradijo, mas se contuvo ante Ia dureza de su voz y agregó — . Quiero decir..., tú sabes Io que quiero decir. No has debido venir tan lejos.

Noah hizo un gesto negativo con Ia mano, jadeando aI llevar aire a Ios pulmones.

Ella quería ayudarlo, pero, ¿qué podía hacer? No tenía conocimiento de primeros auxilios. Todo Io que podía hacer era permanecer allí, mirándolo, rogando que alguien Ios ayudara. No era capaz de dejarlo solo. El tiempo que tardaría en llegar a Ia casa por ayuda podía ser crucial. De alguna manera, pensaba, mientras estuviese junto a él, no moriría.

— Noah...

Pronunció su nombre acercándose con cuidado. Le puso una mano sobre eI hombro. Su piel estaba húmeda y fría, pero Ia textura bajo sus dedos parecía más relajada. Quiso abrazarlo, sostenerlo entre sus brazos, muy cerca, y consolarlo, decirle Io mucho que lamentaba ser culpable de su ataque. El alivio de verlo recobrarse, Ia hizo sentirse débil y aturdida. En ese momento se dio cuenta de que estaba en peligro de ser traicionada por sus emociones.

Pero inmediatamente recapacitó, Noah no se sensibilizó. Con un movimiento brusco Ie quitó Ia mano de su hombro y Ia miró frustrado, tratando de recobrar Ia compostura.

— No me estoy muriendo — dijo con Ios labios apretados — . Tan sólo... he perdido un poco Ia respiración, eso es todo.

— Si tú Io dices... — murmuró mientras se frotaba Ias manos — . Sin embargo, opino que debemos regresar.

— Tú puedes hacer Io que te dé Ia gana — respondió de mal humor, aI tiempo que se incorporó y flexionó Ios músculos de Ias piernas — . Yo iré cuando quiera. No soy un inválido, así que deja de tratarme como si Io fuera — resultó tan evidente Ia falsedad de sus palabras, que Kayleigh sólo pudo seguir mirándolo. Entonces con un dejo de honestidad agregó — . De acuerdo, no me he sentido bien, pero no es nada serio. Sólo exceso de trabajo, eso es todo.

— Te cuesta aceptarlo, ¿verdad? — murmuró Kayleigh — . Carmen me ha comentado que sigues trabajando sin descanso desde que regresaste a casa.

— Carmen tendría que preocuparse por sus propios problemas — respondió Noah, molesto — . Además, no puedo abandonar Ia corporación. Estamos a Ia mitad de importantes negociaciones con eI grupo Valley. He de saber cómo van Ias cosas. No puedo permitir errores.

— ¿Y por qué tú? ¿Qué pasa con Ross? ¿Ya no trabaja para la compañía?

— Claro que trabaja para nosotros.

— Entonces, ¿por qué no se hace cargo de las negociaciones? Solías decir que sabía del negocio casi tanto como tú.

Noah pensó durante un momento en lo que había dicho y como si se diera cuenta de quién lo aconsejaba, apretó la boca.

— Yo decidiré quién debe o no manejar mi negocio — expresó con frialdad — . Deja de presionarme, ¿quieres? No necesito tu opinión. Punto.

Kayleigh se retiró, afectada por la dureza de sus palabras.

Volvió el rostro y lo descubrió con el ceño fruncido mirando las olas y le dolió el alma. Pero luchó por recordar la forma como le arrebató a Ollie y la compasión que sintió hacia él se evaporó. Eso no significaba que jugaría con su salud, pero tampoco desaparecería tan sólo porque él lo dijera.

Capítulo 3

Kayleigh estaba terminando de desayunar en la terraza cuando apareció Ollie.

No es que hubiera tenido apetito, y menos después de haber regresado a casa sola. Pero Rose insistió tanto, que no quiso ofender a la joven. Además, el café la animaba. Bebió tres tazas, negándose a pensar en Zara y sus constantes advertencias acerca de los daños que los estimulantes causarían en su figura.

La llegada de su hijo la hizo sentirse más optimista. Era maravilloso poder tenerlo entre sus brazos como la noche anterior. Él era la razón por la que estaba allí. Y la enfermedad de Noah, le había ofrecido esa oportunidad. .

Rose reapareció cuando Kayleigh se presentaba a la niñera de su hijo. La chica de color, a la que Kayleigh vio sólo unos minutos la tarde anterior, parecía menos intimidada ahora que Noah no estaba. Kayleigh le dijo que era la madre de Ollie, pero Cassidy tomaba sus obligaciones muy en serio y no pensaba abandonarlas en manos de otra persona.

— Puedes dejar al niño con la señora Kayleigh — declaró Rose, haciéndose cargo de la situación — . No tiene sentido que te quedes aquí esta mañana. Ve con Alayah. Ella encontrará algo en que te ocupes.

Cassidy se retiró a su pesar y Kayleigh deseó no haberse ganado otro enemigo. Sin embargo... durante tantos años había pasado tan poco tiempo con su hijo, que ahora no perdería la oportunidad sólo por complacer a la niñera.

Rose llevó leche fresca y cereales para el pequeño y Kayleigh disfrutó el hecho de compartir los alimentos con su hijo. Había crecido, y ya era capaz de mantener una conversación. Además, estaba ansioso de hablar de su padre.

— Va a curarse pronto, ¿verdad? — preguntó al llevarse una cucharada a la boca.

— Por supuesto — respondió Kayleigh — . Tu padre es un hombre fuerte. Sólo necesita descansar. Eso es todo.

Ollie la miró en silencio un momento y arrugó la frente.

— ¿Qué pasaría si papá ya no estuviese aquí? — preguntó — . ¿Me iría a vivir contigo o me quedaría con la abuela Richmond?

— Eso no pasará...

— ¿Pero si llegara a pasar?

Kayleigh soltó el cubierto, pues le temblaba la mano.

— No creo que debamos considerar esa posibilidad — declaró tomando otro trago de café — . Mmm... ¿ves con frecuencia a... la abuela Richmond? ¿Ella viene a visitaros a la isla?

— Muy poco — declaró Ollie poniendo el codo en la mesa y apoyando la barbilla en su mano — . Algunas veces yo voy a quedarme con ella. Voy allí cuando tía Elois no está.

¡Tía Elois! Kayleigh se mordió los labios. Estaba tentada a preguntarle a su hijo acerca de la partida de su madrastra. Era humana y tenía curiosidad por saberlo.

No obstante, controló su impulso y pensó en la madre de Noah. La señora Richmond vivía en Florida, como su hija. Era viuda, de origen inglés, pero se había casado con un norteamericano y prefería el clima cálido de Palm Beach a la constante y fría humedad de Londres. Kayleigh no podía decir que la conocía bien. Vivió con Noah casi dos años y tan sólo coincidieron media docena de veces. Pero después de que Kayleigh tuvo a su hijo, fue la señora Richmond quien voló para llevar a Ollie a Lacuma Lay. Por esa razón, Kayleigh en cierto modo la odiaba.

Cuando se percató de que Ollie la observaba con expresión sombría, Kayleigh forzó una sonrisa.

— No pongas los codos sobre la mesa... — dijo con dulzura, mientras lo ayudaba a sentarse derecho — . ¿Qué quieres que hagamos esta mañana?

— ¿No quieres que vaya a vivir contigo?

La pregunta de Ollie la cogió por sorpresa y Kayleigh se quedó atónita.

— ¿Por qué...?, por supuesto que lo deseo...

— Pero no estoy contigo. Vivo con papá y él casi nunca está aquí.

Había un tono de reproche en su voz y Kayleigh no supo qué responder. Lo último que esperaba era que Ollie no fuese feliz allí. Estaba creciendo y tal vez necesitaba la compañía de niños de su edad.

— Me imagino que extrañas a la tía Elois — aventuró, haciendo referencia a la exesposa de Noah, con la intención de descubrir algo sobre la relación entre ella y su hijo — . ¿Te pusiste triste cuando se fue?

— Para nada — Ollie arrugó la nariz — . ¡Estoy feliz!

— ¿Feliz? — Kayleigh estaba sorprendida y complacida.

— Sí, feliz — Ollie encogió los hombros y de nuevo apoyó los codos sobre la mesa — . Papá y ella siempre peleaban.

— ¿Estás seguro?

— A ella no le gustaba vivir aquí — continuó Ollie. A pesar de que Kayleigh sabía que debía detenerlo, no lo hizo — . A ella le gustaba cuando papá tenía que viajar y la llevaba con él. Siempre decía que se aburría en la isla.

— Ya veo.

— ¿A ti te parece aburrida? — Ollie arrugó la frente — . Lydia dice que tú vivías aquí antes de que yo naciera. ¿Por qué te fuiste?

— Oh... — Kayleigh no sabía qué responder — . Bueno, yo... tenía que trabajar, tú lo has visto. Y en Lacuma Lay no hay trabajo para una modelo.

Ollie no se dio por satisfecho.

— ¿Vosotros peleabais? — preguntó poniendo la cabeza sobre sus manos — . ¿Es por eso por lo que papá y tú no vivís juntos como las otras mamás y los otros papás?

Kayleigh decidió que la charla había ido demasiado lejos. No tenía una respuesta para él. Ninguna que en su inocencia pudieses comprender. Las razones por las que dejó Lacuma Lay tendrían que esperar a que fuera mayor. Sólo deseaba que entonces pudiera comprender su falta mejor de lo que su padre lo había hecho.

Carmen apareció cuando se retiraba de la mesa. La hermana de Noah llevaba zapatillas y un vestido de verano estampado. Kayleigh frunció el ceño, pues no estaba acostumbrada a verla vestida con tanta formalidad.

— Me voy esta mañana — dijo Carmen — . El helicóptero de Taylor Turner vendrá por mí y me llevará a Nassau, donde tomaré el vuelo comercial a Miami.

— Oh Kayleigh — sintió angustia — . ¿Estás segura?

— ¿Segura de qué? — Carmen se sentó en la silla que Kayleigh acababa de desocupar y se sirvió una taza de café — . ¿Segura de que Taylor vendrá a buscarme, o de poder tomar el vuelo a Miami?

— Sabes a qué me refiero — Kayleigh miró a Ollie que distraído seguía el vuelo de una mariposa en el patio — . ¿Crees que es oportuno dejarme aquí con Noah?

— No lo sé — Carmen se encogió de hombros.

— Entonces...

— No puedo quedarme para siempre, Kayleigh — Carmen dejó la taza y miró a la otra joven — . Yo tampoco me voy feliz al dejar las cosas así, pero he analizado la situación y he llegado a la conclusión. Es vuestra vida. La tuya y la de mi hermano. Vosotros debéis tomar vuestras propias decisiones. Yo no puedo quedarme aquí en calidad de...

mediadora.

— Pero, él no se encuentra bien esta mañana — exclamó Kayleigh en voz baja — . Yo... bueno, he estado con él en la playa y él... ha sufrido una especie de... no podía respirar.

— ¿Qué? — Carmen frunció el ceño — . ¿Al verte?

— No — respondió Kayleigh intranquila — . No. Ha sido después. Después de que hablamos.

— ¿Quieres decir que habéis discutido? — preguntó con sequedad, pero al ver que Kayleigh palidecía, movió la cabeza — . Eso sucede cuando se altera; pierde el control de la respiración. Según el médico, ese es otro síntoma de su condición actual. Es una especie de agotamiento, pero no tarda en recuperarse.

— Pero... ¡ha sido terrible!

— Te lo advertí.

— Nunca me has hablado de ello.

— Noah sufrió un infarto, Kayleigh — dijo Carmen con tranquilidad — . Nadie sabe por qué. Quizá por varios motivos. No se alimenta bien, duerme poco y está a merced de cualquier eventualidad. Pero no hay evidencias de daños irreversibles... gracias a Dios. Sin embargo, lo que ahora necesita es reposo y estar relajado. Tiene que darle tiempo a su cuerpo. Se lo volví a decir anoche después de esa escena en el patio. Según Noah, mi presencia ya no es necesaria aquí ahora que él ha regresado, así que me voy. Realmente, Kayleigh, no puedo más.

— ¿Y qué crees que pasará conmigo? — preguntó Kayleigh.

— ¿Quién lo sabe? — Carmen terminó su café — . Tú eras capaz de manejarlo como nadie. Quizá puedas volver a lograrlo.

— ¡Después de lo que viste ayer, no puedes decirme eso! — Kayleigh clavó la mirada en la cabeza inclinada de Carmen.

— Bueno, tienes que admitir que no le eres indiferente — murmuró Carmen levantando la cabeza — . Haz todo lo que puedas, Kayleigh. Trata de enseñarle a tener más sentido común.

Oyeron el ruido del helicóptero cuando estaban cerca de un enorme peñasco.

Ollie, que se entretenía jugando entre las rocas, abrió los ojos con admiración.

— Ése es el helicóptero de mi papá — dijo.

— Sí — Kayleigh hizo un esfuerzo por no mostrar interés — . ¡Mira! ¿No es bonita esa caracola? ¿Qué crees que es?

— Él no se irá, ¿verdad? — Ollie se puso en pie con expresión triste; de pronto el helicóptero desapareció, sin embargo, el pequeño continuaba mirando.

«Lo quiere a pesar de que no ser feliz con él», pensó Kayleigh.

— No, no se irá — aseguró a su hijo — . El helicóptero viene por tía Carmen para que pueda tomar el vuelo de Miami. Ella irá con tío Sullivan y con Audriana. Me imagino que ellos están deseando verla.

— Y con Courtney — dijo Ollie. Kayleigh dudó un poco antes de responder.

— ... con Courtney — aceptó sin entrar en explicaciones de que su prima estaba lejos, internada en un colegio.

— Es el helicóptero de papá — repitió Ollie sin estar convencido de que su padre no se iría — . Tío Taylor lo está pilotando, pero papá puede hacerlo también.

— Lo sé — Kayleigh asintió con la cabeza — , pero no lo va a pilotar hoy. Te lo aseguro.

— Él no se irá mientras estamos fuera, ¿verdad? — Ollie insistía y Kayleigh movió la cabeza de un lado a otro.

— Tu padre ha estado enfermo, cariño. No está en condiciones de ir a ninguna parte por algún tiempo — aunque sabía que le decía la verdad, no podía estar segura de lo que Noah haría.

— Pero ya está mejor, ¿no? — Ollie arrugó la frente — . Tía Carmen dijo que estaría mucho tiempo en el hospital, pero no ha sido así. Ya ha regresado a casa.

— Bueno, sí... — Kayleigh no sabía qué responder — . Tú conoces bien a papá. Él cree que sabe más que los doctores. Pero nosotros nos encargaremos de que no haga tonterías.

— ¿Qué clase de tonterías?

Ollie era demasiado intuitivo. Kayleigh respiró hondo.

— Oh... nos aseguraremos de que tome las cosas con calma — dijo, dándose cuenta de lo difícil que resultaba convencer a un niño de cinco años.

El helicóptero se había marchado cuando llegaron a casa. Kayleigh percibió cierto nerviosismo en Ollie, al verlo correr los últimos metros de la playa a la casa. Supo que no quedaría satisfecho hasta que viera a su padre.

El área alrededor de la piscina estaba desierta, los únicos ocupantes eran los pájaros

que iban de un arbusto a otro. Pero Ollie no puso atención a nada. Deprisa cruzó el patio y llegó hasta la terraza con descuidada familiaridad.

No había señales de Noah, mas Kayleigh procuró mantener la calma. No era posible, ¡no podía haberse ido con Carmen! Después de lo sucedido esa mañana, sabía que Carmen no le había mentido. ¡Cuantos hombres habían sucumbido ante una enfermedad! Y aunque Noah tan sólo tuviese cuarenta años, no era inmune.

No obstante, ella sabía lo obstinado que Noah podía llegar a ser. Y a nadie, permitiría que le diera órdenes.

— ¡Aquí está!

La vocecita de Ollie llegó a sus oídos como una bendición. Pero el sol cegaba sus ojos y no lo distinguió hasta que él salió de las sombras de la terraza con su hijo en brazos. Sin embargo, no era difícil adivinar su expresión. Su rostro reflejaba seguridad.

— ¿Has disfrutado del paseo? — preguntó él, con fingida amabilidad.

— Mucho — respondió dirigiendo una sonrisa a Ollie — . Y ahora, si no te importa, voy a ponerme un traje de baño. ¿Vienes conmigo a la piscina?

La pregunta fue dirigida a Ollie, pero Noah sintió el reto en sus palabras.

— Hoy no — le respondió inclinándose para dejar a Ollie en el suelo, y tuvo que dar una explicación cuando su hijo empezó a protestar — . Tío Taylor me ha traído unos papeles que tengo que revisar. Tú... y tu madre podéis ir a divertiros — era evidente el trabajo que le costaba reconocer el parentesco — . Nos veremos más tarde. Tal vez a la hora de la comida.

Ollie subió por la escalera con Kayleigh. Ahora que estaba seguro de que su padre no pensaba marcharse, parecía más relajado; no obstante, Kayleigh percibió algo.

¿Y cómo culparlo?, se preguntó, mientras buscaba en su maleta el perrito mecánico que le había comprado en Londres. Había planeado dárselo cuando abordaran el avión que los llevaría a Londres, pero como esa posibilidad parecía remota, no tenía sentido guardarlo. Además, disfrutaría viéndolo descubrir las gracias del juguete. Y decidió que necesitaba un momento de esparcimiento después del momento angustioso que había vivido esa mañana.

Era un niño desafortunado en cierto sentido. Tenía todas las ventajas materiales, era cierto, pero obviamente no bastaba. Noah lo quería también, a su manera. Sin embargo, Ollie vivía con la constante incertidumbre de no saber cuándo Noah lo iba a dejar solo. Eso y la ausencia de la señorita Carter lo hacían sentirse inseguro.

Por supuesto que la partida de Elois no lo ayudó, pues aunque a él no le hubiese importado mucho, de alguna manera ella era otro apoyo en su vida. No era raro que se apoyara en su padre con desesperación. ¿Tendría idea Noah de la responsabilidad de

eso implicaba? ¿Se daría cuenta de lo importante que era para Ollie que no jugara con su salud?

Kayleigh dejó al niño jugando con el perro mientras fue a ponerse el bikini. Ella misma apenas empezaba a comprender la importancia de su papel ante los ojos de su hijo; y el saber que en una semana tendría que estar de regreso en Londres la preocupó.

Ollie aún se entretenía con el juguete cuando salió del baño. Al verla se puso de pie y abrió los ojos con admiración.

— ¡Qué guapa! — le dijo y Kayleigh hizo una reverencia.

— Gracias, amable señor — sonrió.

Pero su expresión cambió al verse en el espejo. Cuando compró el pequeño bikini color salmón, pensó que sólo su hijo la vería. Ahora ya no podía hacer otra cosa, era el único traje de baño que tenía. Además, Noah la había visto con menos... por supuesto.

Pero eso había sido hace mucho tiempo. Desde sus inicios estaba acostumbrada a lucir trajes de baño. ¿Soportaría una mirada más sobre su cuerpo?

No obstante, se puso una bata de seda. La holgada túnica de colores psicodélicos rosa y púrpura cubría la parte superior de sus piernas. Estaba abierta a los lados hasta la altura de la cintura, dejando a la vista las dos piezas.

Había paz alrededor de la piscina. Kayleigh no olvidó llevar su crema para la piel. Cubrió suavemente sus brazos y piernas antes de recostarse en una silla. Puso su rostro bajo la sombrilla y se dispuso a disfrutar. Ni siquiera la certeza de que Noah estaba en casa, le impidió relajarse. Más tarde pensaría qué hacer con Ollie.

— ¿No vas a venir a la piscina? — le preguntó Ollie aventando su playera sobre la otra tumbona.

Como la de su padre, su piel soportaba el calor del sol sin quemarse. Su pequeño cuerpo tenía un tono dorado y saludable. Su espalda era ancha y fuerte.

— Más tarde — dijo Kayleigh tranquila, mirándolo de reojo y brindándole una sonrisa — . ¿No te gustaría sentarte un rato antes de nadar?

Ollie dudó un instante, pero ocupó la silla a su lado y acarició la piel del brazo de Kayleigh.

— ¿No te gusta el sol?

— Sí, pero yo no le gusto a él — respondió bromeando — . O al menos hace que mi piel se ponga roja. Y eso no es muy agradable.

— ¿Por qué no?

— Bueno, porque es doloroso.

— ¿No te gusta broncearte?

— Sí, de vez en cuando.

— Entonces, ¿por qué no lo haces?

— Porque no puedo — Kayleigh se mordió el labio.

— ¿Por qué?

— Bueno... — Kayleigh se mordió el labio de nuevo.

— ¿Por qué?

— Bueno... — Kayleigh lo miró indecisa — , tú sabes qué mamá es modelo, ¿verdad?

— Sí, te ponen preciosos vestidos y te sacan muchas fotografías — afirmó Ollie — . Sí, sí. He visto fotos tuyas.

— ¿Es verdad? Kayleigh frunció el ceño. No recordaba haberle mostrado ninguna.

— Sí. Papá me las enseñó.

— ¿Papá te las ha enseñado?

— Sí. Yo le pregunté en qué trabajabas y él sacó algunas fotografías.

— Ya veo — Kayleigh imaginó que Noah había pedido alguna revista a su madre para tal propósito — . Bueno, pues es por eso por lo que no puede sentarme bajo el sol sin protegerme la piel. La piel bronceada no luce ante las cámaras.

Felizmente, la respuesta lo dejó satisfecho por el momento y ella se relajó.

Pero Ollie seguía inquieto y Kayleigh accedió a meterse a la piscina. Después de todo, también ella lo deseaba y se consoló con la idea de que al menos bajo el agua su piel no estaría tan expuesta al sol.

Ollie emergió a su lado al tiempo que ella se apartaba el pelo de los ojos. Su hijo era un buen nadador, su padre le había enseñado a nadar antes que a caminar. Noah opinaba que para un niño que vivía a unos pasos del océano, era imperativo que aprendiese a nadar a la perfección.

El sonido de unos pasos bajando por los escalones hizo que Kayleigh volviera a la realidad. Ollie y ella estaban tan contentos, que no sintieron pasar el tiempo. Kayleigh salió de la piscina y vio a una mujer de piel oscura que se acercaba con una bandeja.

— Y bien, ¿es esa la forma de tratar a una vieja amiga? — preguntó la mujer con

aparente enojo mientras Kayleigh se secaba el cuerpo.

La anciana colocó la bandeja con zumo de fruta fresca a un lado de la silla de la chica, puso los brazos en las caderas y agregó:

— Pensé que se alegraría de volver a verme, pero ni siquiera ha ido a saludarme.

— ¿Lydia? — Kayleigh abrió los ojos, sorprendida — . Oh, Lydia, no me había dado cuenta de que eras tú.

— Espero que haya sido así — declaró la mujer fingiéndose ofendida. Observó a la joven con sincero afecto — . ¡Qué alegría volver a verla! Empezaba a creer que nos había olvidado.

Ollie se sumergió en la piscina cuando Lydia se dirigió a Kayleigh.

Kayleigh dejó caer la toalla, se acercó y le dio un cálido abrazo. De toda la servidumbre de Wood, ella era la que siempre le había demostrado más cariño. Además, era, aparte de Kayleigh, la única persona que se atrevía a hacer reproches a Noah y a decirle lo que pensaba.

— Pues bien — murmuró Lydia al fin con voz enronquecida. Empujó a Kayleigh a un lado y sacó un pañuelo blanco como la nieve y secó sus ojos humedecidos — , dígame, ¿es justo esto?

— Y, ¿cómo estás? — preguntó.

— Muy bien — Lydia acarició el pelo mojado de Ollie — . ¿Qué te parece si vas a tomar un zumo de naranja, jovencito? Tu mamá y yo... vamos a charlar.

Satisfecho al no encontrar nada raro en la proposición, Ollie se dirigió a la bandeja. Cogió la jarra de zumo con las dos manos y balanceando peligrosamente el contenido, se arriesgó a servirlo.

— Me imagino que la señorita Carmen le contó lo que pasó — Lydia continuó en voz baja y Kayleigh asintió con la cabeza — . Pero ella no le dijo al señor Noah que usted vendría, ¿verdad? Eso pensé — agregó ante la negativa de Kayleigh.

— ¿Por qué? — preguntó inquieta — . ¿Crees que me equivoqué al venir?

— Por supuesto que no, no me interprete mal — Lydia descansó su brazo sobre la cadera — . Sé que usted quería ver al pequeño Ollie. No hay nada malo en ello.

Kayleigh frunció el ceño. Lydia tenía una manera muy peculiar de hacerle hablar.

— Pero... tú sabes algo.

— Tan sólo espero que sepa bien lo que está haciendo. Eso es todo — admitió con suavidad — . El señor Noah no está en condiciones de ocuparse del niño.

Kayleigh puso Ia toalla a un lado y observó a Ia anciana con detenimiento.

— ¿Tan enfermo está, Lydia? — preguntó y esperó Ia respuesta con temor.

— Bueno — Lydia levantó Ios hombros — , él no está bien, eso es seguro — observó a Ollie haciendo malabares con eI zumo.

— ¿Crees... que se trata de algo serio?

— Creo que podría ser muy serio — Lydia hizo una pausa — . Él no tiene a nadie, más que a Ollie... y esa compañía a Ia que quiere tanto. Y sólo Dios sabe que es demasiado joven para cargar tanto sobre sus hombros.

— Pero... ¿qué puedo hacer yo? — Kayleigh hizo un ademán de impotencia.

— Eso no me corresponde decirlo a mí.

— ¡Oh, Lydia!

— Bueno, podría intentar convencerlo de que se tome Ias cosas con calma — se atrevió a decir.

— ¿Yo?

— Nadie más podría hacerlo — enfatizó. Sus palabras Ie recordaron Ias que Carmen Ie había dicho esa mañana — . Creo que no tiene otro camino.

Capítulo 4

La comida fue servida en un pequeño pero lujoso comedor provisto de aire acondicionado. En esa época del año no era agradable comer al aire libre.

Al ducharse observó sus hombros y se percató de que sus esfuerzos por proteger su piel habían sido vanos. La larga charla de Lydia había agravado el problema.

Por supuesto, reflexionó al ponerse crema en la cara, en otras circunstancias no me importaría. Esa tibieza en la piel era algo que solía gustar a la gente. Pero ella no era como toda la gente y si quería cumplir el contrato, tendría que ser más cuidadosa en el futuro.

Al analizar sus pensamientos, sintió un escalofrío. El contrato con Zara no era algo negociable. Tenía una semana de permiso, eso era todo.

Sólo había dos servicios puestos en la mesa redonda. Sólo dos mantelillos y dos juegos de cubiertos de plata. Al principio Kayleigh pensó que Ollie habría comido ya. Pero cuando iba a preguntar a Rose por qué su hijo no comería con ellos, apareció Ollie.

Al igual que ella, se había cambiado de ropa y su pelo estaba impecablemente peinado. Era evidente que Lydia, que había insistido en hacerse cargo del niño mientras Kayleigh se arreglaba, lo ayudó a refrescarse.

Los ojos del pequeño, tal como los de su madre, se fijaron en la mesa.

— ¿En dónde está papá? ¿No va a comer con nosotros?

— Parece que no. —Kayleigh volvió la cabeza y vio a Rose que entraba con un enorme plato de sandwiches y ensalada.

— El padre de Ollie... ¿comerá en el estudio?

Rose dejó el plato antes de responder. Luego, limpiándose las manos, comentó:

— El señor Noah no va a comer, señorita Kayleigh. Ha dicho que no tiene apetito.

— Eso no me parece bien — Kayleigh suspiró al murmurar, pues no quería inquietar a Ollie. Rose arqueó los hombros en señal de complicidad — . ¿En dónde está? ¡Espero que no seguirá trabajando!

— No, madame — Rose miró a Ollie y agregó — . Está... descansando. Ha dejado dicho para el señorito que lo vería más tarde.

— ¿Descansando?

Kayleigh casi mordió las palabras y Rose asintió con la cabeza.

— Exacto — dijo, pero hizo una señal hacia el techo con el dedo — . ¿Entiende lo que quiero decir?

Quería decir que Noah estaba en la cama y Kayleigh se preocupó. Sabía que Rose también lo estaba, pero no quería decir nada delante del niño. Era una situación muy delicada.

— Así que... ¿por qué no comen algo? — sugirió Rose sentando a Ollie en la mesa — . Mira, te he hecho los sandwiches de queso que tanto te gustan. Tal vez tu madre querrá probarlos. Estoy segura de que se muere porque le pidas que coma uno.

— ¿Es cierto, mamá?

Era muy fácil distraer al niño y Kayleigh hizo un esfuerzo por prestarle atención.

— ¿Qué? Oh... sí. ¡Parecen deliciosos! — reafirmó sentándose a su lado — . Pero tú sabes que debo cuidar mi alimentación. Si como mucho, ¡me pondré como una bola de grasa!

— Le puedo asegurar que tendría que pasar mucho tiempo para que eso sucediera — añadió Rose — . Ustedes dos tienen que comer. El pequeño Ollie dormirá una siesta después. Y si usted desea saber cómo sigue el señor Noah, tal vez quiera ir a buscarlo después.

Kayleigh miró a la chica, sorprendida. ¿Cómo podía pensar que ella fuera a ver como seguía Noah?

Por otra parte, no debía olvidar su responsabilidad. Cuando se quedó sola tomando su segunda taza de café, tuvo que admitir que era lo menos que podía hacer.

La casa estaba tranquila cuando Kayleigh subió por la escalera. Había dejado sus zapatillas a un lado de la piscina y la sensación de andar descalza era agradable.

Las habitaciones de Noah quedaban al fondo de la galería, eso lo sabía muy bien.

Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar con más fuerza sin resultado. Sin dudarlo más, cogió el picaporte.

El recibidor era más opulento de lo que recordaba. En el centro había una alfombra suave. Las sillas y los sofás estaban cubiertos de finos tapices de terciopelo. De los jarrones de porcelana brotaban frondosos follajes. Las paredes tapizadas en seda y adornadas con exóticas pinturas. El salón parecía más un tocador de señora que el lugar acogedor que había sido durante algún tiempo.

¿Elois?, se preguntó Kayleigh tratando de ignorar el trasfondo de sus insinuaciones y se dirigió a la siguiente puerta. Estaba segura de que Noah no era responsable de ese... mal gusto. Ni siquiera ella con sus dudosos antecedentes se habría atrevido a decorarlo así.

La indignación le dio valor para abrir la puerta de la habitación con mayor confianza. Por el momento estaba demasiado molesta con lo que acababa de ver. No obstante, su mano tembló un poco al pulsar el interruptor. Como la habitación anterior, estaba vacía, el aire se notaba encerrado y húmedo.

— ¿Me buscabas?

Kayleigh dio un salto al oír la voz de Noah. A pesar de que esperaba verlo cuando entró en las habitaciones, en ese momento ya no estaba a la defensiva y lo último que pensaba era que él apareciera. Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta al verlo tan sólo cubierto con una bata de baño. Por un instante permaneció inmóvil, incapaz de ofrecer una explicación.

Noah apretó la boca.

— Te he preguntado si me buscabas — repitió — , o estas aquí por simple curiosidad. Siento desilusionarte, pero ya no uso estas habitaciones.

— ¿Cómo... cómo has sabido — Kayleigh tragó saliva — dónde estaba?

— ¿Estás bromeando? — Noah la miró incrédulo — . ¡Puedo asegurarte que la población entera de Lacuma Lay sabe en dónde estás!

— ¿Me has oído llamar? — Kayleigh apretó los labios.

— Te he oído — aceptó de mala manera — . ¿Qué tratabas de hacer? ¿Despertar a la muerte?

Sus palabras estaban tan cercanas a lo que Kayleigh había tratado de hacer, que la dejó muda. Noah gruñó.

— Oh, no — dijo con una mueca — . Realmente no pensaste que algo me había pasado, ¿o sí? Dios mío, tan sólo dormía la siesta. Puedes creerlo o no, pero mucha gente en la isla hace lo mismo.

Kayleigh se irguió en el mismo sitio.

— Sí, pero no antes de comer — y agregó con más seguridad — . Estaba... preocupada por ti. He venido a ver si estabas bien.

Noah la miró durante un rato y luego desvió los ojos alterados.

— Bueno, como puedes ver, estoy bien — dijo y le dio la espalda — . Te agradezco el

interés, pero no era necesario.

— ¿Eso crees? — Kayleigh lo siguió por el corredor y cerró las puertas al salir.

— ¿No has comido por qué estaba yo?

— ¡No!

La respuesta de Noah sonó impaciente y levantó una mano como despidiéndola. Siguió por el corredor, en dirección opuesta a las habitaciones de Kayleigh. Era evidente que daba por terminada la conversación, pero Kayleigh no quedó satisfecha y lo siguió.

Al ver que lo seguía, Noah se detuvo en seco.

— Vienes en dirección contraria a tus habitaciones — le recordó al tiempo que se apretaba el cinturón de la bata.

Kayleigh no se incomodó.

— Lo sé — dijo — . Pero, ¿no crees que tengo derecho a saber en dónde duermes? Después de todo, puedo llegar a necesitarte y no sabré dónde encontrarte.

— No permanecerás aquí el tiempo suficiente para llegar a tener ese problema — respondió con cierta descortesía.

Sin esperar, volvió la cabeza y prosiguió su camino, sólo para descubrir que Kayleigh estaba a su lado al llegar a la puerta de su alcoba.

— ¿Qué tratas de hacer? ¿Molestarme? — preguntó al verla, pero Kayleigh no se intimidó.

Aún no estaba satisfecha de su razón para no haber comido. Además, tenía curiosidad por saber cuáles eran las habitaciones que ocupaba ahora.

Así que en vez de detenerse ante la puerta como él lo hizo, entró en el dormitorio, pasando delante de él, e ignorando su expresión de sorpresa.

A diferencia de las habitaciones que había compartido con Noah y que ahora estaban sobrecargadas de muebles y adornos, ese dormitorio era muy parecido al suyo. De hecho, era algo más pequeño.

Pasó la mirada por todo con cierta rapidez. La curiosidad era una cosa, pero todo tenía un límite. Además, no deseaba saber quién compartía la cama con Noah. Ni ahora ni nunca.

— ¿Quieres irte de aquí?

Noah seguía de pie junto a la puerta que mantenía abierta y que no pensaba cerrar. Kayleigh casi sonrió. Una idea cruzó por su mente. Noah no sabía como manejar la

situación, y ella ahora tenía ventaja...

— Tenemos que hablar — dijo al fin, mirándolo con aparente inocencia antes de ir hacia el balcón cuyas cortinas estaban abiertas — . Hace calor, ¿verdad? ¿No es maravilloso este paisaje?

La puerta se cerró de golpe, pero Noah no se movió, así que no supo si él la empujó, o si fue la brisa que entraba por la ventana. De cualquier forma, estaban solos en la habitación. Kayleigh no pudo evitar que llegaran a su memoria recuerdos de otras tardes como esa...

— ¿Qué es lo que te hace pensar que no te voy a echar de la isla... otra vez? — preguntó Noah con aspereza, pero sus labios tenían un temblor especial y sus ojos se movían hacia la cama con desesperación.

Debería estar descansando, pensó Kayleigh, deseosa de tomar venganza de su debilidad.

— Creo que debemos acabar con nuestras diferencias — se alejó del balcón — , ya estoy aquí y eso no lo puedes evitar... sin lastimar a Ollie y a ti mismo.

Noah emitió un quejido de frustración.

— Ya te lo dije — enfatizó — . ¡No soy un inválido! Sé que te gustaría que lo fuera, pero tengo que decepcionarte, ¡aún estoy en plena posesión de mis facultades! Ahora sé por qué has venido. Estoy seguro de que no perdiste el tiempo cuando Carmen te dijo que estaba en el hospital. Pensaste que era la oportunidad para llevarte a Ollie... no estando yo aquí para impedírtelo. ¿Qué planeaste hacer, Kayleigh? ¿Llevártelo a Londres y reiniciar el proceso legal? — movió la cabeza — . Nunca se te ocurrió pensar que él podía ser feliz aquí, ¿verdad? Aún tienes esa falsa idea de que un niño tiene que estar junto a su madre sin importar... lo indeseable que pueda ser esa madre y nada... nada va a... a... cambiar...

Noah volvía a respirar con dificultad y el rencor de sus palabras desapareció. Ignorando sus enérgicos ademanes, Kayleigh lo cogió del brazo y lo llevó a la cama.

Lo acomodó en el colchón, le desató el cordón de la bata, le deslizó por los hombros y lo recostó sobre las almohadas. Se desconcertó de momento al darse cuenta de su desnudez bajo la bata y una vez más supo que sus sentimientos por Noah estaban a prueba. Era casi imposible mantenerse indiferente, cuando el cuerpo de ese hombre le era tan familiar. Sus manos temblaron al quitarle la bata y de inmediato lo cubrió con la manta, antes de que él se diera cuenta de su inquietud.

Resultaba imposible demostrarle indiferencia y en cuanto vio que el color volvía a las mejillas de Noah, entró en el baño para llevarle un vaso de agua.

Cuando regresó al dormitorio, Noah estaba casi repuesto.

Consciente de su frustración y de su situación, Kayleigh se sentó en la orilla de la cama, a un lado de él, y le acercó el agua a los labios.

— Yo puedo hacerlo solo — murmuró malhumorado. Cogió el vaso y bebió a sorbos — . Qué situación tan insoportable. ¿Cómo es posible que esos... doctores no descubran que tengo? ¡Dios sabe que les pago suficiente!

La palabra que omitió antes de «doctores» demostraba su frustración. Odiaba sentirse dependiente. No estaba acostumbrado a ello.

Kayleigh le puso la mano en la frente que estaba helada. Después, en una reacción involuntaria, se llevó un dedo a los labios. Al sentir la sal en la lengua se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Sus ojos encontraron los de Noah y se puso a la defensiva.

— Sabes que el remedio está en tus manos — dijo después de un momento — . Te ordenaron que descansaras y que tomaras las cosas con calma . Y en vez de eso, te comportas como si no hubiese pasado nada.

— ¿Eso crees? — Noah suspiró y se relajó entre las almohadas.

Era evidente que se sentía mejor. Levantó una mano para quitarse un mechón de pelo, eso era más de lo que Kayleigh podía soportar. La manta se había deslizado hasta la mitad del pecho y preguntó de pronto mirándola deliberadamente.

— ¿Por qué eres tan buena conmigo?

— ¿Lo soy? — Kayleigh perdió el aliento.

— Sí, lo eres — Noah respiró hondo y la miró con curiosidad — . En estas circunstancias esperaba que te alegraras de verme derrumbado. Y en vez de ello, me traes agua y... mitigas mi dolor. ¿Por qué?

Kayleigh le quitó el vaso de la mano y lo puso en la mesita de noche. Después se encogió de hombros con indiferencia y dijo:

— No soy sádica. A pesar de lo que pienses, no me gusta ver sufrir a la gente.

— ¿Ni siquiera a mí? — insistió con una mueca.

Kayleigh desvió la mirada.

— Ni siquiera a ti — contestó y se sorprendió cuando él le cogió las manos.

— No hagas eso — le pidió él — . No soy tu responsabilidad. Si yo elijo irme al demonio no te sientas responsable.

— Pero... me importa — contestó relajándose con mucho esfuerzo, aunque aún sentía la firmeza de los dedos de Noah en sus nudillos — . Olvidas que soy la madre de Ollie.

Cualquier cosa que le afecte a él me afecta a mí.

— No olvido nada — la mandíbula de Noah se contrajo. Se quedó callado, pero el esfuerzo al tratar de explicarse lo agotó de nuevo — . ¡Oh, Dios... si al menos no me sintiera tan débil! Si existiera alguna fórmula que me devolviera la fortaleza...

— Pues no existe — le advirtió Kayleigh ignorando sus protestas mientras le secaba la frente llena de sudor — . Por vez primera tendrás que hacer lo que se te ordena. Te guste o no.

— ¡Al diablo! — gritó Noah.

— Bueno, ¿qué otra alternativa tienes? — murmuró Kayleigh con angustia — . ¿Quieres suicidarte?

— ¡No voy a morir!

— No me atrevería a asegurar nada si fuera tú — Kayleigh no pudo evitar una especial intención en sus palabras. Quería convencerlo. Dudó un poco y agregó — . Y entonces, ¿qué crees que pasaría con Ollie?

Noah no contestó a la provocación.

— Bueno — agregó la chica a la defensiva — . ¿No vas a decir nada? Algo así como... mujerzuela, por ejemplo. O algún otro cumplido. Creo recordar que te los sabes todos. Y los has usado conmigo.

Noah seguía mudo. El silencio se hizo más intenso y Kayleigh supo que por el momento debía abandonar la intención de hacerlo recapacitar. Noah no la escucharía. Jamás la había escuchado.

Pero cuando se iba a poner de pie, él la cogió por la muñeca.

— Está bien — dijo mirándola con un brillo especial en los ojos — . Supongamos que acepto que lo que dices es... en parte verdad. Que no hay una cura milagrosa para mí, que ese reposo... es lo único que me va a ayudar. Si accedo a cuidarme, ¿te irás?

— ¿Cuándo? — tragó saliva.

— ¿Hoy mismo es demasiado pronto? — Noah apretó la boca.

— ¡Maldito! — exclamó Kayleigh indignada.

— ¿Por qué? — los dedos de Noah lastimaron su delicada piel — . ¿Por qué no estoy lo bastante enfermo como para no darme cuenta de lo que intentas hacer? Sabes que nunca permitiré que permanezcas aquí, así que ahora quieres jugar sucio. ¡Pretendes que te importa lo que me pasa, por ejemplo!

Kayleigh sintió que los ojos le ardían y se inundaban de lágrimas. Sólo ella sabía lo que

había tenido que luchar contra sus sentimientos desde que llegó a la isla. ¡Claro que le importaba! Y le gustará o no, todavía podía herirla.

— ¿Te han comido la lengua? — bromeó Noah.

Ella sabía que debía alejarse de él en ese momento. Pero no lo haría, pues no deseaba facilitarle las cosas. No debía seguir su primer impulso, sino demostrar indiferencia.

— Me... me preguntaba por qué tienes tanto miedo a que me quede — aventuró, ya que no tenía nada que perder.

De todas formas, quería volver a echarla de la isla. Y esa era su última oportunidad para descubrir sus sentimientos, aunque le doliera.

— ¿Miedo? — repitió Noah y de repente le soltó la muñeca como si le quemara —. ¿Estás loca?

— No lo creo — Kayleigh tenía dificultad para respirar — . Es evidente que estás desesperado por deshacerte de mí. Me preguntó por qué, eso es todo. ¿Qué daño te hago quedándome aquí? ¿No crees que merezco pasar algún tiempo con mi hijo?

— ¿Qué quieres de mí, Kayleigh? — Noah la observó — . Te hace falta dinero, ¿es eso? ¿Has venido con la esperanza de que te dé dinero para deshacerme de ti? Quiero recordarte que fuiste tú la que se negó a aceptar mi ayuda económica. Hasta donde sé, mi abogado tenía instrucciones...

— ¡No quiero tu dinero! — por un momento, Kayleigh perdió la compostura.

Pero con gran esfuerzo decidió llevar la charla a los términos que ella deseaba, y sonrió.

— ¿Entonces, qué es lo que quieres? — se incorporó apoyándose en los codos — . Por Dios, Kayleigh, ¿cuál es tu precio?

— Tal vez... tal vez... te quiera a ti — murmuró. Al momento se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Ignoró el rostro desconfiado de Noah y se llevó las manos a las mejillas. Entonces, antes de que él tuviera tiempo de reponerse, se agachó y puso sus labios sobre los de él, rozando con sensual insistencia su boca con la lengua. Noah se sacudió contra las almohadas en un gesto involuntario. Liberó sus manos y la empujó. Pero Kayleigh no se dio por vencida. Experimentó un ligero estremecimiento al sentir la boca de Noah moviéndose bajo su lengua.

Las manos que la sostenían por los brazos, forzándola a mantener un espacio entre ellos, de pronto la apretaron con inesperada urgencia, haciéndola sentir a través de la tela de su vestido, los músculos del torso masculino. Ahora, ella descansaba sobre el pecho masculino. Kayleigh no se sorprendió cuando él se los descubrió, permitiendo

que sus cuerpos se tocaran.

Todo ese tiempo su boca se mantuvo unida a la de él y ahora tenía dificultad para respirar. Lo que había empezado como una prueba de su parte para probar que no le era indiferente a Noah, se había convertido en una hambrienta y voraz locura. Kayleigh estaba fuera de control.

Debió detenerse, pero no pudo. La mano de Noah levantó el sedoso pelo y acarició su nuca, instándola a besarlo con incontrolable urgencia. La otra mano apretaba su busto, el pulgar buscaba el duro pezón y presionaba su pecho. No había parte de su ser que no respondiera a la salvaje excitación que él transmitía, y cuando echó a un lado la manta y la hizo rodar hasta quedar encima, ella lo abrazó por el cuello.

Su cuerpo quedó expuesto y Noah tomó ventaja de ello. Desabrochó el cinturón de su vestido y lo apartó. Sus senos se hinchaban y endurecían bajo su mirada. Al verla, los ojos de Noah se oscurecieron y brillaron con pasión. Los dos habían sido consumidos por el fuego del amor. Por el momento, nada más importaba. Noah ya no estaba pálido. Sus ojos brillaban y su rostro había enrojecido por la mezcla de emociones.

El sudor invadió el cuerpo de Kayleigh y sintió el erótico tirón de su pezón. Deslizó las manos sobre los musculosos hombros y lo atrajo, moviendo con sensualidad su estrecha cadera.

El dolor que la consumía por dentro sólo podría ser aliviado por Noah. Con naturalidad llevó las manos a sus prendas más íntimas. Deseaba deshacerse de ellas, lanzarlas a un lado y dejar que Noah la tocara.

La voz de Ollie desde el patio los hizo reaccionar de pronto. ¡Dios mío!, pensó Kayleigh casi desfallecida. ¿Qué hacía? ¿Qué era lo que estaba permitiendo que Noah hiciera? Unos minutos más, y hubiera sido demasiado tarde. Hacía tanto tiempo que no sabía lo que era tomar anticonceptivos y la idea de ver a un doctor antes de ir a la isla habría sido ridícula. En consecuencia, estuvo a punto de correr el riesgo de un embarazo no deseado. En el caso de Ollie, ella quería tener un hijo de Noah, lo deseaba más que nada en el mundo.

Pero ahora, se dijo con reproche, sobreponiéndose a la pasión, no podía darse el lujo de cometer más errores. Y menos aún, ahora que ella no era la pareja de Noah, tan sólo una sustituta para sus frustrados instintos.

Esperó a que Noah se hiciera a un lado y giró, dejándose caer al suelo de rodillas, sintiéndose enferma y humillada; al percatarse de que sólo la cubrían las minúsculas bragas, desesperada, alcanzó su ropa y se vistió. Todo lo que acababa de conseguir era crear una necesidad, que no se había atrevido a satisfacer.

Se puso de pie a cierta distancia de la cama, para evitar que Noah la volviese a atrapar. Él seguía apoyado sobre la espalda y la observaba con ojos curiosos y cautelosos. Ella creyó que estaría enojado, que se enfadaría; mas su rostro era inexpresivo. Por su parte, ella tuvo que desviar la mirada del cuerpo desnudo, al

descubrir que a pesar de la delgadez, seguía siendo el hombre más sensual que jamás había visto.

— Así que te vas — dijo él sin intentar cubrirse.

Kayleigh tomó aire antes de responder.

— Ollie espera afuera — quiso ser convincente — . Querrá saber dónde estoy.

Noah apoyó la cabeza en sus brazos. Curiosamente, daba la impresión de estar relajado.

— De acuerdo — dijo mirándola con frialdad — . No te entretengo.

— No.

Kayleigh comprendió la indirecta. Al salir de la habitación, estaba confundida.

Hubiera jurado que Noah estallaría, pero no había sido así.

Capítulo 5

Kayleigh pasó el resto del día con los nervios crispados. Esa escena en la habitación la había alterado y tuvo que hacer un esfuerzo para no reprender a Ollie cuando lo descubrió aprovechándose de su distracción. Se esforzó por olvidar lo sucedido y actuar con naturalidad, pero no era fácil. En muchos sentidos, Ollie era como su padre y al ver al niño, resultaba casi imposible no pensar en él.

Sabía muy bien que era lo que le pasaba, por supuesto. Había visto demasiadas mujeres neuróticas en su vida como para no reconocer a una mujer frustrada. Sentía la piel tensa y estaba a punto de llorar.

Era una experiencia nueva. Hasta que Noah y ella empezaron a vivir juntos, el sexo no había sido un factor importante en su existencia. De hecho, era algo con lo que prefería no vivir y estaba convencida de que no lo necesitaba.

Hasta que Noah entró en su vida, no supo la importancia de la relación entre un hombre y una mujer. Sus experiencias sexuales habían sido breves y sórdidas, por lo cual jamás imaginó que eso podría llegar a ser algo tan hermoso.

«No sé si para Noah fue igual», pensó esa noche mientras acostaba a Ollie. Más tarde, al aplicarse crema en los hombros, reconoció que Blaine fue quien más había influido en su vida. A pesar de haber amado a Noah con desesperación, él no le correspondió de la misma forma; y aunque ella no estuvo de acuerdo con el comportamiento de Blaine, no le cabía duda de que sus sentimientos fueron superiores a los de Noah.

¿Pero realmente Blaine había sentido amor por ella? ¡Debió de estar demasiado celoso de su felicidad, para tener el valor de destruir su vida de esa forma!

Kayleigh tenía dieciséis años cuando conoció a Blaine Wells. En aquel entonces, trabajaba en la recepción de uno de los hoteles más importantes de Wagner. Registraba a los huéspedes y contestaba los teléfonos. No era un mal empleo. De hecho, cuando le ofrecieron el trabajo y la opción de compartir una habitación con una compañera, no lo pensó dos veces.

Sin embargo, seis meses después de aclarar dudas y de arrancar hojas de registro de la computadora la habían fastidiado; así que cuando Blaine le hizo la proposición, quedó fascinada.

Al principio, no se dio cuenta de sus verdaderas intenciones. Al contrario, estaba agradecida de que aún existiera gente buena y desinteresada. Hasta entonces, su vida no fue fácil, aunque no se quejaba. Quedó huérfana a los seis años, sin nadie que se hiciera cargo de su educación. Pasó diez años en un lugar para niños sin hogar. No tuvo una verdadera preparación académica. Sus calificaciones en la escuela apenas

fueron aceptables, con excepción de las que correspondían a idiomas, en las que siempre obtuvo las mejores notas. Gracias a ello, consiguió el empleo en el Wagner Place. Eso y su personalidad agradable la ayudaron.

Jamás se consideró especialmente atractiva. Más aún, su estatura considerable le dio muchos dolores de cabeza desde que tenía doce años, pues siempre fue motivo de bromas. A esa edad se veía desproporcionada. El pelo castaño y sus ojos más color gris que azules, le parecían tan inexpresivos, que se sorprendió cuando Blaine le dijo que tenía la figura ideal para ser modelo.

Por supuesto, al principio creyó que bromeaba. Blaine era agente, viajaban habitualmente, se hospedaba en el hotel y Kayleigh se acostumbró, a verlo llegar y partir con frecuencia.

Él la buscaba cuando necesitaba cualquier cosa, por lo que Kayleigh empezó a verlo como a un amigo. El hecho de que fuera un hombre mayor, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, la convenció de que en su amistad no había malicia. Él debió de darse cuenta de que siendo varios centímetros más bajo que ella, medio calvo y ligeramente gordo, no era su tipo ideal. De todas formas, un hombre de su experiencia no podía interesarse por una recepcionista de dieciséis años. En el hotel había muchas mujeres hermosas y mayores. Seguramente sentía pena por ella y trataba de ayudarla.

Sin embargo, algunos comentarios acerca de su apariencia física la sorprendieron, pues a pesar de que había engordado en los últimos meses, estaba decepcionada de sí misma. Ninguna de sus compañeras era tan alta como ella, por lo cual acostumbraba a usar colores clásicos y zapatos de tacón bajo, como una imperiosa necesidad de no llamar la atención.

Hasta que Blaine le hizo aquella sugerencia, ella no sabía a qué se dedicaba él. Nunca imaginó que estuviese relacionado con la industria del vestido. Pero, ¿por qué ella? Tenía dieciséis años y no acostumbraba a comprar revistas de modas.

Pero una de sus compañeras que oyó la conversación la sacó de su duda.

— ¿No sabes quién es? — exclamó impaciente — . ¡Es Blaine Wells! ¡Blaine Wells! ¡Cielos! ¿No lo conoces? ¿Es qué mundo has vivido estos últimos diez años?

— Sé muy bien quién es — respondió Kayleigh a la defensiva — . Lo conozco desde hace mucho. Viene al hotel con frecuencia. Acaba de regresar de Singapur.

— Pero no sabes a qué fue Singapur, ¿o sí? — la otra chica se mofó y Kayleigh sintió enojo por su ignorancia — . Por Dios, su agencia ha estado filmando un video para la colección de la próxima primavera. La de Blaine Wells es una de las mejores agencias del mundo.

— ¿Dirige una agencia de modelos?

— No, no la dirige. ¡Es el dueño! Te lo acabo de decir.

— Entonces, ¿tú crees que no estaba... bromeando cuando dijo... eso?

— Lo dudo — sostuvo la chica — . A mí no me gustaría mezclarme con un hombre como él. Tiene mala reputación. Si yo fuera tú, me andaría con cuidado. A menos que pienses que puedes controlarlo.

Si él hablaba en serio y su ofrecimiento de ayudarla era auténtico, ¡aceptaría! Después de todo, la oportunidad de llegar a ser modelo profesional no solía presentarse todos los días y si la desaprovechaba, nunca llegaría a saber sus posibilidades.

Por supuesto, después de soñar un poco, puso los pies sobre la tierra. Sólo porque Blaine Wells hubiera dicho que tenía todo para ser una buena modelo, no era motivo para que pensara que él la apoyaría. Dejó volar demasiado su imaginación y decidió olvidarlo. Pero no lo hizo. Ni a pesar de transcurrir tres semanas antes de volver a ver a Blaine.

Durante ese tiempo su estado de ánimo pasó desde la tremenda ansiedad ante la idea de llegar a dejar su empleo en el hotel y viajar tanto como Blaine, realizando exhibiciones, hasta la depresión en los días que se daba cuenta de que no tenía experiencia en ese terreno para considerarse merecedora de una oportunidad así. Pero... ¿y si su amiga tenía razón? ¿Si Blaine Wells estaba interesado en su cuerpo desde otro punto de vista? En esas circunstancias, se negaría a tener cualquier relación con él. La simple idea de acostarse con alguien que podría ser su padre le parecía repulsiva. Ella no era del tipo de chica que se vende, fuera cual fuera el aliciente.

La siguiente visita de Blaine al hotel coincidió con una tarde libre de Kayleigh. Las chicas de recepción tenían una tarde libre cada tres semanas, de las doce del día a las seis de la tarde. Ella cruzaba el área de estacionamiento para coger el autobús que la llevaría a Etram, cuando Blaine bajó de su coche y la llamó.

— ¿Ya te vas? — le preguntó.

— Tendrá que atenderlo otra persona, señor Wells — declaró — . Debo hacer algunas compras y no regresaré hasta la noche.

— Entonces esperaré hasta esa hora para registrarme — le dijo en broma.

Las semanas anteriores, Kayleigh había tenido oportunidad de hojear algunas revistas relacionadas con la moda y jugó a adivinar qué agencia de modelos era mejor. Le fue imposible ser objetiva, pues en realidad apenas conocía nada de esa profesión. Pero una cosa era segura, las modelos de Wells lucían ropa fina y elegante.

Kayleigh no supo qué decir, no estaba segura de si el señor Wells bromeaba o hablaba en serio. Trató de encontrar una excusa aceptable para negarse cuando la invitó a comer.

— Oh... no sería aquí — apuntó él al notar su mirada de inseguridad — . Conozco un lugar fuera de Windsor. No está lejos, y me interesa hablar contigo.

¿Por qué no?, se dijo Kayleigh al oír una vocecita de alerta en su interior. Después de todo sólo se trataba de ir a comer. Un hombre como Blaine Wells no la iba a raptar.

— Puedes decirle a tu madre dónde vamos a estar — le indicó al notar su duda, pero Kayleigh negó con la cabeza.

— Está bien — aceptó, sin aclararle que no tenía madre — . Gracias, me encantará comer con usted. Aunque no me imagino de qué quiere hablar conmigo.

Kayleigh, estoy seguro de que puedes imaginar de lo que quiero hablar contigo. Durante las semanas anteriores he pensado mucho en ti y te aseguro que si me lo permites, podré ayudarte. Pero no quiero hablar de negocios aquí, en mitad de la calle. Así que... sube al coche.

No fue sino hasta después del café cuando Blaine tocó el tema de su invitación. Sin rodeos le explicó que tenía todo para llegar a ser una modelo de éxito. Que si lo deseaba, él estaba dispuesto a invertir mucho dinero en ella.

— Eres una modelo perfecta. Porque eres alta; tienes una buena estructura ósea, te mueves con soltura... y eres joven, lo que significa que puedes aprender.

Kayleigh lo miró. Hasta entonces se consideraba demasiado sencilla, y no podía creer lo que acababa de oír.

— No me crees, ¿verdad? — la voz de Blaine era suave.

— Yo... no lo sé — admitió a pesar suyo — . Es que me parece tan increíble.

— Todos empezamos alguna vez — le aseguró Blaine con sequedad, tomando un sorbo de licor que había pedido para acompañar su café — . Y no creas que se trata de un gesto altruista.

— ¿No?

— No — estaba impaciente — . No soy un filántropo, Kayleigh. Soy un hombre de negocios y es un trato de negocios lo que te ofrezco. Espero ganar mucho dinero contigo.

— Entonces usted no... se trata de... usted no...

— ¿Estás bromeando? — frunció el ceño y ella sintió un escalofrío — . No, Kayleigh, si yo quisiera... una relación íntima con cada una de las modelos de mi agencia, no tendría la energía necesaria. ¿Me entiendes?

— Totalmente — Kayleigh se ruborizó.

— Está bien.

Llamó al camarero mientras hablaba y Kayleigh supo que era su última oportunidad

para aceptar. Si la rechazaba, no tendría otra.

Un año más tarde, Kayleigh se reía de sus temores. Se había convertido en una mujer segura; y durante todo ese tiempo le ocurrieron cosas maravillosas que jamás había soñado.

Y Blaine fue amable, demasiado amable con ella. Semanas después de aceptar su ofrecimiento, hizo que se mudara del hotel a un agradable apartamento con otras dos modelos y por vez primera en su vida, Kayleigh tuvo una habitación privada. Las otras chicas la aceptaron sin reparos. Y si ellas no veían a Blaine como a un benefactor, era porque su pasado era muy diferente al suyo.

De cualquier forma, eran agradables y Kayleigh estaba contenta de vivir con ellas. Además, la idea de ponerse vestidos bonitos y de posar para la cámara le parecía fácil. No obstante, al poco tiempo se percató de que era lo más difícil que había hecho en su vida.

Pero el tiempo pasó y poco a poco adquirió seguridad.

Aquellos días en que su estatura era una preocupación desaparecieron. Ahora, al mezclarse con otras modelos, muchas de las cuales medían más que ella, no se sentía inhibida al ponerse los zapatos de tacón. No le volvió a importar ser delgada. Por el contrario, el aumento de sueldo dependía en gran medida de su habilidad para no subir de peso.

Por supuesto, todo ello tenía grandes compensaciones. Aprendió a cuidarse el pelo, a maquillarse y a combinar los colores.

Durante el primer año vio muy poco a Blaine y cuando lo hacía, siempre había alguien más con ellos. Muy pronto se dio cuenta de lo insignificante que era ella para la agencia y sus dudas acerca de las intenciones de Blaine le parecieron ridículas.

Al cumplir dieciocho años, la situación cambió. Una afortunada aparición en un anuncio de chocolates causó impacto en el público y le gustase o no, Blaine se vio obligado a dedicarle más atención. De pronto se encontró volando hacia las Bahamas y a Hawái, tomando parte en los espectáculos del momento y haciendo apariciones públicas. Como consecuencia, su salario aumentó y pudo comprar su propio apartamento.

«Lo logré», pensó mientras recorría el lugar de dos habitaciones con un gran ventanal en la sala que dominaba gran parte de Inglaterra. Pasó al cuarto de baño y detuvo su mirada en el jacuzzi. Y todo por méritos propios. O al menos eso había pensado.

Fue entonces cuando Blaine entró en escena. Mirando hacia atrás, Kayleigh se preguntó cómo pudo ser tan ingenua para no darse cuenta de lo que sucedía. Por supuesto, él no intentó acercarse mientras fue demasiado joven, y tenía una razón. Hubiese arriesgado más que su reputación y además estaba seguro de que lo habría rechazado. Entonces ella no podía perder nada.

Pero al llegar a los dieciocho, ya conocía el sabor del triunfo. Había sumergido los dedos en aguas tibias y gozaba de la aclamación del público. Estaba acostumbrada a vestir con elegancia sin preocuparse por el precio, y fuera del apartamento la esperaba el impresionante Porsche rojo que acababa de comprar con su último cheque.

Esos pensamientos cruzaron por su mente la tarde que Blaine la invitó a pasar el fin de semana en su yate. «No es una fiesta», le advirtió sin dejar lugar a dudas del propósito de sus intenciones. «Tan sólo una oportunidad para poder conocernos un poco mejor». Kayleigh ya sabía lo que se decía de esas invitaciones al Jerjes.

— No quiero pasar un fin de semana con usted, señor Wells — declaró con frialdad — . Gracias por el ofrecimiento, pero no.

Recordó que Blaine había torcido los labios al oír sus palabras. Era evidente que la conocía bien.

— Creo que no has comprendido — le dijo Blaine, invitándola a sentarse en la silla frente a su escritorio — . No puedes negarte. ¿Debo recordarte tu contrato con la agencia? Accediste a aceptar cualquier encargo y yo como tu jefe debo decidir lo que te conviene.

— ¡Esto no es una comisión!

— ¿Y si yo te dijera que sí?

— No lo haré.

— Es tu decisión, por supuesto. Pero debo informarte de que si no lo haces, cancelaré todos tus contratos pendientes y no volverás a trabajar para nosotros.

— No sería capaz — Kayleigh contuvo el aliento.

— ¿Eso crees? — Blaine la miró sarcástico.

— Conseguiré trabajo en otra agencia, — Kayleigh se mordió los labios.

— ¿En cuál? No creo que ninguna te contrate cuando les diga que te negaste a cumplir con una comisión perfectamente razonable.

— No es una comisión razonable. ¡Es algo... ultrajante!

— Así es la vida — respondió Blaine — . Y créeme, Kayleigh, podía haberte pedido algo peor. Al menos a mí me gusta mantener una relación normal. ¡Como mi amante, jamás te pediré que hagas ninguna perversión!

— ¡Como tu amante! — Kayleigh lo miró espantada — . ¡No hablas en serio!

— Pruébalo — Blaine torció los labios — . Te sugiero que lo consideres. A menos que prefieras regresar a tu antiguo trabajo como recepcionista.

Kayleigh estaba segura de poder salir adelante sin él. Los días siguientes, recorrió diferentes agencias. Pero Blaine también estuvo ocupado; y para el viernes por la noche seguía sin tener suerte.

Por supuesto que podía negarse a tener relaciones con él, Kayleigh lo sabía. Pudo haberlo mandado al diablo y salir de la agencia. Pero no lo hizo. Cualquiera le habría aconsejado buscar otros terrenos, pero Kayleigh apenas había asistido a la escuela. Las oportunidades de iniciar otra carrera eran remotas. Y ella era joven y ambiciosa, así que debía hacerse dura y pasar la prueba.

No funcionó. A pesar de que Blaine se esforzó por hacerla despertar a su pasión, siempre terminaba dándose por vencido. Era una mujer fría... frígida, le dijo. Sin emociones en el cuerpo. Estaba cubierta por una hermosa envoltura, prometedora, pero por dentro...

Al terminar ese terrible fin de semana, Kayleigh estaba preocupada por lo sucedido, pero sus temores fueron vanos. A pesar de que su relación personal fracasó, Blaine era un hombre de negocios y no se desharía de su mejor modelo. Por el contrario, la apoyó para que su carrera se reafirmara, y al cumplir los veinte años, Blaine le confirmó que ya no necesitaba su apoyo. Era una triunfadora y el mundo se abría a sus pies. Y cuando fue a Nueva York para la exhibición de la colección de primavera, era el rostro más famoso del momento.

No era que tuviese intenciones de dejar a Blaine. De hecho, su sociedad jamás marchó mejor. En ese momento en que el espectro del interés sexual había desaparecido, su relación era inmejorable, se consideraban verdaderos amigos. Se les veía juntos con frecuencia, compartiendo el mismo interés por el triunfo de la agencia y discutiendo los proyectos para el futuro. Kayleigh aprendió mucho en esos cuatro años y Blaine respetaba su opinión.

Fue durante un viaje a Nueva York, en una fiesta en New York, cuando Kayleigh conoció a Noah Richmond.

No fue una reunión formal organizada por la industria de la moda. De hecho, Kayleigh no habría estado allí de no haber sido por Blaine. Él fue invitado porque el anfitrión era un antiguo condiscípulo y como Blaine necesitaba una acompañante, le pidió que fuera con él.

La fiesta se llevó a cabo en un Penthouse exclusivo de la Quinta Avenida. El anfitrión era un destacado banquero y sus invitados, hombres de éxito en diferentes campos. El que muchos de los invitados fuesen diseñadores de renombre no la impresionó. De hecho, estaba aburrida y si Blaine tampoco se divertía, le pediría que se retiraran.

Terminaba su segunda copa de champaña y se esforzaba por mostrar interés en la conversación de un joven financiero que trataba de impresionarla cuando sus ojos descubrieron a Noah. Al volverse él a mirarla, se excusó y cruzó el salón en dirección a la joven. En el camino cogió una copa y la bebió de prisa. El corazón de Kayleigh se aceleraba, al tiempo que la distancia entre ellos era más corta.

Parecía extraño, pero todas las fibras de su ser se pusieron en guardia y Kayleigh no comprendía por qué. Era un buen tipo, pero a Kayleigh eso no le importaba. Su experiencia con Blaine la convirtió en una mujer fría y algo cínica. Estaba convencida de que la sexualidad era secundaria para ella... hasta ese momento.

Y entonces, cuando estaba lista para recibirlo, el hombre volvió la cabeza y sonrió con familiaridad hacia el joven que la acompañaba.

— Marlon — le dijo apretando su mano — , me alegro de verte.

— Lo mismo digo, Noah — el joven se inquietó y Kayleigh adivinó que era un personaje importante. Otro triunfador, pensó. ¿Cómo había podido imaginar que había despertado interés en él? No negaba que era atractivo, de facciones definidas, y no dudaba que cualquier mujer sería feliz ante la posibilidad de conocerlo mejor. Pero era obvio que no tenía interés en ella.

— Me imagino que no conoces a Kayleigh, ¿verdad, Noah? — preguntó Marlon, haciendo que la chica se sobresaltara — . Kayleigh... Mullen, él es Noah Richmond.

— ¿Cómo está? — Kayleigh usó la frase hecha, deseando que Noah no se diera cuenta del interés que despertaba en ella, aunque no extendió la mano para saludarlo.

— Hola.

Su respuesta fue aún más corta que la suya y Kayleigh sintió que un cálido sudor la invadía.

— Kayleigh es modelo — agregó Marlon con entusiasmo, indiferente a la tensión que los rodeaba — . Trabaja para Blaine Wells. ¿Lo conoces, Noah?

— Nos hemos visto — respondió sin dar demasiada importancia a sus palabras, y sin dejar de mirar a Kayleigh — , pero según he oído, la señorita Mullen no trabaja para Wells, él trabaja para ella.

— No creo que a Blaine le gustara lo que acaba de decir — Kayleigh se relajó.

De hecho, había estado a punto de soltar una carcajada ante el comentario, pero supo que no sería prudente. Sin embargo, una descarga de adrenalina corrió por sus venas.

— No — admitió Noah — , estoy seguro de que no le gustaría. Pero prometo no decirle nada, si usted tampoco lo hace.

— Bueno, de cualquier forma, Kayleigh trabaja para la agencia Wells — aclaró Marlon con cierto resentimiento.

No le agradó que los dos hicieran bromas a su costa e irritado, colocó una mano en actitud posesiva sobre el hombre de Kayleigh.

Fue un gran error, Kayleigh no permitía que nadie la tocara y mucho menos un recién conocido. Con un movimiento deliberado, agitó el hombro, se deshizo de la mano, dio unos pasos y, sin darse cuenta, chocó contra el cuerpo de Noah.

La reacción fue asombrosa. Cuando Marlon la tocó, su actitud fue de indignación, mas ante el contacto del firme cuerpo de Noah, sucedió todo lo contrario. Él alargó la mano para sostenerla al notar que perdía el equilibrio y ella deseó que el contacto se prolongara.

— Oh... lo siento — murmuró haciéndose a un lado.

— No hay problema. Tengo que reconocer que ha sido un placer.

Marlon se ruborizó y Kayleigh supo que sólo la influencia de Noah Richmond evitó que hiciera algún comentario agresivo. Y antes de que algo más sucediera, una cuarta persona fue a unirse al grupo.

— Kayleigh — dijo y en esa ocasión ella no pudo escapar de la mano que la sujetaba posesiva — , te he estado buscando.

— ¿Sí? — Kayleigh se volvió hacia Blaine con impaciencia.

Él conocía lo que la molestaba esa actitud, pero tal vez pensó que en esas circunstancias le hacía un favor.

— Sí — Blaine miró a los dos hombres que la acompañaban — . Richmond — saludó con frialdad —, Meyers — y volviéndose hacia Kayleigh, le preguntó —. ¿Te diviertes?

— Mucho — Kayleigh asintió y desviando los ojos hacia Noah preguntó — . ¿Y usted?

— Por supuesto, — Blaine la miró fijamente — . Tú lo sabes, ¿verdad?

El rostro de Kayleigh se enrojeció y antes de que pudiese contestar, Blaine habló de nuevo.

— Te buscaba porque quiero que conozcas a Sane Maxll. Acompáñame, νoy a presentarte.

— ¿Ahora?

Kayleigh no se movió, tratando de demostrarle su rechazo.

— Sí. En este momento — Blaine parecía impaciente — . Caballeros — inclinó la cabeza — , nos disculpan, ¿verdad?

Noah, quien no había dicho nada, ni siquiera cuando Blaine lo saludó, intervino con aparente indiferencia.

— Tal vez la señorita está a gusto aquí — cruzó los brazos sobre el musculoso pecho.

Ante la figura pequeña de Blaine, parecía más poderoso. Con una actitud de superioridad, añadió — . ¿Por qué no le pregunta a ella. Deje que Kayleigh elija.

— ¿Por qué no se mete en sus propios asuntos, Richmond? — el rostro de Blaine estaba enrojecido y respondió tan agresivo, que hasta Marlon se sorprendió por la rudeza de sus palabras — . Este no es su problema — era evidente que Blaine no se intimidaba con facilidad.

— Tal vez quiera hacerlo mi problema — respondió Noah, imperturbable, ante la grosería de Blaine — . La señorita tiene una opinión propia. Por qué no la deja manifestarla.

— Esto no le importa — exclamó Blaine furioso — . La señorita Mullen es mi invitada. Quítese de mi camino o lo νoy... a...

— ¿Qué me νa a hacer? — Noah torció la boca — . Vamos, ¿quiere problemas? Pues los tendrá.

— ¡No! — intervino Kayleigh asustada.

Lo último que deseaba era provocar un enfrentamiento entre los dos. Físicamente, sabía que Blaine no era peligroso ante Noah, pero no deseaba que este tuviera una mala impresión de su encuentro.

— Por favor — agregó deteniendo a Blaine por el brazo — . Todo está bien, señor Richmond.

— Noah.

— Está bien, Noah. Ahora tengo que irme. Ha sido... un placer conocerle. Tal vez... nos veremos en otra ocasión...

Lo miró asegurándole que no lo culpaba por lo que acababa de pasar. Deseó con todo su corazón que Blaine no los hubiese interrumpido, pero no podía hacer nada. Por alguna razón, a Blaine le desagradaba el apuesto norteamericano, y aunque le molestara, no tenía más opción que obedecerle.

Capítulo 6

Sin embargo, no le fue fácil olvidar el momento en que Noah la tocó. Por vez primera, Kayleigh disfrutó del contacto de un hombre y el recuerdo de ese choque eléctrico la mantuvo despierta horas después de que Blaine se retirara.

Por supuesto que no fue fácil convencer a Blaine de que no se sentía atraída por ese hombre. Estaba indignado por la actitud de Noah y se preocupó de que Kayleigh no volviese a estar junto a él el resto de la velada. «No es que le tenga miedo a Blaine», se dijo con firmeza mientras se ponía el camisón, «pero es un hombre rencoroso». Era una pena que el único hombre que la atraía no le gustara a Blaine.

Y entonces el teléfono empezó a sonar y sus nervios se alteraron. ¿Quién podría ser? Eran casi las cuatro de la mañana. El único que podía llamarla era Blaine.

Pretendió ignorarlo, pero la curiosidad no se lo permitió. Se apoyó sobre un brazo y cogió el auricular.

— ¿Sí?

— ¿Kayleigh?

La voz no debió resultarle familiar, pero así fue.

— Señor Richmond — susurró — . ¿Se ha dado cuenta de qué hora es?

— ¿Es ésa la única razón por la que hablas en voz baja? — preguntó con sequedad y ella se quedó sin aliento.

— ¿Perdón?

— Quiero decir... ¿estás sola? — la interrogó.

— Por supuesto... estoy sola. Son las cuatro de la mañana. ¿Qué... qué desea? — respondió indignada.

— No creo que deba contestar a esa pregunta, pues podría no gustarte. ¿Quieres desayunar conmigo? Después, podríamos ponernos de acuerdo en lo que cada uno espera del otro.

— ¿Desayunar? — repitió Kayleigh — . Pero, ¿se da cuenta de que todavía no ha amanecido?

— Pero no podías dormir y yo tampoco — le aclaró Noah — . Está bien, te doy un par de horas para estar lista. Te veré en el vestíbulo del hotel a las seis. ¿Te parece?

— ¡A las seis! — Kayleigh movió la cabeza, insegura — . Pero a las seis no hay nada abierto.

— No lo creas — le aclaró Noah con suavidad — . ¡Nos vemos! — y diciendo eso, colgó.

Ella pensó que primero debía aclarar las cosas con Blaine. Se dio cuenta de que era una locura salir del hotel a esas horas para encontrarse con un hombre del que no sabía nada. No tenía ninguna duda de que, por el hecho de haber estado en la reunión de la noche anterior, era alguien importante, pero ella sabía que los villanos más terribles de New York escondían su verdadero rostro detrás de una máscara de responsabilidad. Además, a Blaine le disgustaba ese hombre y confiaba más en su juicio que en el de ella misma.

Pero no lo hizo. Actuando por instinto, siguió los dictados de su corazón, convenciéndose de que no tenía nada que perder...

Ya la esperaba cuando salió del ascensor. Sin saber a dónde la llevaría, optó por un pantalón oscuro y un suéter color crema. Al verlo, se alegró de haber elegido ropa informal, pues él vestía pantalón vaquero y chaqueta de cuero. Al acercarse, ella volvió a sentir aquella incontrolable atracción.

— Hola — le dijo y la manera como la miró hizo que se estremeciera — . ¿Me has echado de menos?

— ¿Echarte de menos? — Kayleigh estaba confundida y Noah le guiñó un ojo.

— Yo sí — le dijo, cogiéndola por el codo — . He tenido tiempo de sobra para hacerlo. No he podido dormir.

No parecía que no hubiese dormido. Realmente, tenía buen aspecto y su rostro no tenía señales de cansancio.

— ¿En dónde... vamos a desayunar? — preguntó al cruzar el vestíbulo bajo la inquisidora mirada del conserje.

— En Central Park — dijo tranquilo, preparado para su reacción.

— ¿En Central Park? — repitió tratando sin lograrlo de alejarse de él — . Pero... ¿no es peligroso?

— No.

— No lo creo — replicó Noah agradeciendo con la cabeza al hombre que abría la puerta del coche.

Al cerrar, Kayleigh supo que ya no habría marcha atrás.

Tenían el mejor pan danés que había probado en una cafetería situada en una esquina del parque. Al principio sintió aprensión. Había dos hombres que constantemente los vigilaban, por lo cual supo que Noah no estaba totalmente confiado. Ésa fue su primera introducción en su mundo. Supo después que, mientras estaba en New York, Noah siempre llevaba consigo dos guardaespaldas.

Cuando regresaron al hotel, Blaine ya estaba despierto y había preguntado por ella. Se puso furioso cuando supo lo que había hecho.

— Debes estar loca — exclamó con frialdad — . Salir con un hombre que no conoces. ¡Estamos en New York, Kayleigh! Ha podido pasarte cualquier cosa.

— ¿Como qué? — Kayleigh aún estaba bajo el embrujo de esas horas pasadas con Noah y no había forma de hacerla enfadarse — . ¿Qué podía haberme hecho él que no me hayas hecho tú? — demandó mordaz — . Me gusta y yo le gusto. No intentes impedirme que lo vuelva a ver, o...

— ¿O qué, Kayleigh? — Blaine se mordió el labio.

— Hay otras agencias, y tú lo sabes — respondió al fin dándose cuenta de todo lo que estaba arriesgando por un hombre al que apenas conocía — . No me obligues a hacerlo, Blaine. Los dos sabemos que nos necesitamos.

En los días siguientes, Kayleigh vio a Noah muchas veces. A pesar de que conocía el desagrado de Blaine, este no hizo ningún intento por impedirlo. En cuanto ella tenía tiempo libre, Noah enviaba al chofer por ella al hotel.

Cualquier cosa que ella pidiera, la tenía, y cuando llegó el momento de regresar a Londres, su relación había llegado al punto en el que no existía retroceso.

No era que Noah la hubiese poseído. Por el contrario, aparte de algunos besos al dejarla en el hotel, no hubo contacto entre ellos. Era como si él presintiera la aversión de ella a ser tocada; sin embargo, con él era distinto. No obstante, se comportó con el mayor respeto a su sensibilidad y en ocasiones ella misma deseó ser tocada y acariciada por el hombre que le gustaba y admiraba al mismo tiempo. Más no quiso precipitar los acontecimientos.

Por tanto, la noche anterior a su vuelo a Londres, Kayleigh no pudo dormir. Esa velada Noah la llevó a ver una obra musical y más tarde cenaron en un restaurante italiano. Fue una reunión maravillosa y ella estaba segura de que Noah le pediría que le permitiera acompañarla hasta sus aposentos. Pero él no lo hizo. La dejó en la puerta del hotel, como acostumbraba, con la simple promesa de reunirse con ella a la mañana siguiente en el aeropuerto, antes de que saliera el Concorde a Inglaterra.

Kayleigh pensó, entristecida, que oiría a despedirla. Otro frío beso, probablemente en presencia de Blaine y un adiós casual antes de subir al avión. No era lo que esperaba, admitió, a pesar de que la idea de acostarse con cualquier hombre no iba con ella.

Pero le hubiese gustado que él también la deseara. O, ¿era tan poca cosa que no lo atraía?

La idea de invitarlo a desayunar giraba en su cabeza. Él le dio un número para que lo llamara si lo deseaba. Como nunca lo había hecho, no sabía si era el número de su oficina o de su apartamento. El deseo de llamarlo aumentó. Aún no era el momento. Apenas eran las dos de la mañana. Esperaría cuatro horas más, aunque sólo fuera para decirle que había pasado una noche de insomnio.

Cuando levantó el auricular, luchó contra sus propios nervios. Marcó los números con inseguridad, y cuando una mujer respondió, estuvo a punto de colgar.

— Yo... deseo hablar con... el señor Richmond — expresó con dificultad.

Y trató de convencerse de que se trataba de su madre, su hermana o tal vez su secretaria. La mujer respondió:

— Apenas son las seis y media, señorita...

— Lo sé — dijo Kayleigh sin dar el nombre que la mujer esperaba — . ¿Con quién hablo por favor?

— Es el servicio de llamadas del señor Richmond — respondió la mujer, molesta porque Kayleigh había cambiado los papeles — . ¿Quién debo decirle al señor Richmond que lo ha llamado? Me temo que si no me da su nombre, no podré entregar su mensaje.

— Oh... — Kayleigh sintió alegría al descubrir que no se trataba de una mujer que viviera en su apartamento — . Yo... mi nombre es Kayleigh Mullen.

— Ya lo tengo. Daré al señor Richmond su mensaje y él se pondrá en contacto con usted. Me imagino que tiene su número.

— Pues... sí. ¿Podría hablar con él ahora?

— Este es un servicio de mensajes, señorita Mullen — por el tono que empleó, la mujer seguramente pensó que era una tonta — . Como le acabo de decir, le daré el suyo al señor Richmond.

Al dejar el auricular, Kayleigh quedó convencida de haber cometido el peor error de su vida. Una cosa era llamar a Noah y preguntarle si deseaba desayunar con ella y otra muy diferente dejar un recado que recibiría más tarde. ¿Qué pensaría Noah al saber que había tratado de comunicarse con él tan temprano? ¡Era bochornoso! Pensó en la posibilidad de volver a llamar y anular su mensaje.

Iba a hacer la llamada cuando sonó el teléfono. No lo podía creer, y se quedó un momento observando el aparato. Al fin alargó el brazo y cogió el auricular.

— ¿Sí?

— ¿Kayleigh? — era Noah. Desfallecida, se sentó en el borde de la cama — . Kayleigh, ¿eres tú?

— Sí — sentía la boca seca, pero se esforzó por articular la palabra — . Sí, soy yo. Espero que no te importe que haya llamado al número que me diste. No pensé que fuera un servicio de mensajes, de otra manera, no habría...

— ¿Qué querías, Kayleigh? — la voz de Noah parecía impaciente y al mismo tiempo gentil — . ¿Pasa algo? ¿Ese maldito Wells te ha tratado de amedrentar o algo así? Kayleigh, ya no debes preocuparte por complacerlo. No lo necesitas y él lo sabe. Eres una mujer independiente.

— Lo que me sucede... no tiene... nada que ver con Blaine. ¿Por qué has pensado eso?

— No importa — Noah estaba impaciente — . Kayleigh, dime. ¿Por qué has llamado? ¡Me estás volviendo loco!

— ¿Estás seguro? — por un momento, la idea de que ella pudiese alterarlo, la divirtió. Pero, consciente de su impaciencia, tomó una actitud más seria y agregó con suavidad — . Quería preguntarte si te gustaría desayunar conmigo.

Treinta minutos más tarde, iba de camino hacia el apartamento de Noah. Apenas le dio tiempo para darse una ducha y vestirse.

El plan original para que Noah fuera al hotel a desayunar con ella, fue rechazado. Era mejor que se reuniera con él, sugirió Noah. Al menos, allí Blaine no podría interrumpirlos.

De todas formas se sentía algo preocupada. Ella lo había llamado y deseó que Noah no pensara que tenía la costumbre de comportarse así.

Era la primera visita a su apartamento. Subió hasta el quinto piso, demasiado nerviosa para darse cuenta de que ella no tenía el control del ascensor, y de que a menos que Noah lo permitiese, no podría regresar a la calle.

Se abrió una puerta frente a ella, un hombre desconocido apareció y por un momento Kayleigh temió haberse equivocado. Pero el individuo le sonrió.

— Señorita Mullen, ¿quiere seguirme?

Su impresión del apartamento fue efímera. Mullidas alfombras que ocultaban el sonido de sus pasos, muebles finísimos de cuero y madera tallada. Había salones más grandes que su apartamento de Londres y aunque Kayleigh no era una experta, supo que uno solo de los cuadros que allí pendían, podrían haber comprado varios lugares como ése. Los enormes ventanales estaban enmarcados por finas cortinas de seda.

Kayleigh se preguntó cómo era posible que un hombre que vivía en esas condiciones pudiera sentirse parte de la humanidad. Era el hogar de un multimillonario y eso probaba, si la confirmación hubiese sido necesaria, que Noah no era un mortal común y corriente.

Por el momento, ella siguió al mayordomo escalera arriba. Sus tacones sonaban huecos en la escalera. Llegaron hasta una galería cuyo techo terminaba en una cúpula. A su alrededor se levantaba una docena de puertas talladas en la más fina madera. Dudó al ver que el mayordomo se acercó a una de ellas y llamó.

— ¡Adelante! — respondió una voz en el interior. El hombre abrió la puerta y le franqueó la entrada al tiempo de anunciarla — . La señorita Mullen, señor.

Kayleigh no tuvo más remedio que adelantarse. Sentía las rodillas inseguras al caminar sobre la alfombra color ocre. La puerta se cerró y al instante se percató de que se encontraba en la habitación de Noah.

Su primera reacción fue de pánico. Cuando hizo esa llamada por la mañana, no esperó nada de eso. Su propia idea de tomar el desayuno juntos se circunscribía al restaurante del hotel, o tal vez atreviéndose a más, en el recibidor de su suite. Jamás soñó que sería conducida hasta sus aposentos privados y se ruborizó al imaginar lo que el mayordomo pensó de ella.

— ¿Y qué esperabas a las siete de la mañana? — le preguntó Noah, mientras Kayleigh recorría la mirada por el espacioso dormitorio.

Vestía una bata corta de seda azul oscuro, y Kayleigh juzgó por las piernas desnudas que así, recién levantado, era aún más atractivo y mucho más peligroso.

— La primera vez que desayunamos juntos estuviste vestido bastante más temprano — le reprochó al sentarse y colocar el bolso sobre sus piernas a manera de protección.

— Es cierto — aceptó y como ella no le quitaba la vista de encima, terminó de levantarse de la cama y se acercó a ella.

Su cercanía la dejó muda.

— ¿Quieres que le pida a Frankie que lleve esto a la planta baja? — le preguntó Noah, con gentileza.

La mirada de Kayleigh se posó en la mesa que ya estaba preparada para dos. Había café caliente y una variedad de platos cubiertos que invitaban a probar. A un lado, panecillos calientes, fruta de diferentes variedades y delicados rollos de mantequilla.

— Oh — los labios de Kayleigh se cruzaron al descubrir el exquisito desayuno y movió la cabeza de un lado al otro — . No, claro que no.

— Está bien — Noah la miró de frente y ella sintió la fuerza de su atracción — .

¿Pasamos, entonces?

— Me parece bien.

— No creo que necesites esto, ¿o sí? — preguntó Noah al quitarle la chaqueta y dejarla sobre la silla, con un movimiento inocente.

La blusa de seda color de rosa se pegó al pecho de Kayleigh. Se sintió vulnerable, como si él pudiese ver a través de la seda y del sostén de encaje. Hizo un gran esfuerzo para no volver a ponerse la prenda.

— Relájate. Tú has querido que nos viéramos, ¿verdad? Así que, ¿por qué no me dices lo que tienes en mente? — la reprendió.

— No tengo nada en mente — Kayleigh tragó saliva.

— Pero querías verme, ¿no?

— Exacto — Kayleigh suspiró.

— ¿Por qué? — Noah frunció el ceño — . Te dije que nos veríamos en el aeropuerto.

— Sí, pero...

— Pero, ¿qué?

— Yo pensé — Kayleigh suspiró — , bueno, se trata de... Blaine estará allí.

— Ya veo — Noah sonrió.

La mirada de él la hizo temblar. «Dios mío», pensó, sintiéndose mal. «Ya se ha dado cuenta de que me interesara! ¡Jamás debí llamarlo! ¡Jamás debí venir!»

Lo único que deseaba ahora era huir, y se levantó, pero antes de coger su chaqueta, la mano de Noah la detuvo.

— ¿Por qué no me lo dijiste anoche? — le preguntó con voz sensual.

— ¿Decirte? — repitió — . ¿Decirte qué?

— Que me deseabas tanto como yo a ti — respondió con voz grave — . No te imaginas lo que he luchado para mantener mis manos lejos de ti.

Kayleigh volvió la cabeza, al sentir la grata sensación de sus manos sobre su nuca.

— Pero... yo pensé...

— ¿Sí? ¿Qué pensaste? — Noah llevó una mano hasta su mejilla sonrojada.

— Pero me voy a Londres dentro de tres horas.

— Y yo también — contestó Noah y ella abrió los ojos.

— ¿Es cierto?

— Por supuesto. No creerías que anoche di por terminada nuestra relación, ¿o sí?

— ¿No lo hiciste?

— No, no creas que soy tan altruista — respondió con aparente convencimiento — . Te deseo, Kayleigh. Te quiero como jamás he querido a otra mujer. Pero hay algo en ti — acarició sus mejillas con los pulgares — . No sé qué es, pero pareces tan... inmaculada. ¿O debo decir intocable? — ella volvió a ruborizarse — . No ha sido mi intención presionarte ni asustarte. No quería poner en peligro nuestra relación, porque estoy convencido llegará a ser importante para los dos.

Kayleigh tembló al sentir las manos que se deslizaron por su cuello, invadiendo el área libre que dejaba su blusa, hasta descubrir los tirantes del sostén.

— Dime — continuó él — , ¿cómo es posible que alguien parezca tan asombrosamente segura y al mismo tiempo me dé la impresión de estar tocando a una virgen? No eres virgen, ¿verdad, Kayleigh? No puede ser.

— No — respondió después de una pausa.

— No — repitió Noah contra su voluntad y después agregó — . Pero... fue hace mucho tiempo, ¿verdad?

— Sí — tragó saliva.

— Y él... te lastimó — continuó con voz ronca, inclinándose para rozar su oreja con los labios.

— Sí — Kayleigh respiró con dificultad.

— Lo sabía — Noah parecía triunfante — . Yo sabía que había algo... algo en ti que era diferente. ¿Cómo ha podido alguien atreverse a lastimarte? Si lo tuviera delante, sería capaz de matarlo.

— No... no digas eso — Kayleigh movió la cabeza descorazonada.

— ¿Por qué no? — la miró intencionado — . ¿Lo amaste? ¿Aún lo amas?

— Oh, no — Kayleigh fue sincera — . No, jamás lo amé. Lo que pasa es...

— Que no te gusta hacer daño a nadie — Noah terminó la frase con dulzura — . Está bien, está bien. Olvidémoslo. Nosotros somos quienes importamos ahora. Sólo tú y yo — sus dedos dibujaban los contornos de su oreja y besó su mejilla — . Seré paciente.

No tengas miedo. Jamás te lastimaría.

Kayleigh tembló. El sentir su lengua sobre su piel era un estímulo maravilloso. Pero muy dentro de ella, temía desilusionarlo. Recordó su reacción cuando Blaine la tocó y no pudo evitar la angustia, pero las manos de Noah sobre sus hombros le dieron valor.

— Relájate — le dijo él, al sentir su confusión.

Kayleigh lo miró asustada ante el conflicto de emociones. Deseaba hacer el amor con Noah; pero temía que él terminara tratándola del mismo modo que Blaine. Había pasado mucho tiempo desde su experiencia con Blaine, pero sabía que su cuerpo estaba cubierto por una coraza de acero desde entonces. En esa ocasión fue como un objeto del que se abusó y se desechó, pues el hombre que la utilizó no pudo percibir su sensibilidad al no tener la paciencia suficiente.

— No entiendes — le indicó Kayleigh, cogiendo sus muñecas entre las manos, sin percatarse de lo fuerte que lo apretaba, ni de que sus uñas se clavaban en su piel — . No creo poder... es decir... yo lo deseo, pero... bueno, creo que soy... frígida.

Si esperaba una reacción de espanto en Noah, sufrió una desilusión. Por el contrario, en vez de una mirada expectante, le sonrió comprensivo.

— ¿Eso crees? Kayleigh, no, no. Eres una mujer sensible. Lo que sucede es que tuviste una mala experiencia, eso es todo. ¿Quieres que te convenza?

Kayleigh se humedeció los labios otra vez, al tiempo que Noah se acercó más y tocó su lengua con la de él. Eso era una experiencia nueva para ella.

— El desayuno — le dijo volviendo el rostro hacia la mesa.

Pero la idea de comer algo en ese momento estaba muy lejos de su mente. Por el contrario, deseó tener la entereza para seguirlo y abrazarlo, para disfrutar el placer de sentirlo cerca.

Al advertir que no se movía ni decía nada, Noah se dio la vuelta. Ella vio las repentinas líneas que marcaban su rostro, como si él también luchara contra las emociones. Lo miró suplicando su ayuda.

— No lo hagas, por amor de Dios, ¡no me mires así! — le dijo con voz grave. Kayleigh parpadeó — . ¡Cielo santo! — agregó — , no puedes ser tan cándida! Vamos... comamos algo. Necesito darme una ducha, preferentemente con agua fría.

— Noah... Kayleigh dio un paso hacia adelante.

— No te preocupes — le dijo comprendiendo su confusión y trató de darle ánimos — . No tardaré mucho. Mientras, come algo o toma una taza de café. Frankie se sentiría ofendido si no pruebas su desayuno.

— No quiero comer nada — le aseguró Kayleigh y dio otro paso hacia él — . Noah, por favor, no te vayas. Disculpa si parezco confundida, pero no sé qué puedo hacer.

— ¡Kayleigh! — su tono sonó molesto, pero al verlo Kayleigh supo que en realidad no estaba enojado... al menos no con ella.

Con una determinación que hasta ese momento desconocía en ella, se acercó y lo abrazó por el cuello.

— Bésame — suspiró y su corazón latía con fuerza — . Por favor.

Noah contrajo la mandíbula, tensó los músculos tratando de mantener el control, pero su cuerpo lo traicionó. Sus manos la apretaron por la cintura y su boca buscó los labios femeninos.

Kayleigh se puso tenso. Se dio cuenta de que así lo hacía siempre que le daba el beso de despedida. Ésa era la razón por la que su relación nunca prosperó. Era claro, no tenía la habilidad para darse a nadie.

Si tan sólo pudiera...

Pero cuando quiso retirarse, Noah no se lo permitió. En vez de dejarla ir, llevó las manos al rostro y su lengua probó separar la suavidad de sus labios. Ella sintió que su corazón latía acelerado y luchó contra el impulso de retirarse, aunque no era eso lo que ella deseaba.

Tenía que detenerlo, hablar con él y hacerle entender. Pero cuando la forzó a que separara los labios para que su lengua pudiese introducirse en su boca, el beso, que se inició seco y árido, se volvió tibio, húmedo y sensual.

Kayleigh sintió debilidad en las piernas y aunque la razón le aconsejaba alejarse, la fuerza de la pasión la fue envolviendo; un agradable fuego recorría su interior mientras Noah continuaba abrazándola.

Temblaba, pero no era de miedo.

— ¡Dios mío! — gimió él al separar sus labios para ir en busca del cuello.

Kayleigh olvidó todas sus inhibiciones y se oprimió contra él. Deseaba estar muy cerca para sentir su fuerza.

Al descubrir su respuesta, Noah le desabrochó la blusa y se la quitó dejando al descubierto la redondez de sus senos. Por vez primera, Kayleigh se alegró de que su busto no fuera pequeño, como el que caracteriza a la mayor parte de las modelos.

Y con cada movimiento sensual, Kayleigh sintió aumentar la excitación en su interior. Ya no deseaba escapar de Noah; su forma de hacer el amor no le causaba repugnancia. Por el contrario, estaba descubriendo una parte de ella que no conocía, y

cuando los firmes dedos bajaron la cremallera de su falda, deslizándola por sus muslos, no sintió vergüenza.

— Eres muy hermosa — le dijo Noah vacilante al observarla.

— ¿Te lo parezco? — Kayleigh se atrevió a mirarlo de frente.

— No hay... duda — sobre su hombro atisbó la cama — . Ven, déjame terminar de desvestirte. Creo que será más fácil aquí.

La sentó en el borde de la cama y con la mayor sutileza se arrodilló frente a ella para despojarla de su prenda más íntima. Y a pesar de que Kayleigh se sintió menos segura, el calor de su cuerpo le dio la fuerza para mantenerse quieta.

— Hermosa — repitió al verla desnuda, y corrió un dedo sensual desde la punta de un seno, bajando hasta su vientre — . ¡Cielos, Kayleigh! — exclamó soltando el cordón de su bata y dejando a la vista su propia desnudez — . ¡Te deseo!

Kayleigh se deslizó sobre la cama y él se acostó a su lado. Jamás había visto el cuerpo de un hombre con una excitación tan plena. Cuando Blaine la tocó, angustiada, cerró los ojos, recordó con dolor. En ese momento odió a Blaine y se odió a sí por haberse sometido a sus bajas pasiones.

— Tómalo con calma — le susurró Noah, y una vez más ella supo que percibía su ansiedad.

Con sutil habilidad posó su boca sobre los labios temblorosos, ahuyentando sus temores.

En pocos segundos, Kayleigh respondía de nuevo, su mano seguía con movimientos circulares en su hombro. Era placentero sentir el contacto de su piel. Y obedeciendo a sus propios deseos, permitió que su mano explorara más allá.

Por su parte, Noah exploraba con igual interés. La primera vez que llevó el turgente pezón hacia su boca, Kayleigh se movió con violencia, pero para cuando pasó al otro ella misma se lo ofreció. Las sensaciones que despertaba en ella eran maravillosas. Entonces recordó a Blaine oprimiendo sus senos, fue tan... doloroso. Jamás imaginó que esa parte de su cuerpo fuera tan sensible, o que pudiera hacerla sentir ese placer.

— Déjame tocarte — susurró, y buscó su boca, apasionado — . No me hagas esperar más.

Kayleigh sólo pudo mover la cabeza de un lado a otro. Pensó en Blaine y sintió cómo su cuerpo se tensaba. Pero una vez más, Noah percibió su reacción. Con delicadeza, pero también con decisión, la hizo suya, acallando sus objeciones con un beso apasionado.

Los temores de Kayleigh se esfumaron. «Ahora no se trata de Blaine», se dijo, «este es

Noah, el hombre al que amo». Y supo también que él jamás la lastimaría como Blaine Wells.

Noah empezó a moverse acariciando sus senos y la palpitante curva de su vientre. Repitió el proceso varias veces. Y Kayleigh, que había temido no poder responder al amor de ningún hombre, sintió vibrar cada nervio de su cuerpo. Era como si estuviese tirando de todas y cada una de las fibras de su ser, despertándolas, dándoles vidas, haciéndola rodearlo con las piernas, ansiosa de sentirlo más cerca.

— Tranquila — le dijo él con voz ronca. Al poco rato percibió la energía que él le estaba transmitiendo y que le producía placer — . Disfruta — agregó Noah. Entonces se dio cuenta realmente del daño que Blaine le había causado.

Capítulo 7

Kayleigh se estremeció ante el recuerdo de su romance con Noah. Fue tan bonito y perfecto y por vez primera supo lo que significaba hacer el amor. Ese día ya no tuvo dudas. Su aparente frigidez y el miedo de ser incapaz de sentir pasión, desaparecieron por completo.

Pero no duró mucho. Noah la deseaba demasiado para sentirse satisfecho con tanta facilidad.

Sin embargo... la perfección no puede ser eterna, admitió con dolor, aunque aquella mañana hubiese pensado que duraría para siempre. Después de hacer el amor, desayunaron en la cama.

Recordó también que fueron por sus maletas al hotel, camino del aeropuerto. Kayleigh deseó que Blaine se hubiera adelantado, pero no fue así. Cuando entraron en el hotel lo encontraron furioso paseándose por el enorme vestíbulo y no hubo forma de que Kayleigh evitara un enfrentamiento.

— ¿En dónde demonios has...? — empezó Blaine, pero Noah se adelantó.

— Kayleigh estaba conmigo — respondió con tranquilidad, cogiéndola de la mano en demostración de posesión — . No hay problema.

El rostro de Blaine se contrajo y Kayleigh se puso tensa. Aunque sabía que ya no tenía ningún derecho sobre ella, no pudo evitar sentir miedo. Temía que Blaine dijera... o hiciera algo con el objeto de destruir su relación con Noah y deseó con todo su corazón haber podido hablar primero con él.

Blaine era vengativo, lo sabía. Además, por su expresión, no tenía la menor duda de que no le gustaba la presencia de Noah, aunque no debería haber habido ningún motivo para estar celoso.

Entonces tuvo que admitir que hasta ese momento jamás había puesto sus sentimientos a prueba. Ninguno de los hombres que conocía habían significado nada para ella, y él no lo ignoraba. Sin embargo, tal vez vivía convencido de que jamás habría otro hombre en su vida; después de todo, él era consciente mejor que nadie de su aversión a ser tocada. La aversión que él mismo había generado.

Instintivamente, ignorando a Noah por completo, se volvió hacia Kayleigh.

— ¿No te has dado cuenta de la hora? — señaló su reloj de oro — . ¡Faltan quince minutos para las diez! ¡El vuelo sale dentro de tres cuartos de hora!

— Llegaremos a tiempo — lo calmó Noah antes de que Kayleigh respondiera — .

Tengo listo mi helicóptero. Ordene al botones que ponga su equipaje y el de Kayleigh en mi coche. Saldremos de inmediato. ¿Está bien, Kayleigh?

— De acuerdo Kayleigh, que no sabía nada del helicóptero, lo miró divertida.

— Gracias, pero preferimos ir al aeropuerto por nuestra cuenta — y volviéndose hacia la chica, Blaine agregó — . Kayleigh, el coche nos espera afuera...

— No llegarán a tiempo — Noah apretaba la mano que Kayleigh se esforzaba en liberar — . A esta hora de la mañana, dudo que alcancen a cruzar el puente antes que el avión parta. Acéptelo, señor Wells, necesita mi ayuda.

— Entonces, tomaremos el siguiente vuelo — la boca de Blaine se contrajo — . Kayleigh — la miró furioso — , necesito hablar contigo.

— Oh, no — de nuevo intervino Noah — . Debe aceptar mi oferta, a menos que desee quedarse otra noche en New York. Se lo advierto, será casi imposible conseguir lugar para el vuelo de esta noche; sin embargo, lo dejo en sus manos. Será como usted guste, pero — volvió el rostro y agregó — . Kayleigh viene conmigo. Por casualidad, salgo hacia Londres en el vuelo de esta mañana. Así que... ¿qué decide? Como ya he dicho, no tenemos mucho tiempo.

Blaine respiró hondo y Kayleigh quedó muda ante el inevitable enfrentamiento. Por el contrario, con un gesto de frustración contenida, Blaine chasqueó los dedos hacia el botones, ordenándole que subiera sus maletas y las de Kayleigh en el coche del señor Richmond.

El viaje hacia el aeropuerto no fue agradable. Blaine subió al helicóptero primero y habilidosamente logró que Kayleigh se sentara a su lado. Y aunque no hubo oportunidad de hablar en privado, le hizo sentir lo disgustado que estaba por su comportamiento.

Abordaron el Concorde cinco minutos antes de que despegara. Como la azafata conocía a Noah, no hubo problema para que su asiento y el de Kayleigh quedaran juntos a pesar de que tenía lugar junto a Blaine. Por su parte, Blaine se vio obligado a compartir el viaje con un joven ejecutivo. Kayleigh evitó a toda costa cruzar una mirada con Blaine, que echaba chispas.

Durante el vuelo, Noah le habló de su hermana y de su madre, de su interés en el campo de la hostelería y de la isla que tenía en las Bahamas. Su voz cambió al hablar de Wood y ella supo que era un lugar muy especial para él.

Por su parte, ella le contó brevemente su vida hasta ese momento. Lo informó de su orfandad y su estancia en un orfanato, lo difícil que había sido su vida. De hecho, le narró los aspectos más agradables de su existencia y pasó de largo por los momentos duros de sus inicios.

Cuando llegó a la parte en que conoció a Blaine, cruzó los dedos y dijo su primera gran

mentira. Le comentó que cuando trabajaba en un hotel, llegó a sus manos un folleto de la agencia de Blaine y, como cualquier adolescente, soñó con verse allí. Noah la creyó cuando le dijo que después de una entrevista, le ofrecieron una oportunidad para prepararla como modelo.

— ¿Para entonces, qué edad tenías?

— Dieciséis años y medio. ¿Por qué?

— ¿Y qué edad tienes ahora? ¿Diecinueve? ¿Veinte? — insistió Noah, sin responder a su pregunta.

— Casi veintiuno — le dijo — . ¿Por qué quieres saberlo?

— Tal vez sólo quiero convencerme de que la actitud posesiva de Wells hacia ti es algo natural — admitió contra su deseo — . Pensaba que él había controlado de alguna manera los últimos cuatro años de tu vida; yo también soy posesivo — le cogió una mano, la llevó a los labios y rozó con la lengua los nudillos — , y me gustaría controlar tu vida mucho, mucho tiempo más si tú lo permites.

Al día siguiente, Kayleigh tuvo un altercado con Blaine en sus oficinas de la agencia. Llegaron a Londres la noche anterior, pero la presencia de Noah impidió que hablaran. Noah pidió a Kayleigh que lo acompañara a Inglaterra, y como el chofer de Blaine esperaba fuera del aeropuerto, no hubo forma de acompañarlos. La pareja fue directamente al apartamento de Kayleigh y el sensual deleite de compartir su cama con él la hizo olvidarse de todo. Sin embargo, a la mañana siguiente se enfrentó al hecho de que tarde o temprano tendría que explicar a Blaine lo que sentía por Noah.

Pasaron la noche juntos y despertó ante la deliciosa realidad de sentir la tibieza de un cuerpo abrazado al suyo. Una pierna presionaba sus muslos, como si quisiera impedir que se alejara, su cabeza apoyada en el blanco y suave cuello y su aliento tibio quemaba su piel. Nunca antes había dormido con un hombre, y ahora deseaba repetir la experiencia todas las noches.

Pero todo esto tuvo que olvidarlo al entrar a la oficina de Blaine esa mañana. Debía recordar en dónde estaba y con quién... era necesario si quería que Blaine no tuviese más armas para destruirla.

— ¿Y bien? — le dijo él sin levantarse de la silla — . Ya te ha hecho su amante, ¿no es así?

Le molestó que usara esa palabra, pero sabía que era eso lo que él quería. Pretendía denigrar su relación con Noah, para ponerlo a la misma altura de su propio comportamiento. No obstante, no quiso demostrar que la había herido en lo más hondo.

— Sí, somos... amantes — respondió calmada, esperando evitar una discusión.

Blaine se levantó.

— ¡Amantes! — la increpó furioso, rodeando su escritorio y acercándose peligrosamente a ella — . ¿Qué sabes tú de hacer el amor? ¡Tú, pequeña ramera! Tal vez te has acostado con el brillante señor Richmond, pero apuesto a que sigues siendo tan frígida como siempre!

— ¡No!

Kayleigh no pudo evitar ese grito. Los ojos de Blaine brillaban peligrosamente.

— ¿No?

— No. — Kayleigh se irguió frente a él — . No quiero hablar de eso. No es algo que te importe. Eso sólo nos pertenece a Noah y a mí.

— ¡Demonios, claro que me interesa! — Blaine torció los labios —. Cuéntame más. Después de todo, tengo derecho.

— No — Kayleigh se echó el pelo hacia atrás con una mano — . Blaine, por favor... no me trates así. Pensé... que éramos amigos. Creí que te alegrarías por mí.

— No, eso no es cierto — la furia de Blaine desapareció de alguna manera — . Sabías cómo me sentía ayer por la mañana cuando ese yanqui arrogante actuó como si fuera tu dueño. Él, y no yo...

— Tú no eres mi dueño, Blaine — le gritó sin aliento, pero él continuó como si no la escuchara.

— Por supuesto que no todo es culpa tuya. Richmond siempre obtiene lo que quiere. Tiene un coche impresionante, un elegante apartamento, helicóptero. ¿Qué más puede pedir? Y si además te gusta su tipo latino... — por un momento quedó pensativo y después prosiguió — . Su familia es sudamericana, ¿lo sabías? Quizá tiene dinero porque se dedica a las drogas...

— ¡Eso no es verdad! — Kayleigh no iba a permitir que continuara — . Su padre era propietario de varios hoteles mal administrados. Noah pidió un crédito al morir su padre y los modernizó. Le fue muy bien, y allí empezó su fortuna. Y... y su madre es inglesa.

— ¿Y eso qué? — Blaine agitó las manos.

— Pero...

— Tal vez deberías preguntarle en dónde encontró a esos inversionistas que arriesgaron su dinero en hoteles a punto de quebrar. O tal vez sea mejor que no lo hagas. Eres demasiado valiosa para mí. Odiaría ver el rostro... el adorable rostro... de mi mejor modelo marcado como...

— ¡Basta! — casi escupió la palabra sobre su rostro, pero Blaine en vez de enojarse hizo como si se asombrara.

— Está bien, está bien — le dijo complacido por su reacción — . No hablemos más de ello. Vamos a olvidarnos de Richmond. ¿Quién lo necesita? Sólo contamos con unos días antes de salir hacia Bangkok...

— No voy a ir.

— ¿Qué has dicho? — la declaración de Kayleigh impedía cualquier intento de reconciliación — . Espero haber oído mal.

— He dicho que no iré a Bangkok ni a ninguna parte — repitió Kayleigh con entereza.

— Supongo que no hablas en serio, Kayleigh — el rostro de Blaine perdió el color.

— Por supuesto que sí — se puso bien el chal de seda que tenía sobre los hombros y cruzó los brazos como si con esa reacción tratara de protegerse de las olas de antagonismo que emanaban de él — . Noah... Noah quiere que me vaya con él — su voz se quebró — . Estoy segura de que lo entenderás.

— Y tú quieres irte con él, ¿verdad?

Blaine habló tan despacio que Kayleigh se preguntó si habría oído bien.

— Ya veo.

— ¿Quieres decir que... lo entiendes? — Kayleigh tragó saliva — . Oh, Blaine...

— Parece que Richmond ha tenido más éxito del que había imaginado — Blaine se quejó destruyendo las esperanzas de Kayleigh, y en vez de volver a su silla, se acercó más a ella, le tocó la mejilla y la miró de frente — . Tal vez me he dado por vencido con demasiada facilidad — y agregó al tiempo que ella se sacudía la mano — . ¿Le hablaste a Richmond de lo nuestro en esa romántica charla que sostuvisteis en el avión?

Kayleigh se dirigía a la puerta, pero antes de que su mano alcanzara el picaporte, se detuvo en seco al escuchar:

— Quizá deba darme una vuelta para cruzar dos palabras con nuestro amigo norteamericano. Podríamos comparar experiencias...

Kayleigh se dio la vuelta y se apoyó contra la pared.

— No... no serías capaz.

— ¿Tú qué crees?

— Pero, ¿qué ganarías con eso? — Kayleigh movía la cabeza sin control — . ¿Tanto

me odias?

— No te odio, Kayleigh — Blaine apretó la boca al responder, y por vez primera, ella supo que le decía la verdad — . En realidad, me agradas mucho y tú lo sabes. No sólo por lo que alguna vez hubo entre nosotros...

— Blaine — dijo sin aliento — , ¡no ha habido nada! ¡Nada! — dejó caer los hombros, desesperada — . Yo... yo era una niña y tú te aprovechaste. Eso fue todo.

— Reconoce que eras... ambiciosa — la corrigió Blaine con frialdad — . Tú no eras ninguna tonta, Kayleigh. Sabías exactamente lo que hacías. Eras ambiciosa. Demasiado ambiciosa para rechazarme. Y... sí, supongo que sí me aproveché. ¿Qué hombre no lo hubiera hecho?

— ¿Ésa es tu justificación?

Kayleigh suspiró.

— ¿Necesito alguna? — la increpó — . ¿Richmond te ha ofrecido algo a cambio? ¿Matrimonio?

— Tal vez — Kayleigh inclinó la cabeza.

La palabra que Blaine usó fue irrepetible y ella tan sólo se desmoronó.

— Entonces — dijo con una palidez sepulcral — , ¿qué es lo que pretendes? ¿Qué a menos que deje a Noah, le contarás lo que acabas de decirme? No veo en qué puedes salir beneficiado. ¿Debo recordarte que... que ya no te necesito?

— ¿Profesionalmente? Tal vez no — Blaine asintió — . Debo reconocer que tienes razón. Pero no es eso a lo que me refiero.

— ¡Demonios! ¿Entonces a qué te refieres? — la voz de Kayleigh tembló peligrosamente — . Por amor de Dios, Blaine. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me haces esto?

— Cálmate, cálmate.

Como si se diera cuenta de que había ido muy lejos, Blaine intentó tranquilizarla, e intempestivamente se dirigió a su escritorio.

— Mira — le dijo — , tal como veo las cosas, creo que nos necesitamos uno al otro.

— ¿Eso crees?

— Tal como yo lo veo, sí — la expresión de Blaine se endureció un poco — . Tú no quieres que Richmond sepa de nuestra antigua... relación, y yo no quiero perder a mi mejor modelo. Sugiero que hagamos un trato.

— Quieres decir que yo lo haga — la voz de Kayleigh sonó hueca.

— Si quieres verlo así. Yo no seré... indiscreto, si continúas trabajando para la agencia.

— ¿Y... Noah?

— No puedo decir que apruebo vuestras relaciones — Blaine se irritó — , sin embargo, no haré nada que te perjudique... si no tengo motivos. Pero casarte... creo que eso queda fuera de toda discusión.

— ¿Por qué? — preguntó Kayleigh, sorprendida.

— El matrimonio trae responsabilidades y, ¡Dios nos libre...! Hijos. No quiero que ningún hijo de Richmond arruine tu figura, Kayleigh. Y esa es una orden.

Kayleigh se sobrecogió, aunque reconoció que no podía hacer nada. La tenía bien atada. Sabía a la perfección que Noah no la habría creído si le hubiese dado la razón por la que dejó que Blaine la tocara; y el tiempo y su experiencia le mostraron que no se equivocaba.

Inicialmente, le pareció que el precio era accesible. De todas formas, el matrimonio no estaba en sus planes, y las razones para conservar su independencia le parecieron convincentes.

Además, al principio, Blaine no se portó mal. A pesar de que insistió en que lo acompañara a Bangkok, le permitió regresar a Londres antes que él; y después hizo lo posible por darle suficiente tiempo libre entre trabajo y trabajo. Más tarde, incluso la trasladó a la sucursal de la agencia en New York y como Noah procuraba estar el mayor tiempo en la ciudad, vivían juntos en su apartamento.

Naturalmente, los motivos de Blaine no eran altruistas. No exageró cuando le dijo que era su mejor modelo y que no quería perderla. Ella hizo ganar mucho dinero a la agencia. Su rostro y su figura llegaron a ser tan conocidos como los de cualquier celebridad. Y el mismo Blaine pudo darse cuenta de que su relación con Noah tomaba dimensiones diferentes. Ella ya no tenía ese aspecto de inocencia, pero en su lugar, adquirió algo más comercial. Había desarrollado esa belleza segura y apasionada de la mujer que se sabe amada, la sensualidad de sus ojos y sus labios entreabiertos eran capaces de vender cualquier cosa.

Por su parte, Noah intentaba ser paciente. Kayleigh le pidió... casi lo obligó... a comprender que quería seguir adelante en su carrera y él aceptó, aunque ella sabía que no le gustaba que otros hombres la observaran. Durante los primeros meses de su relación, estaban tan ocupados uno con el otro que no les importó nada más. Ni siquiera la familia de Noah pudo echar a perder su felicidad y cuando este la llevó a vivir a Wood, Kayleigh creyó encontrarse en el paraíso.

Había oído hablar de la isla, por supuesto, y de la hermosa mansión que allí tenía, pero la madre de Noah, en aquella ocasión inolvidable cuando se presentó en el

apartamento pidiendo ver a su hijo, le aseguró que era un lugar privado al que jamás había llevado a ninguna mujer.

Así que cuando finalmente fue allí, Kayleigh supo que estaba muy enamorado de ella.

Pero fue entonces cuando las cosas empezaron a marchar mal. A pesar de que Noah puso a su disposición su jet no era fácil cumplir con sus compromisos estando a medio continente de distancia. Por otro lado, él pasaba cada vez más tiempo en Wood y delegó parte de sus responsabilidades, y esperaba que Kayleigh hiciese lo mismo.

Ella también deseaba hacerlo. Cuando estaban juntos, no les gustaba separarse, y cada vez le resultaba más difícil dejar la isla, sabiendo que Noah la esperaba.

Al mismo tiempo, Noah pensó que sería buena idea que se casaran. Su madre aceptaría mejor la situación si se convirtieran en marido y mujer; aunque el verdadero motivo era que quería casarse con ella. Deseaba que todo el mundo supiera que era su mujer y principalmente... Blaine.

Al principio, fue fácil evitar una respuesta; en ese momento no podía pensar en ello, pues tenía un compromiso en Los Ángeles; necesitaba tiempo para estar segura de que no cometerían un error. Y como siempre... Noah fue tolerante. Le dejó varias semanas para que lo pensara, pero tarde o temprano tendría que tomar una decisión.

Volvió a mirar hacia atrás y pensó en el momento en que posiblemente concibió a Ollie. Al iniciar sus relaciones, Kayleigh fue a una clínica de planificación familiar. Dándole vueltas en la cabeza a las amenazas de Blaine, no quería añadir más complicaciones a su relación, así que extremó sus precauciones. Este se lo había advertido, pero además la idea de tener un hijo era demasiado prematura.

Sin embargo, después de pasar tanto tiempo en Wood, empezó a pensar que no debía consentir que la presionaran. Al sentirse protegida por la constante presencia de Noah, empezó a preguntarse por qué había permitido que Blaine la intimidara, y contempló la posibilidad de decirle la verdad. Seguramente después de todo ese tiempo encontraría comprensión en él. No obstante, significaban demasiado uno para el otro como para arriesgarse a que esa revelación los separara. Por todo ello, supo con exactitud la noche en que quedó embarazada.

Había ido a Dallas, y Noah se quedó en New York, pero durante los diez días que ella estuvo ausente, él terminó con sus compromisos y voló a la isla. Así que fue el piloto de Noah quien la llevó a Lacuma Lay, y camino de la pista de aterrizaje hacia la casa, vio a Noah en la playa.

Era maravilloso volver a verlo, así que ordenó al nieto de Lydia que llevase sus maletas a la casa, se quitó los zapatos y corrió hacia él. Y, en la urgente necesidad del uno por el otro, hicieron el amor allí, en la arena... las gaviotas fueron su única compañía. Más tarde, cuando la cogió entre sus brazos y la llevó hasta la casa, hicieron el amor otra vez. La idea de buscar en su bolsa la pastilla y tomarla, estaba muy lejos de su mente.

Aunque... más tarde se arrepintió. Una cosa era pensar en contar a Noah la verdad acerca de ella y Blaine, y otra muy diferente enfrentarse a la realidad. ¿Cómo reaccionaría? No lo podía saber. Podía arriesgarse a que con el paso de los meses Blaine hubiese entrado en razón y no dijera nada o fuera capaz de destruir la felicidad que ella y Noah compartían.

Lo pasó muy mal hasta que le confirmaron que estaba embarazada. Entonces, sintió alivio. Al menos ahora ya sabía lo que debía hacer. Jamás abortaría. Deseaba demasiado al hijo de Noah.

Por casualidad, se encontraba en Londres cuando ratificó que estaba embarazada. Seis semanas después de aquella noche en Wood. Ella ya lo sospechaba, pues sufría de náuseas por las mañanas. Kayleigh fue a ver al doctor que la atendía cuando vivía en Londres... aunque sólo era pura rutina.

— No me lo digas. Estás embarazada — declaró Blaine antes de que ella terminara de entrar en su oficina — . ¡Qué tonta eres! No puedo creer que me hayas hecho esto deliberadamente... ¡a mí!

— Lo siento, Blaine, pero amo a Noah y él me ama. Yo... yo deseo tener este hijo y lo haré. Lo siento si es un inconveniente para ti, pero han pasado casi dos años.

— Dos años — repitió Blaine. Kayleigh esperaba que saltara furioso, pero su reacción tranquila la atemorizaba más — . Así que — continuó Blaine — estás decidida a dejar todo esto... a renunciar cuando estás en la cumbre del éxito, ¡tan sólo para tener un hijo! — pronunció la palabra como si fuera un insulto — . Te lo vuelvo a repetir, eres una tonta, Kayleigh.

— Eso... eso es lo que más deseo — declaró indecisa — . No lo eches a perder, Blaine. Por favor.

— ¿Yo? ¿Echar a perder algo tuyo? — sus labios se curvaron — . Oh, Kayleigh, esperas demasiado.

— ¿Por qué? — lo miró angustiada — . Blaine, he hecho todo lo que has querido. Soy lo que quisiste hacer de mí. He trabajado muy duro los últimos seis años de mi vida para que estuvieses orgulloso de mí. He contribuido a que la agencia llegara a ser lo que es. ¿Por qué no puedes entender que ahora quiero vivir mi propia vida?

— ¿Qué harás después de que nazca el niño? — la miró intencionadamente — . ¿Volverás a trabajar? ¿Podemos esperar algunas deliciosas fotografías de la madre con su hijo para compensar los nueve meses de ausencia?

— No. Yo... sucede que — Kayleigh sintió que la lengua se le trababa.

Noah jamás aceptaría esa clase de publicidad con su hijo, estaba segura. Tampoco con ella una vez que estuviesen casados. Y ahora, él querría casarse. Serían una familia normal.

— ¿No? — Blaine bajó Ia voz — . Eso es Io que pensé. Tu querido señor Richmond no es esa clase de alimaña, ¿verdad? No Ie agrada que continúes en tu carrera tampoco. Puedo imaginar su reacción si yo sugiero una serie de fotografías de su pequeño heredero.

— ¡Eres odioso! Kayleigh no pudo contenerse.

El rostro de Blaine se endureció.

— ¿Eso crees? ¿Realmente Io piensas? — Ia increpó — . Nuestra charla resulta tal como Ia imaginé, ¿qué te parece? No me gusta pensar que me dejarás con esa imagen de mí.

— ¿Qué quieres decir? — Kayleigh Io miró — . ¿Cómo podías haber previsto esta reunión?

— Querida Kayleigh, ¿sinceramente pensaste que Nahla no se iba a dar cuenta de que algo andaba mal contigo? Lleva muchos años tratando con chicas que tienen diferentes problemas. Me llamó por teléfono hace una semana para comentarme sus sospechas. ¿Por qué crees que estás en Londres en este momento? ¿No recuerdas que debías estar en Japón?

Kayleigh tragó saliva. Era verdad. Estaba previsto que asistiría a una exhibición en Japón, pero Nahla, Ia representante de Blaine en New York, Ie cambió Ia orden. Kayleigh no Ie dio importancia, sobre todo porque en Londres podría visitar a su doctor. Pero ahora se daba cuenta de que había una segunda intención y se alarmó.

— ¿Quieres decir... — respiró con dificultad — que enviaste por mí?

— Podríamos decir que sí, — Blaine parecía tranquilo — . Quería que estuvieras lejos cuando Richmond supiera de tu relación anterior. Quise darle tiempo para pensar antes de que pudieras intervenir.

— ¡Eres un malvado!

Kayleigh se lanzó contra él, pero aunque Blaine no era demasiado alto, sí era fuerte. Además, eIla estaba desesperada por justificarse ante Ios ojos deI único hombre que Ie importaba.

Esa misma tarde voló a New York, pero Noah no estaba en eI apartamento. Frankie Ie informó que había regresado a Wood esa mañana. Desesperada por verlo, Kayleigh tomó eI vuelo nocturno a Bassau. A Ia mañana siguiente, alquiló una lancha que Ia llevara a Ia isla. No podía esperar un minuto más. Demasiadas cosas dependían de que hablara con Noah de inmediato y rezó para que él Ie diese oportunidad de explicarse.

Casi había transcurrido Ia mañana cuando llegó a Lacuma Lay. Para entonces, ya era tan conocida en Ia isla, que no tuvo problemas para desembarcar. Por eI contrario, eI mismo Brandon Robertson se ofreció a llevarla.

Noah estaba en su estudio y tan pronto lo vio, supo que era demasiado tarde. Cuando le preguntó si lo habían llamado de la agencia, él la miró con frialdad, sus ojos la acusaron cuando ella quiso saber qué le habían dicho.

Fue difícil, demasiado difícil, tratar de explicar lo que hizo. No existía justificación, lo sabía, sólo sus ansias de triunfo, su ambición, tal como Blaine le dijo. Ella permitió que la usaran y ahora tendría que pagar por ello.

Soportó la mirada de Noah hasta terminar su confesión. Debido a su nerviosismo y al temor de lo que descubriría, no puso atención a la expresión de él. Pero lo que nunca esperó es que Noah estuviese escuchando una historia que desconocía, hasta que exclamó:

— ¡Maldita! — con un tono agonizante, supo que Blaine la había engañado una vez más.

— ¿No lo sabías? — se espantó cuando él movió la cabeza negando — . Pero, yo pensé... ¡parecías enojado conmigo!

— ¿Por qué no debía estarlo? — Noah hacía un gran esfuerzo para poder responder a sus preguntas — . Por Dios, Kayleigh, ¿cómo supones que debía estar, sabiendo que habías ido a Londres para abortar?

Así fue como Blaine se vengó, recordó Kayleigh sintiendo náuseas al volver los ojos atrás. Aun el simple hecho de recordar aquello la dejaba desfallecida. Al pensar en lo tonta que fue, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ya no existía forma de borrar el pasado. Ella misma se condenó por su propia boca, como Blaine lo había previsto. Y el hecho de que no hubiese perdido al niño, no cambió las cosas. Su relación había terminado. Le dijo que no quería volver a verla. Y ese mismo día la echó de la isla y jamás regresó... hasta ese momento.

Pero ésa no fue la última vez que supo del padre de su hijo. A pesar de que ella le negó el derecho de contribuir económicamente durante su embarazo, una vez que nació el niño, se presentó ante ella el abogado de Noah. Sin importar que estuviesen casados o no, convenció al juez para que fuese Noah y no Kayleigh quien adquiriera la responsabilidad de educar al niño. El hecho de que ella no tuviese trabajo en ese momento, y de que Noah hubiese contraído matrimonio, fue decisivo.

Ollie, lo único que le quedaba del recuerdo de Noah, fue arrancado de su lado.

Durante algunos meses Kayleigh pensó que todo iba a terminar para ella.

Pero no era cierto. Fue necesaria otra visita de Blaine para que ella recobrara el sentido. Le hizo patente su simpatía y le ofreció trabajo. Ella sabía que aún podía seguir trabajando, pero no sería con él. Con gran placer le dijo lo que podía hacer con su empleo y buscó colocación en la agencia de Zara Harris. Desde entonces, no había

vuelto Ia mirada hacia atrás.

Capítulo 8

Esa mañana, Kayleigh despertó con una curiosa sensación de alivio. Era como si lo ocurrido la noche anterior hubiera tenido un efecto sedante y mientras no supiera lo que le deparaba el futuro, iba a intentar olvidar el pasado.

No volvió a ver a Noah el día anterior. Cuando bajó a cenar, Rose le informó que el patrón le había ordenado que le subiera la cena.

— Tal vez ha aceptado seguir el consejo de los médicos y va a descansar — le dijo la joven de color, pero Kayleigh supo que la evitaba a ella.

No obstante, esa mañana no tenía humor para irse de allí y aunque pareciera una locura, decidió que haría cualquier cosa por cambiar la opinión que Noah tenía de ella.

Era temprano y al bajar de la cama se asomó al balcón tal como lo hizo el día anterior. Buscó con ansiedad, pero no encontró a Noah caminando por la playa; y siguiendo su primer impulso, fue a nadar.

Hacía años que no lo hacía en el océano, pues por razones obvias, prefería la intimidad de las piscinas de los hoteles donde se hospedaba durante sus viajes. Además, Zara le aconsejó que, por su seguridad, no se dejara ver en playas públicas.

¡Como si ella necesitara consejo!

Al igual que la mañana anterior, no encontró a nadie al bajar la escalera. A lo lejos oyó un murmullo de voces y pensó que Rose y algún miembro de la servidumbre charlaban mientras tomaban café en la cocina antes de iniciar las labores del día.

Al salir, se detuvo un momento. Respiró el aire fresco de la mañana, y admiró el maravilloso paisaje lleno de color y de luz. Echó la cabeza atrás y cruzó el patio.

El agua de la piscina parecía invitarla al descender, pero la superficie estaba salpicada de una gran cantidad de insectos que habían caído allí durante la noche.

Se quitó las sandalias y las dejó al lado de una hamaca; estiró los brazos con pereza y se dirigió a la playa.

Aunque era muy temprano, la arena estaba caliente. No existía nada más placentero que sentir los finos granos introducirse entre los dedos de sus pies. Se inclinó para coger un puñado y dejar que la arena escapara poco a poco entre sus dedos.

Se detuvo a la orilla del agua y observó las altas pendientes de los acantilados y las olas que chocaban a sus pies.

Se dio la vuelta y miró hacia la casa. Todo seguía en calma, pues apenas eran las siete, habitualmente ella también dormía a esa hora.

Hizo un movimiento preciso y se quitó la parte superior del bikini, permitiendo que el sol acariciara sus senos unos momentos. La brisa fresca hizo que sus pezones se endurecieran al instante. Acto seguido, se sumergió en el agua, y contuvo la respiración al sentirla demasiado fría.

Poco después la impresión se desvaneció y empezó a disfrutar la auténtica tibieza del agua en su cuerpo casi desnudo. Naturalmente que Noah y ella habían nadado así muchas veces, pero eso fue entonces y esto era ahora.

El ejercicio le sentó bien y al regresar a la orilla, estaba agotada y se tiró boca arriba sobre la arena. «Descansaré sólo unos minutos», pensó y cerró los ojos.

La breve prenda de seda que cayó sobre su piel la despertó, haciéndola pestañear en señal de protesta por la intromisión. La sombra que estaba de pie junto a ella era un alivio y una molestia. Alivio porque la protegía de los rayos del sol en la piel; y molestia porque no podía ver de quién se trataba.

— Te sugiero que te cubras — le ordenó una voz familiar sin el tono de censura que ella hubiese esperado — . Pensé que serías más sensata. Vas a dañarte la piel.

Quejándose, Kayleigh se sentó y se puso la prenda de seda.

— ¿Qué hora es? — preguntó frotándose los ojos con una mano.

No fue Noah el que le respondió.

— ¡Son las nueve! — exclamó Ollie, que se encontraba delante de su padre.

Kayleigh lo miró y se puso de pie, avergonzada. Noah debió decirle que no estaba solo, pensó con frustración.

— Te estábamos buscando — dijo Noah con sequedad y como si advirtiera su turbación, añadió — . ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿No sabes que siempre tienes que avisar a alguien que vas a venir a nadar?

Kayleigh se apartó el pelo de la cara. Aún estaba húmedo y con arena. Ya no se sentía tan bien como cuando salió del agua.

— ¿Importa algo? — murmuró y Noah la miró con expresión seria.

— Claro que importa — con el dedo le quitó un poco de arena que tenía sobre la mejilla — . Y yo sé lo que quiero decir al prevenirte sobre la quemadura de tu piel. Has estado expuesta al sol más tiempo del que puedes soportar. No estás acostumbrada.

— Mi busto, querrás decir — lo corrigió al adquirir un poco más de seguridad en cuanto

su cerebro empezó a funcionar otra vez — . ¿Es eso lo que quieres decir?

— Algo así — reconoció Noah, sin su hostilidad habitual. Sus ojos se detuvieron en la sensual curva marcada bajo la prenda de seda — . Tengo una crema que te hará bien.

— ¿Dónde está el resto de tu traje de baño, mami? — preguntó Ollie impaciente, al ver que lo ignoraban — . ¿Lo has perdido? ¿Se te ha caído en el agua?

Kayleigh no pudo evitar ruborizarse y advirtió que Noah la observaba divertido.

— No... yo... olvidé ponérmelo — mintió y evitó la mirada de los dos — . Bueno, ahora me perdonáis. Voy a darme un baño. Me siento pegajosa y llena de arena.

— ¿Puedo ir contigo? — Ollie tiró de su mano, pero Noah intervino.

— Veremos a mamá un poco más tarde, después de que se refresque — le indicó con suavidad — . Vamos, hay algo que quiero enseñarte.

Kayleigh contempló a Noah y a su hijo caminando de la mano. Se parecían mucho.

Examinó sus senos después del baño, para su tranquilidad, parecía no haber sufrido daños. Es natural que estuviera irritada, pero no tenía la menor duda de que Noah había exagerado para hacerla sentir mal.

Volvió a bajar. El desayuno la esperaba en la terraza. Zumo de naranja, café y una bandeja con los famosos panecillos de Rose, imposibles de rechazar. Además, tenía hambre. Era estupendo sentirse relajada; aún estaba sentada a la mesa cuando Noah y Ollie regresaron de su caminata.

Estudiando al hombre, con quien vivió durante dos años, Kayleigh no pudo evitar pensar que tenía mucho mejor aspecto que unos días atrás. Aún estaba delgado, por supuesto, pero la palidez de su rostro había desaparecido y su humor había cambiado. Incluso se había atrevido a asegurar que no le molestaba tenerla allí.

— ¡Mami, mami, mira!

Tan pronto como su hijo la vio, soltó a su padre y corrió hacia ella, saltó sobre sus rodillas y le mostró la enorme caracola que había encontrado en la playa. La expresión de Noah era indulgente y tirando de una silla se sentó y la miró.

— ¿Me permites? — le preguntó al levantar la cafetera.

Le cogió su taza, la llenó y se la llevó a los labios.

— Has debido venir con nosotros — le dijo Ollie. Se esforzó por mostrar interés en su hijo — . Había muchas conchas — comentó emocionado — , pero ninguna tan bonita como ésta — dudó un momento y se la entregó — . ¿Te gusta? Puedes quedarte con ella, si la quieres.

— Oh, no, yo... — Kayleigh movió la cabeza de un lado al otro y buscó la mirada de Noah — . Cariño, es tu caracola. Tú la has encontrado. ¿Cómo podría quitártela...?

— Él quiere dártela — le aclaró Noah. Terminó su café y dejó la taza sobre la mesa — . Si no quieres aceptarla porque piensas que a mí me molesta, estás equivocada. Es tuya. Sé agradecida.

— Y lo estoy, por supuesto, pero... — Kayleigh se acomodó en la silla y Ollie bajó al suelo.

— Papi dice que puedes quedarte con ella — declaró, haciendo que Noah desviara la mirada — . Él ha dicho que el color era igual que el de tu piel. ¿No crees que es bonita? A mí me lo parece.

Las palmas de las manos le sudaban cuando ella dejó la caracola sobre la mesa.

— Tu padre es muy amable, ¿no crees? — murmuró consciente de la incomodidad de Noah y feliz por ello — . Entonces, está bien. Gracias... a los dos... muchas gracias. Jamás he recibido un regalo mejor.

Noah se levantó de la silla y la hizo a un lado.

— Bueno — dijo llevándose el pelo hacia atrás con una mano — Tengo trabajo pendiente. Sé un buen niño, Ollie. Os veré a la hora de la comida.

Kayleigh se puso de pie y se interpuso en el camino de Noah.

— ¿Es indispensable? — le preguntó, poniéndole una mano en el brazo — . ¿Por qué no te tomas el día libre? Se supone que eso es lo que debes hacer?

— No necesito que me digas lo que debo hacer — molesto, retiró el brazo. Ahora sus ojos miraban con frialdad y hostilidad — . No entiendas mal las cosas, Kayleigh. Aún no he aceptado que te quedes aquí, pero si quieres que lo haga, te sugiero que no te metas en mis asuntos.

Se alejó mientras Kayleigh tardó algunos minutos en recuperarse de su desplante, Justo cuando ella pensaba que las cosas iban mejor, él la trataba como basura.

A pesar de todo, no fue un mal día, ya que tuvo la oportunidad de pasarlo al lado de su hijo.

Esa mañana, jugaron de nuevo en la piscina, y se reunieron con Noah a la hora de la comida en la terraza. Aunque Ollie pasó mucho tiempo en la piscina, Kayleigh no se metió al agua y cuando Cassidy se llevó al niño para arreglarlo, un profundo silencio surgió por la forma como la había tratado, así que no hubo comunicación. Pero cuando Ollie regresó, los dos hicieron un esfuerzo por comportarse con naturalidad.

No estaba dispuesta a soportar el mal humor de Noah, así que se retiró a su dormitorio

diciendo que le dolía la cabeza. Tal vez ella también necesitaba relajarse, pensó cuando se metió en la cama. Quizá después de una siesta podría recuperar los sentimientos que habían aflorado en ella esa mañana.

Pero no fue así. Se despertó ya entrada la tarde con la boca seca, un auténtico dolor de cabeza y un frío interior. Ni siquiera un suéter pudo quitarle esa sensación, y al cruzar los brazos tratando de darse algo de calor, sintió una pequeña molestia en la piel de su pecho.

— Oh, no — pensó angustiada, abriéndose la blusa para reconfortar su piel irritada.

Noah tenía razón, pensó frustrada, volviendo a cerrar la blusa y apretando sus manos con nerviosismo. Había abusado de los rayos del sol.

Pero la idea de pedirle a Noah la crema que le había ofrecido no le pareció oportuna. Además, estaba segura de que Rose o su madre podrían recomendarle algo efectivo. Así que cogió el teléfono que estaba a un lado de su cama y marcó el número de la cocina.

Rose contestó y se mostró preocupada cuando Kayleigh le explicó un poco avergonzada lo que le pasaba.

— Veré qué puedo hacer — le prometió — . Quédese donde está señorita Kayleigh. Le diré a Cassidy que se encargue de Ollie. Tenga paciencia.

Kayleigh se alegró de haberla llamado. Se quitó los zapatos, volvió a acostarse y levantó un brazo para proteger sus ojos de la luz. No se movió cuando alguien llamó a la puerta.

— Adelante — su voz delataba su incomodidad. La puerta se abrió y alguien se acercó a la cama. Ella dijo en voz baja — . Siento causarte molestias, Rose. Si el señor Noah pregunta por mí, dile que tengo dolor de cabeza.

— ¿Por qué no me lo dices tú misma? — preguntó la voz del aludido en tono menos hostil que el de esa mañana. Kayleigh abrió los ojos y trató de incorporarse, pero la jaqueca se lo impidió — . Tranquilízate — continuó — , no he venido para discutir contigo. Rose dice que te has quemado, ¿es cierto?

— Como si no lo supieras — respondió Kayleigh, con las lágrimas a punto de brotar — ¡Y no sé por qué Rose ha tenido que decírtelo!

Noah frunció la frente y apretó entre las manos el bote que llevaba.

— No culpes a Rose — le aconsejó, sentándose en el borde de la cama — . Creo que estás muy mal.

— Lo puedo soportar — respondió, y con necesaria urgencia — . ¿Ése es el ungüento? Gracias por traérmelo.

Pero cuando estiró la mano para alcanzarlo, él lo retiró.

— No tan rápido, Kayleigh — ella apretó la boca — . Te sugiero que primero me muestres la parte lastimada. Así podré decidir si necesitas algo más que este remedio a base de hierbas...

— ¡No! — Kayleigh abrió los ojos, indignada, y Noah frunció el ceño.

— ¿No qué? ¿Quieres decir que no necesitas nada más que esta crema...?

— No, ¡que no te enseñaré nada! — respondió enfurecida — . ¡Este no es un espectáculo para mirones! Sólo dame la crema y yo me la pondré.

Tengo que recordarte que hoy por la mañana no has tenido esas inhibiciones al mostrar tus senos.

— Eso no es verdad.

— ¿No lo es? No pretenderás hacerme creer que has olvidado ponerte el bikini completo, ¿o sí? Esa explicación es suficiente para Ollie, pero...

— No, no voy a decirte eso — Kayleigh lo interrumpió furiosa — . Pero tampoco tenía intenciones de quedarme dormida en la arena y si no lo hubiese hecho, no me habrías visto.

— ¿Ésa es tu excusa? — Noah apretó la boca.

— No es una excusa, es la verdad.

— Está bien — Noah encogió los hombros — . Aunque haya sido como dices, eso no altera el hecho de que esta mañana te he visto medio desnuda. No sabía que en tu profesión la desnudez fuera algo tan normal.

— ¡Bestia! — Kayleigh perdió el aliento — . ¡Sabes perfectamente que jamás he posado desnuda!

— ¿Lo sé?

— ¡Claro que lo sabes!

— Bueno, tengo que aceptar que al menos hasta el momento no lo has hecho, pero no dudo que Wells haya intentado...

Kayleigh le dio una bofetada. Sin embargo, al ver su reacción se arrepintió de haberlo hecho.

— ¡Zorra! — la insultó deteniéndole las manos y obligándola a que las mantuviera sobre la cabeza.

Entonces, sin importarle lastimarla, le abrió la blusa. Kayleigh protestó ante la crueldad con que había dejado a la vista la piel sensible de sus senos.

El repentino contacto del aire le produjo al mismo tiempo dolor y alivio. Era un alivio librarse del roce de la blusa, pues lastimaba su piel. Si Noah la tocaba otra vez, gritaría aunque no quisiera. Como no sintió nada, abrió los ojos y se encontró con el rostro masculino ensombrecido por la compasión.

— ¡Jesús!... Perdóname — murmuró al ver su piel — . ¿Yo te he hecho eso?

— No seas tonto — Kayleigh no sabía qué hacer. Se sentía humillada de estar así ante sus ojos, pero intentar cubrirse con las manos hubiese sido ridículo — . Ha sido el sol, ¿no te acuerdas? — le dijo esperando que al fin le diera el ungüento y se fuera — . Tenías razón. He debido ser más sensata.

— ¿Por qué no me has dicho lo que te pasaba? — Noah entrecerró los ojos.

— ¿Y darte oportunidad de que te burlaras de mí? No, gracias.

— Yo no digo eso, quiero decir, no te hubiese hecho eso. ¡Cielos! Una quemadura como esta puede ser peligrosa.

— Lo sé — respondió Kayleigh mirándose.

— Así que — Noah respiró hondo — , sugiero que hagamos algo.

— ¡Yo haré algo! — lo corrigió Kayleigh con sequedad, en tanto él cogía el frasco de ungüento y empezaba a abrirlo — . Por favor — alargó un brazo — , dámelo.

— Cálmate — la reprendió sin prestarle atención — . Permíteme — añadió con voz grave y antes de que ella lo pudiese evitar, cubrió con crema su seno izquierdo.

Su contacto era suave, pero seguro, movía los dedos despacio sobre la sensible piel. Y, a pesar de que a Kayleigh le molestaba esa seguridad, como si tuviera derecho a tocarla, reconoció que su remedio era eficaz, pues de inmediato sintió sus efectos y el dolor disminuyó.

— ¿Qué es eso? — indagó perdiendo el aliento cuando Noah siguió con el seno derecho.

— No estoy seguro — confesó — , sólo sé que tiene cualidades analgésicas. ¿Por qué? ¿Te sientes mejor?

— Mmm — Kayleigh no pudo contestar al percatarse de que el dolor de su pecho daba paso a otras emociones.

La sensación de angustia y de humillación casi desaparecieron. Noah continuó frotando, pero más que un masaje parecía una caricia y el cuerpo de Kayleigh empezó

a responder.

Lo miraba y descubrió en él la misma agitación. Noah también estaba inquieto por la sensualidad del movimiento de sus manos y de sus dedos temblorosos sobre sus pezones.

— Noah — susurró débilmente un poco como protesta y con sumisión.

Pero él no la escuchaba, sino que unió su boca a la de ella.

Al principio con ternura, aún compadecido por el dolor que Kayleigh acababa de padecer y tratando de no lastimarla, movía los labios con delicadeza, disfrutando la suavidad de los de ella. Kayleigh perdió el control y aunque sabía que era una locura, respondió al beso.

La sensual intromisión de la lengua de Noah resultaba perturbadora y escondió las manos bajo su cuerpo, era la única forma de evitar abalanzarse sobre su cuello, aunque eso fuera lo que deseaba con todo su ser. Por sus palabras anteriores, era obvio que no había olvidado aún su relación con Blaine y todo lo que ahora deseaba de ella, era la simple satisfacción de sus deseos.

Pero, a pesar de ello, el hecho de sentir la humedad de su lengua contra sus dientes era como llegar al paraíso. Y se inclinó, cuando él lo hizo un poco más, su torso rozó los senos y Kayleigh arqueó el cuerpo.

— Tu... tu camisa — dijo tratando de mantener la calma, para advertirle que la crema que había aplicado mancharía su ropa, pero Noah no se inmutó.

— Qué importa — le respondió — . Hazlo tú — cogió una de sus manos y se la llevó hasta el pecho — . Desabróchala. No quiero lastimarte.

Kayleigh sabía que no debía hacerlo, pero sus manos no obedecían a su cerebro. Sabía también que Noah no la respetaría si ella permitía que la usara de esa manera, pero no le importó, le desabrochó la camisa con facilidad y Noah gimió al acortar la distancia entre los dos.

Ya no temblaba. Al menos, no de frío. El dolor de sus quemaduras había desaparecido.

Noah pasó los brazos bajo el cuerpo de Kayleigh , y le acarició con la punta de los dedos, desde de espalda hasta el borde de sus bragas. Después, rodeando los glúteos, la acercó a él.

La boca masculina estaba hambrienta de ella, y en la vorágine de la pasión, su miedo a lastimarla desapareció bajo la fuerza del deseo. Su lengua penetraba sensual en la boca de Kayleigh, imitando la posesión que su cuerpo demandaba y ella se dejó llevar.

— ¿Aún quieres que me vaya? — le preguntó al oído con voz grave.

Kayleigh renunció a todo intento de resistencia. Para entonces, la necesidad de sentirlo cerca, la consumía.

Kayleigh soltó un suspiro y enredó sus brazos en el cuello de Noah, hundiendo los dedos en su pelo al tiempo que presionaba su boca de nuevo contra la de él. «¡Qué me importa si quedo embarazada!», pensó. Deseaba a Noah; lo necesitaba, y en ese momento el futuro no le importaba.

— No me has contestado — insistió Noah — . ¿Estás segura de lo que haces? Soy yo, Noah, ¿recuerdas? ¿O Blaine Wells lo haría igual?

Las repulsivas palabras penetraron a través de la bruma que nublaba su cerebro. Como un eco del pasado, el recuerdo de Blaine congeló su sangre, y su cuerpo se convulsionó en un sentimiento de rechazo.

— ¡Oh, Dios! — exclamó en voz baja al captar las implicaciones del comentario.

Lo único que Noah deseaba era atormentarla. Su excitación era real, pero no tenía intenciones de satisfacerla, eso era evidente. Con un lamento de incredulidad trató de apartarlo.

— ¡Eres... eres un malvado! — todo el deseo que momentos antes sintió por él, se evaporó.

Era imperativo que se levantara de la cama y pusiera la mayor distancia posible entre ellos. Comprendió que se había estado engañando todo ese tiempo, que él no tenía intenciones de olvidar el pasado.

Curiosamente, no fue necesario que ella se incorporara porque Noah se puso en pie y apresuradamente se abrochó la camisa. Kayleigh permaneció temblando sobre la cama, pero haciendo un esfuerzo, se levantó y cubrió su pecho. Cuando estuvo segura de que ninguna parte de su anatomía seguía a la vista, lo miró.

Mientras se metía la camisa dentro del pantalón, y ante su asombro, se enfrentó a ella.

— Lo esperaba — era como si respondiera a su propia pregunta e ignorando la expresión horrorizada de la joven, se dirigió a la puerta.

— ¡Largo de aquí! — gritó Kayleigh casi al borde de la histeria, aunque a Noah parecía no impresionarlo.

— Le diré a Rose que no bajarás a cenar, ¿te parece? — y agregó con sarcasmo — . ¿Qué excusa le podré dar... mmm? ¡Ya sé, que una fiebre incontrolable te consume!

El zapato que Kayleigh lanzó, pegó contra la puerta que él cerró con rapidez. Desesperada, se tiró sobre la cama y escondió el rostro entre sus manos. ¿Una fiebre?, se preguntó. Sí, eso era lo que tenía. Una fiebre terrible que no le permitiría bajar. «No debí venir aquí», consideró. A pesar de su amor por Ollie, no podía permitir

que su alma se perdiera. «Debí suponer que el volver a ver a Noah sería desastroso», aceptó, pues ella no era de las que les gusta jugar con las emociones. Pero, a pesar de todo, lo seguía amando y él sabía que podía destruirla en el momento que lo deseara.

Capítulo 9

Zara la llamó la mañana siguiente.

Kayleigh descansaba a un lado de la piscina, bajo una sombrilla. Ollie jugaba en el agua cuando Cassidy se acercó con el teléfono portátil.

— Señorita Mullen, la llaman de Londres — anunció la chica de color sosteniendo el aparato.

Era la única que no la llamaba señorita Kayleigh, como lo hacía el resto de la servidumbre. Era como si quisiera enfatizar que no tenía derecho a estar allí. No tenía la menor duda de que hubiera usurpado su lugar junto a Ollie.

— Gracias — Ollie se apoyó en el borde de la piscina y la miró expectante — .¡Oh... Zara! ¡Qué sorpresa!

— ¿Quién es Zara? — preguntó Ollie desde cierta distancia — . ¿La conozco? ¿Es la señora que te dice lo que tienes que hacer?

— No exactamente — murmuró con expresión seria — . Oh, perdona. Ollie quería saber quién llamaba.

— Si quiere hablar en la casa, yo puedo quedarme con el pequeño — le dijo Cassidy, haciendo patente su presencia.

Kayleigh hizo una mueca.

— Está bien... quédate un momento — le pidió al darse cuenta de que no podría hablar con Zara, Ollie la interrumpía a cada momento — . Espera un momento, Zara. Voy a hablar desde otro teléfono.

— Voy contigo — de un brinco, Ollie salió del agua, pero Kayleigh lo detuvo con la mano.

— No — le ordenó sin hacer caso de su decepción — . Tú quédate aquí con Cassidy, tan sólo voy a preguntarle a Zara cómo están las cosas. No tardaré más que unos minutos.

Sin darle tiempo a seguir insistiendo, Kayleigh se apresuró a subir por los escalones, y cruzó el patio. De hecho, se alegraba de poder hablar con alguien más que con Ollie o con alguno de los sirvientes. Sus nervios estaban alterados y charlar con Zara era justo lo necesitaba.

Cogió la llamada en el comedor que se usaba cuando hacía mal tiempo. En septiembre

y octubre en la isla caían aguaceros torrenciales, a pesar de que el calor persistía, los fuertes vientos impedían comer en el exterior. Otra razón por la que había elegido ese lugar, era porque allí podía cerrar la puerta. Casi todos los demás salones de la planta baja estaban comunicados y no quería que Noah la fuese a escuchar. Esa mañana no lo había visto, pero sabía que andaba por ahí, observándola con ojos burlones.

— ¿Kayleigh? ¿Kayleigh, me oyes?

La voz de Zara la volvió a la realidad. Kayleigh se acomodó en una silla y se llevó el auricular a la oreja.

— Sí. Sí, estoy aquí — respondió a la mujer — . Perdona que haya tardado tanto, pero el pequeño estaba pendiente de mi conversación.

— ¿Ollie?

— Sí, Ollie — contestó Kayleigh — . Oh, Zara, no tienes idea de lo que me alegra oír tu voz. Me parece que he dejado Londres hace siglos.

— ¿Lo dices en serio? — Zara parecía intrigada — . ¿Eso significa que no tendré problemas para convencerte de que regreses a Inglaterra a finales de esta semana? ¿Qué ha pasado? ¿No ha sido tan divertido jugar a la mamá sacrificada como creías?

— Oh, no — Kayleigh suspiró — . Quiero decir... que no. No es eso.

— ¿Ollie no ha dado problemas?

— Ninguno — Kayleigh estaba a la defensiva — . Realmente, Ollie y yo nos entendemos muy bien. Se trata de qué... bueno, las circunstancias no son como las imaginé.

— ¿Qué circunstancias?

— Bueno — Kayleigh titubeó tratando de encontrar la manera de contarle las cosas sin que Zara intuyera toda la verdad — . Pues Noah está aquí. En la isla. Él ya no está en el hospital como yo creía.

— ¿Quieres decir... — la confusión de Zara era comprensible — , que no está enfermo? ¿Qué no sufrió un ataque?

— Oh, no, sí lo sufrió — afirmó Kayleigh — , pero... bueno, tal como es Noah, no soportó más y se dio de alta él mismo.

— Ah.

— Llegó aquí un día antes que yo — Kayleigh respiró hondo — . Como podrás imaginar, no le hizo mucha gracia mi llegada.

— Ya veo — agregó Zara — , así que no hay ninguna posibilidad de que traigas a Ollie

contigo.

— Por el momento no — Kayleigh apretó los dientes.

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno — Kayleigh dudó — . Te dije que la esposa de Noah lo dejó, ¿verdad? Parece que se han divorciado. Por lo cual, Ollie está al cuidado de la niñera.

— No estarás pensando en ofrecerte como voluntaria, ¿verdad?

— No — le dijo — . Él y yo... — su voz tembló, pero se dio ánimos para seguir — él y yo... bueno, para decirlo de una manera agradable... no nos soportamos.

— Así que regresarás a Inglaterra el sábado como planeamos.

— ¿El sábado? — Kayleigh sintió angustia al darse cuenta del poco tiempo que le quedaba, pues faltaban dos días solamente.

En dos días más, le diría adiós a su hijo.

— Sí, el sábado — repitió Zara un poco molesta — . Eso fue lo que acordamos, Kayleigh. Una semana, eso era todo. No puedo darte más tiempo.

— El sábado — Kayleigh se humedeció los labios con la lengua y su voz parecía perdida — . ¡Pero eso significaba que tendré que dejar la isla...

— ¿Y eso qué? — Kayleigh se humedeció los labios con la lengua y su voz parecía perdida — . ¡Pero eso significa que tendría que dejar la isla... mañana. El trasbordador no viene los sábados.

— ¿Y eso qué? — insistió Zara — . Hace unos momentos te quejabas de lo mucho que has estado fuera de Londres. Pensé que te sentirías feliz de tener una excusa para dejar la isla. Quiero decir, si es cierto lo que me dices de tu relación con Noah.

Había cierta ironía en sus palabras y Kayleigh se preguntó si Zara habría perdido el temblor de su voz al hablar del padre de Ollie.

Dejar la isla significaba también dejar a Noah y aunque sabía que era una locura, esa idea la destrozaba.

Pero debía ser sensata. Tenía que convencer a Zara de que su determinación seguía tan firme como cuando salió de Londres. Después de todo, estaba allí por su hijo, no por el hombre que se lo quitó.

— ¿Y bien?

Zara esperaba una respuesta y Kayleigh trató de olvidar lo sucedido la noche anterior. Noah había jugado con ella, había abusado de su debilidad una vez más.

— Por supuesto... claro que quiero regresar a casa — dijo al fin, apretando el auricular — . Lo que pasa es que... bueno, no me había dado cuenta del poco tiempo que falta. No será fácil decirle adiós a Ollie. Yo... creo que ahora empieza a verme como a su madre. Será difícil decirle que debo irme de nuevo.

— Pero tú sabías eso cuando fuiste allí — le recordó Zara y Kayleigh suspiró.

— Sí. Pero pensé que estando Noah en el hospital sería posible vencerlo para que me permitiera llevarme al niño.

— Tengo la impresión de que la hermana de Noah te hizo concebir falsas esperanzas. Si ese hombre no te permitió quedarte con tu hijo hace cinco años, era muy difícil que ahora hubiese cambiado de opinión.

— ¡Soy la madre de Ollie!

Kayleigh se angustió, molesta por la frialdad de la mujer. Zara reconoció que había ido demasiado lejos.

— Sé que lo eres — hizo un esfuerzo por comprenderla — , pero un hombre como Noah Richmond no se conmueve con nuestras razones.

— Tal vez no — aceptó Kayleigh — , pero cuando Noah obtuvo la custodia de Ollie, tenía una esposa. Ahora está divorciado y eso me da una oportunidad.

— ¿Qué te propones hacer? — Zara intentaba controlar su impaciencia, pero no pudo — . ¿Solicitar la custodia a través de un tribunal en las Bahamas?

— No — respondió resignada — . Aún no sé qué haré. No he pensado en ello.

— Bueno... ¿puedo esperar que estés de regreso el domingo por la mañana? — Zara soltó el aire contenido con cierto alivio.

Kayleigh levantó los hombros y respondió dejándolos caer:

— Creo... que sí.

— Bien. Entonces, te llamaré el domingo por la noche, para darte tiempo para descansar y relajarte antes de que te explique la nueva y sensacional campaña que Foley quiere que lances tú.

Foley era una de las diseñadoras más importantes de perfumes del mundo, y esa noticia debió levantarle la moral, pero no fue así. Todo lo que podía pensar era que tenía que irse al día siguiente y en cómo se sentiría al llegar a Londres sin su hijo.

Empezaba a anochecer cuando vio a Noah.

A pesar de que toda la tarde había temido encontrarlo, en ese momento llegó a la

conclusión de que tal vez tuviera razón, pues cuando se comportaba de esa manera tan ofensiva, era fácil recordar el verdadero motivo por el que ella estaba allí. Por regla general, sus propios sentimientos la traicionaban y muy a su pesar seguía importándole lo que le pasara, y contra lo que le hubiese dicho a Zara, no deseaba verlo enfermo.

Lo vio regresar del gimnasio. Vestía pantalón de entrenamiento y una toalla al cuello. En las condiciones que se encontraba, no era posible que hubiese hecho ejercicio, aunque Kayleigh recordó que allí también había una sauna y un masajista que Noah había contratado para la comodidad de los invitados.

Ollie estaba fuera y Kayleigh se había puesto uno de sus vestidos de verano. Era de color crema y le daba un aspecto saludable a su piel bronceada. Su pelo, también aclarado por los rayos del sol, daba vida a su rostro y resaltaba la pureza de sus facciones. Pero cuando lo vio cruzar la terraza hacia ella, no se percató de su propio atractivo. Tendría que decirle que se iba y eso la angustiaba.

— ¿Me buscabas? — le preguntó al llegar junto a ella y en vez de seguir al interior de la casa, se acercó a la fuente y observó el agua.

Kayleigh estaba desconcertada. No esperaba tener que decir que se iba tan de repente, y a pesar de que durante la tarde había preparado lo que le diría, en ese momento fue incapaz de hablar.

— ¿Has tenido una llamada, verdad? — preguntó Noah de pronto, mirándola con frialdad — . Me imagino que de tu agente. No sabía que Wells tuviera este número, tendré que cambiarlo.

— Blaine no es mi agente, y lo sabes — replicó Kayleigh, ofendida, pero se dio cuenta de que él esperaba esa reacción, así que no dijo más.

Él sabía que Blaine ya no era su agente. Con su sistema de información, estaba segura de que había muy poco que Noah desconociera de su vida. Su única intención había sido molestarla otra vez y lo consiguió.

— No — dijo apoyándose contra el borde de la fuente y cruzando los brazos sobre el pecho — , tienes razón, el nombre de tu agente es Zara Harris. Una mujer íntegra que exige un comportamiento recto a las chicas que representa. Me pregunto cómo te las ingeniaste para explicarle la procedencia de tu maravilloso apartamento. No debió ser fácil.

El corazón de Kayleigh latía con fuerza, pero se negó a responder a una ofensa más.

«Me está haciendo un favor», pensó furiosa. «Será más fácil decirle que me voy al no poder soportar tanta humillación.»

— ¿Y bien? — Noah frunció el ceño — . Has recibido esa llamada, ¿no? ¿O se supone que es confidencial?

— Dudo que cualquier llamada que llegue aquí pueda ser confidencial — contestó mordaz — . No me sorprendería que mi llamada hubiese sido intervenida.

— Pero, querida — Noah torció la boca — , qué alterada estás. ¿Qué te ha dicho la señora Harris? ¿Qué te ha hecho?

— Zara no ha hecho nada — lo cortó Kayleigh, pero de inmediato advirtió que él volvía a ganar, así que se controló.

Después de todo, ¿qué importaba lo que le dijera? Su opinión acerca de ella no cambiaría con nada.

— Así que soy yo — concluyó Noah, sorprendiéndola con su honestidad — . Mi presencia es la que te molesta. Aunque te interesará saber que no he intervenido el teléfono ni te he hecho espiar. Ollie me dijo en dónde estabas y lo que hacías cuando lo encontré en la piscina esta mañana.

— ¿Has hablado con Ollie por la mañana? Kayleigh abrió los ojos — . No me ha dicho nada.

— ¿Por qué debía hacerlo? El hecho de que él y yo estemos juntos es algo común. Lo creas o no, quiero a mi hijo y deseo pasar más tiempo con él. No luché para obtener su custodia con el fin de molestarte. Yo siempre he estado seguro de que conmigo tendrá una vida más completa y feliz.

— No esperarás que crea eso — exclamó Kayleigh — . ¡Dios mío, si jamás has pensado en nadie que no seas tú. Un niño debe crecer al lado de su madre, al menos los primeros años de vida, y eso debiste pensarlo!

Noah desvió la mirada con expresión pensativa.

— Bueno... quizá fui un poco vengativo — aceptó.

— ¿Un poco?

— Está bien, mucho — aceptó de mala gana — . Te burlaste de mí. Nadie puede hacerlo y retirarse sin pagar el precio.

— ¿Qué yo me burlé de ti? — preguntó Kayleigh moviendo la cabeza — . No. No me contestes. No quiero saber nada — hizo un esfuerzo y se tranquilizó — . Yo... deberías ir a vestirte. No querrás pescar un resfriado, ¿verdad?

Noah se incorporó de la fuente, pero en vez de dirigirse a la casa se detuvo a unos pasos de ella. Ya no parecía tan fuerte ni arrogante. Eso le recordó que estaba enfermo, pero Kayleigh intentó librarse del sentimiento de conmiseración que sintió crecer en su interior.

— ¿Para qué te ha llamado? — le preguntó ahora en un tono más suave — . ¿Quiere

que regreses a Inglaterra? ¿En cuánto tiempo Ie dijiste que irías?

Kayleigh estuvo tentada a no responderle, pero su evidente debilidad Ia convenció de ser indulgente.

— Ella... yo... tengo que irme mañana — admitió de mala gana — . Sólo me dio una semana de permiso. Debo regresar a trabajar eI lunes por Ia mañana.

Un espasmo contrajo eI rostro de Noah, pero Kayleigh no se sintió culpable. A él Ie costaba trabajo esconder su debilidad e incluso alargó una mano y se apoyó eI en brazo de Kayleigh.

— Mañana será viernes — dijo con dificultad.

Kayleigh miró ansiosa hacia Ia casa.

— Lo sé — respondió, deseando que no Ie importara tanto que su muslo rozara su pierna — . Pero eI trasbordador no viene Ios sábados, y necesito tomar eI vuelo deI sábado por Ia noche.

— Te llevará eI... helicóptero — expresó Noah con voz grave, tratando de tomar más aire — . Le avisaré a... Taylor Faulkner... mañana.

Kayleigh Io observó. No podía creerlo. Después de Ia noche anterior, y deI altercado que tuvieron, esperaba que se sintiera feliz aI saber que se iba. No podía creer que estuviera intentando prolongar su estancia en Ia isla.

— ¿Quieres decir que harás que Taylor Faulkner vuele a Nassau eI sábado, sólo por mí?

— Es Io que... he dicho... ¿no? — Noah soltó su brazo y llenó sus pulmones de aire — . Ahora... tendrás que perdonarme. Creo que... necesito... descansar.

Ella Io habría ayudado, pero sabía que no se Io permitiría. Esa mirada severa impedía cualquier intento de su parte. Kayleigh quedó pensativa. ¿Cuál sería Ia razón que Ie había hecho cambiar de esa manera?

Esa noche, Kayleigh durmió mal. Después de un día de tantas emociones, pensó descansar bien, pero sus nervios estaban demasiado tensos para conciliar eI sueño. Esa actitud de permitirle pasar un día más con su hijo no iba con él. Estaba segura de que detrás de tal benevolencia escondía algo más.

A Ia mañana siguiente, Kayleigh desayunó con Ollie y aI oírlo planear alegre Ias actividades de ese día, se preguntó cómo reaccionaría cuando Ie dijera que tenía que irse. Sabía que iba a extrañarla mucho. Durante eI corto tiempo que pasaron juntos, se conocieron mejor que nunca; y sabiendo Io solo que estaba antes de su llegada, empezó a odiar Ia idea de dejarlo. Fue muy diferente cuando era pequeño, pues aparentemente no comprendía que eIIa era su madre, sino alguien que llevaba regalos

y que lo trataba con cariño; pero no significaba más que la niñera que lo cuidaba. Pero ahora... Ahora era lo suficientemente mayor para entender que tenía dos padres y que por alguna razón no vivían juntos. Todavía más, aunque esa idea no se le hubiera ocurrido, a sus cinco años, Ollie tenía muchas preguntas que Kayleigh no era capaz de responder.

Pasaron la mañana en la playa buscando caracolas. Kayleigh le indicó que si juntaban muchas, de diferentes colores, podrían hacer un cuadro. Ollie se entusiasmó.

Para sorpresa de Kayleigh, Noah se les unió a la hora de la comida. Como acostumbraban, Ollie y Kayleigh estaban sentados en la mesa de la terraza cuando Noah apareció vestido con pantalón de algodón y una camisa de manga corta. Tiró de la silla al lado de Ollie y se acomodó en ella, afirmando con un movimiento de cabeza cuando Rose le preguntó si comería.

Estaba pálido, como si hubiera pasado una noche terrible también. Tenía sombras oscuras alrededor de los ojos y el pelo muy despeinado. Kayleigh sospechó que se debía a problemas en la oficina de New York. Como Lydia decía, aún no tenía fuerzas para enfrentarse a tantos problemas. Pero Kayleigh no logró hacerle tomar las cosas con calma. Ella era la menos indicada para intentarlo.

— ¿Qué habéis hecho esta mañana? No os he visto en la piscina — preguntó.

— No, hemos estado recogiendo conchas — Ollie comentó entusiasmado — . ¿Quieres verlas? Las tengo aquí.

— Después de comer, tal vez — dijo con firmeza Noah, con ese tono que impedía a su hijo desobedecer — . De modo que habéis estado en la playa — miró a Kayleigh — . Espero que no hayáis permanecido allí demasiado tiempo.

— Estábamos vestidos, si eso es a lo que te refieres — replicó Kayleigh, marcando las palabras, sintiéndose en ese momento tan inmadura como su hijo — . A ti te sentaría bien salir un poco más a tomar el sol. Así no estarías tan pálido.

— Estoy bien — Noah apretó la boca.

— ¿Eso crees? Anoche me diste la impresión de estar muy lejos de sentirte bien. Además, el hecho de permanecer tanto tiempo en tu oficina, ha debido de perjudicarte.

Noah volvió los ojos en dirección a su hijo, pero Kayleigh continuó imperturbable. El chico bebía feliz su refresco con una paja y no les prestaba atención.

— No te pondrás bien si no descansas — Noah miró el plato de arroz que tenía enfrente — . Si me basara en tu mirada, mi diagnóstico sería favorable. Trabajas demasiado. Deja que Elliot Ross tome las riendas.

— Tal vez te interese saber que no he estado trabajando esta mañana — respondió de pronto Noah, con un tono bajo y vehemente — . Si parezco cansado, tal vez sea

porque he pasado mala noche. Ahora quiero dejar en claro que no te permití que te quedaras para recibir sermones.

— Entonces, ¿por qué fue? — preguntó Kayleigh en voz baja, pero antes de que Noah pudiera contestar, Ollie los interrumpió.

— Mami y yo vamos a hacer un cuadro con las conchas — anunció al sorber las últimas gotas de su bebida — . Y mañana haremos otro. ¿Quieres uno, papi? Para que lo cuelgues en tu habitación.

Kayleigh clavó sus ojos en Noah. Los dos sabían que ella se iría al día siguiente, pero Ollie no, y no era el momento oportuno para decírselo.

— Me encantaría tener uno. ¿Vas a comer más zarzamoras o ya han sido suficientes? Porque si es así, te sugiero que vayas con Cassidy y que te lleve a dormir la siesta. Quiero hablar con tu madre.

— Pero aún no has visto las conchas — dijo Ollie.

— Me las mostrarás más tarde — Noah le sonrió y lo ayudó a bajar de la silla —. Anda, sé un buen chico. Te prometo no dejar que mamá las revuelva.

Se hizo un silencio después de que Ollie partió. Kayleigh tomó una segunda taza de café, mientras Noah, que empezó a comer después, terminaba la ensalada. Como preámbulo a la charla, sólo se oía el piar de los pájaros y el distante choque de las olas contra las rocas.

— ¿No le has dicho que te vas? — inquirió y ella movió la cabeza en un gesto negativo.

— No.

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué crees? — Kayleigh estaba a la defensiva — . Me duele dejarlo. Puede pensar que lo estoy abandonando y eso no es cierto.

— Entonces no te vayas — Noah hizo un lado el plato.

— ¿Qué has dicho? — Kayleigh perdió el aliento.

— Lo has oído perfectamente, Kayleigh, pero lo voy a repetir. No te vayas. Quédate. Al menos una semana más.

— ¿Tú me lo estás pidiendo? — Kayleigh lo miró a su vez.

— ¿Cuántas veces quieres que lo haga? Sí. Te lo estoy pidiendo.

— Pero... ¿por qué?

— ¡Por amor de Dios! — Noah movió la silla hacia atrás y se puso de pie — . Pensé que deseabas quedarte, que no querrías abandonar a Ollie.

— Por supuesto que no lo deseo...

— ¿Entonces?

— No es tan simple — movió la cabeza de un lado a otro — . Noah, tengo un trabajo, una carrera. No puedo abandonar mis responsabilidades.

— Oh, no, por supuesto que no — Noah fue hasta el otro extremo de la terraza y se apoyó con la barandilla — . Había olvidado que nada puede compararse con tu ambición. ¡Para ti no existe la lealtad, la integridad, ni siquiera las necesidades de tu propio hijo!

— ¡Eso no es verdad!

— Sí, es verdad — la expresión de Noah era fría ahora — . ¡Cielos, juraría que Wells ni siquiera tuvo que presionarte para llevarte a la cama! Probablemente, estabas deseosa de demostrarle lo complaciente que eras!

— ¡No digas eso! — Kayleigh se levantó de la mesa y se enfrentó a él — . Sabes que eso no es verdad. Si yo fuera tan ambiciosa como dices, ¿por qué no seguí trabajando con Blaine? ¿Por qué dejé de trabajar con él después de que Ollie nació?

— No puedo saberlo, ¿o sí? — Noah se encogió de hombros — . Me imagino que Wells anuló tu contrato.

— No — Kayleigh agitó la cabeza — . No, Blaine quería que siguiera trabajando para él, en su agencia, pero yo no acepté.

— ¿Por qué hizo que sacaras a luz tu secretito?

— No, porque me chantajeó para que trabajara en su agencia mucho después de que tú y yo... empezáramos nuestra relación.

— ¿Qué quieres decir? — Noah frunció — el ceño.

— ¿Recuerdas cuando me pediste que nos casáramos? — Kayleigh soltó el aire contenido — . ¿Por qué crees que no acepté?

— Porque querías seguir adelante en tu carrera...

— No — Kayleigh no podía permitir que pensara eso — . No lo hice porque era la única forma de evitar que Blaine arruinara nuestras vidas. Pero ya ves, al final se salió con la suya. Si bien, con un poco de mi ayuda.

— ¿Realmente quieres que crea eso?

— Es la verdad.

— Kayleigh, tú ibas a abortar.

— ¡No! — Kayleigh estaba fuera de sí — . Algunas veces puedes ser muy tonto. Si yo quería abortar, ¿por qué no lo hice? Pude hacerlo, ¿o no? La oportunidad estuvo en mis manos.

— No lo hiciste porque de alguna manera te enteraste de que Wells me había advertido de tus planes — le respondió con tristeza — . Y como no sabías exactamente qué me había dicho, regresaste volando con la esperanza de ganarle la partida.

— Está bien — Kayleigh alzó los hombros — . Si eso es lo que quieres creer, no puedo evitarlo.

— Por supuesto que no — el rostro de Noah estaba más pálido ahora.

— De acuerdo — suspiró Kayleigh — . Aunque no podrás negar que dejé la agencia de Blaine cuando se suponía que más lo necesitaba.

— ¿Por qué lo hiciste?

— ¿Después de lo que me hizo? — Kayleigh se indignó.

— Tal como yo lo veo, él sólo dijo la verdad. Algo... algo que tú no hiciste... en los dos años que vivimos juntos.

— ¿Y haberme arriesgado a que me dejaras antes? — protestó cortante, sabiendo que no debía discutir con él en esas condiciones, mas sin poder evitarlo — . Dios mío, Noah. ¡Exiges demasiado! ¿Nunca has cometido ningún error?

— Mi error fue haberme relacionado... contigo — murmuró sin fuerza — . Tan pronto... tan pronto como supe con quién estabas... debí... darte la espalda.

— Pero, ¿por qué? — Kayleigh pestañeó — . ¿Qué tienes contra Blaine... además de que me haya hecho daño? Debías estarle agradecido. ¡Te salvó de mí!

— Tú no... entiendes — Noah movió la cabeza.

— Entonces, hazme entender.

— Está bien — Noah cerró los ojos y Kayleigh se alarmó. Entonces los abrió y la miró — . Wells... invitó a incorporarse a su agencia... a una chica que trabajaba... para mí. Ella no tuvo que contestar un anuncio del periódico... como tú lo hiciste. No era tan... ambiciosa. Pero era joven... e idealista... y adecuada para lo que Wells consideraba... un buen prospecto de modelo.

Kayleigh perdió el aliento. La similitud entre la historia que Noah le contaba y la suya era asombrosa. Pero, por supuesto, Noah no lo creería.

— De todas formas — prosiguió con evidente esfuerzo — , no cumplió con los requisitos . Oh... era una mujer muy atractiva... pero no era... fotogénica. Mi teoría es que Wells... lo supo desde un principio. Pero... él la deseaba... y preparó el terreno... cualquier cosa era poco para obtenerla.

— Ya veo — la voz de Kayleigh sonó fría.

Pero Noah no había terminado.

— No, no puedes ver nada — murmuró con sequedad — . Cuando se cansó y la abandonó... ella se suicidó — contuvo el aliento — . De alguna manera... ¡sólo Dios sabe cómo!... se vio metida en la droga... y usó una sobredosis. La policía vino a verme porque no tenía parientes y yo hice los arreglos para... enterrarla. Ahora ya sabes por qué odio a Blaine... Wells. Y por qué te desprecio por haberte dejado utilizar.

— Él no me utilizó — se quejó Kayleigh.

— Oh, no, lo olvidaba — dijo Noah con sarcasmo — . Tú lo usaste a él, ¿verdad? Hubieras hecho cualquier cosa por conseguir el éxito.

Capítulo 10

Kayleigh metió la llave en la cerradura y entró en su apartamento. Cerró la puerta y se apoyó contra el marco. Estaba cansada, muy cansada. Desde que había regresado a Londres libraba una batalla perdida contra una depresión producto de un problema más mental que físico y empezaba a preguntarse si podría seguir adelante con su trabajo. Ya no tenía interés en su carrera, asistía a las sesiones de fotografía sin ilusión ni entusiasmo.

Por supuesto, Zara estaba preocupada por ella. Sospechaba lo que le sucedía y actuó en consecuencia. Pero las charlas a corazón abierto que sostuvieron no fueron suficientes. Kayleigh no podía dejar atrás su pasado.

Tal vez, si hubiese dejado Lacuma Lay en circunstancias diferentes... si esa charla con Noah no hubiese existido, habría podido partir de la isla con menos dolor.

Cuando Noah la invitó a quedarse, ella se negó. No permitiría que la volviera a lastimar. Sin importarle sus puntos de vista, ella se mantuvo firme. No iba a dar la espalda a sus responsabilidades, además, se lo prometió a Zara.

No obstante, al salir de la isla no actuó como una mujer madura. En vez de dejar que Noah le dijera lo que pensaba, huyó como una cobarde. Cuando lo dejó en la terraza fue directamente a su dormitorio y guardó sus pertenencias; observó largamente a su hijo mientras dormía, le escribió una carta y salió de Wood por última vez.

Había tomado prestado el jeep y en su recorrido hasta el embarcadero, rezó porque el trasbordador no hubiese partido. Tuvo suerte al encontrar la embarcación. El capitán Payton parecía estar esperándola. Al subir, partió de inmediato. La miró como si imaginara que Noah la estaba lanzando de nuevo.

Se preguntó si Noah se pondría en contacto con ella cuando llegara a Londres, pero no lo hizo. Durante los tres meses que hacía que había regresado, no volvió a saber de Ollie, a pesar de haberle escrito varias veces. Esperaba que alguien le leyese esas cartas. Sufría al pensar que no hubiera entendido sus razones para dejarlo.

Al enderezarse de nuevo, vio a sus pies los sobres que estaban en el suelo. Se agachó y recogió las cartas sin interés, luego se dirigió a la sala.

No hacía demasiado calor en el apartamento. Estuvo en Escocia los últimos tres días y septiembre en Londres empezaba siendo más caluroso que otros años. Puso las cartas a un lado, abrió las ventanas, se dejó caer en el sofá y cerró los ojos.

El timbre del intercomunicador sonó. Al parecer, se había quedado dormida, porque abrió los ojos, desorientada. El timbre volvió a sonar y ella se puso de pie. Tenía una

visita. No imaginó quién podría ser. Zara había estado en Escocia con ella, y de regreso fue directamente a casa con su esposo; además, a las siete de la noche en viernes, la mayoría de la gente o preparaba la cena o se arreglaba para salir.

Levantó el teléfono que comunicaba con la recepción y trató de no parecer impaciente.

— ¿Sí?

— ¿Mami? ¿Mami, eres tú?

— ¡Ollie! — las rodillas se le doblaron y tuvo que agarrarse a la silla para no caer.

¿Estaría soñando? ¿Sería una alucinación? Ollie no podía estar abajo.

— Sí, soy yo.

— ¿Podemos subir? Le he dicho a Cassidy que tienes que apretar un botón para que podamos subir.

— ¿Cassidy? — Kayleigh parpadeó, e incrédula pulsó el botón — . Por favor, subid.

Los esperaba en la entrada cuando se abrieron las puertas del ascensor y vio a Cassidy y a Ollie. Pero no a Noah. No obstante, el hecho de volver a ver a su hijo le devolvió la vida; y cuando corrió a sus brazos, las lágrimas se deslizaron incontenibles por sus mejillas.

— Te apuesto a que te has sorprendido al oír mi voz — declaró Ollie después de un momento, echando su cuerpecito hacia atrás. Volvió el rostro hacia la joven de color — . Te dije que aquí era donde vivía mi madre. Ven, te enseñaré lo alto que estamos. Desde aquí puedes ver los tejados de las casas, y de los rascacielos, como los que me enseñó mi papá en Nueva York.

— Después, Ollie — Cassidy estaba menos entusiasmada que el pequeño y aunque Kayleigh no notó resentimiento en su hijo por su desaparición de Lacuma Lay, percibió cierta molestia en los ojos de la chica — . ¿No crees que debes decirle a mamá cómo has llegado aquí? Tal vez tenga que salir, o recibir visitas.

— Oh... sí.

Ollie parecía indeciso, pero Kayleigh no quiso que se angustiara.

— No, cariño, no voy a salir. Tampoco espero a nadie — le aseguró — . Estás feliz de verme. Mmm... ¿no vas a pasar, Cassidy? Podemos hablar aquí dentro.

Ollie corría de un lado a otro. Cassidy asintió con la cabeza y entró en el apartamento. Cerró la puerta y siguió a Kayleigh hasta la sala. Se detuvo y miró con interés. Era obvio que encontraba la decoración del apartamento de su agrado, pues sus labios formaban una perfecta «O» de asombro.

— Es bonito, ¿verdad? — le preguntó Ollie — . No tan bonito como Wood, pero bastante aceptable.

Sus palabras rompieron el silencio. Cassidy volvió la cabeza hacia Kayleigh y asintió.

— Es muy bonito — se estremeció un poco.

Era evidente que estaba incómoda. Kayleigh se sorprendía de que Noah la hubiese enviado a Londres con Ollie. Creyó conveniente aliviar la tensión de la joven y le señaló una silla.

— Por favor — le sugirió — . ¿No quieres sentarte?

Cassidy lo hizo con nerviosismo.

— ¿Puedo tomar algo de beber? — pidió Ollie — . Papi me prometió una limonada antes de salir, pero se quedó hablando por teléfono y se le olvidó.

— ¿No has tomado nada desde que saliste de la isla? — preguntó Kayleigh asombrada. Miró a Cassidy — . No entiendo... ¿cómo es posible...?

— ¡No he dicho que desde Lacuma Lay! — exclamó Ollie antes de que Cassidy pudiera contestar — . Desde que salimos del hotel, por supuesto. Papi está aquí en Londres. ¿Lo sabías?

— No, no lo sabía — Kayleigh tragó saliva.

— Pues sí, aquí está — afirmó Ollie — . Cuando regresó a casa del hospital, me dijo que necesitábamos unas vacaciones y por eso…

— ¿Cuándo regresó del hospital? — lo interrumpió Kayleigh. Sus ojos iban de Cassidy a su hijo una y otra vez — . ¿Qué quieres decir con eso del hospital? ¿Te refieres a antes de que yo llegara a Lacuma Lay?

— No — Ollie se impacientó y al ver la agitación de Kayleigh.

Cassidy intervino.

— El señor Noah sufrió otro colapso después de que usted regresó a Londres — declaró en voz baja oprimiendo sus manos — . El señor Faulkner lo llevó al hospital en Miami y Ollie y yo nos fuimos a casa de la señorita Carmen. Ahora ya está mejor — agregó al notar la palidez de Kayleigh — . Mucho mejor, casi normal.

— ¿Puedo beber algo?

Como cualquier niño de cinco años, a Ollie le preocupaba más su comodidad que el estado de salud de su padre. Para él, Noah era invencible y Kayleigh pensó en la maravillosa inocencia de su hijo.

— Si me enseñas en dónde está la cocina de tu madre, te daré algo de beber — declaró Cassidy poniéndose de pie. Miró a Kayleigh con inusitada simpatía — . Usted descanse, señorita Kayleigh. Le prepararé un té.

Cuando regresaron, Kayleigh ya estaba más tranquila. Pero la noticia de que Noah había sufrido una recaída la tenía preocupada. La alteraba tanto como el saber que Noah estaba en Inglaterra. Le sorprendía que hubiese llevado a Ollie a que la visitara.

El té que Cassidy le preparó estaba cargado y dulce y aunque ella no acostumbraba a tomar azúcar, no protestó. En esos momentos deseaba tener una madre, alguien en quien confiar, pensó.

Cassidy permitió que Ollie la llevara hasta la ventana mientras Kayleigh bebía el té.

Ésta parecía muy sorprendida por el comportamiento de la mujer.

Después, cuando vio que Ollie se encontraba entretenido mirando a los trabajadores de un edificio de construcción, Cassidy regresó a sentarse. Aunque no estaba completamente relajada, ya parecía menos tensa. Kayleigh puso la taza a un lado.

— ¿Se siente mejor ahora? — preguntó Cassidy evitando mirarla a los ojos — . Supongo que le ha afectado saber que el señor Noah ha estado en el hospital. Él le prohibió a la señorita Carmen que se lo dijera a nadie. La señora Richmond se enteró por accidente cuando llegó a visitar a su hija.

— Ya veo — Kayleigh movió la cabeza.

— A usted... le preocupa el señor Noah, ¿verdad? — preguntó Cassidy con voz apenas audible. Kayleigh lo miró sorprendida — . ¿Sabe?, yo creía que no. Ni siquiera lo creí cuando mamá grande me lo dijo. Pero ahora sé que sí.

— ¿Por eso — Kayleigh humedeció sus labios — te molestó mi presencia en Wood? — notó que la joven se sonrojaba.

— Sí, madame.

— ¿Tú sabes la razón por la que yo... dejé la isla cuando esperaba a Ollie?

— Oh, sí, madame. Lo sé. Pensaba que a usted no le importaba el señor Noah. No lo suficiente como para casarse con él y olvidarse de su carrera.

— Las cosas no fueron así — Kayleigh negó con la cabeza.

— No, madame — Cassidy hizo una mueca — . Ahora me doy cuenta. Pero ya no se preocupe por el señor Noah. Él está bien. De no ser así, no habría venido a Londres para arreglar algunos negocios.

— ¿Ha venido por cuestiones de trabajo? — Kayleigh se quedó sin aliento.

— Sí, madame.

— Eso parece más lógico — suspiró Kayleigh.

— Mmm — Cassidy suspiró también.

De pronto se puso de pie.

— ¿Adónde vas? — Kayleigh la miró angustiada, temiendo que fuese a decir que tenían que irse.

— Voy a dejarlos solos un rato — respondió Cassidy dirigiéndose hacia la puerta.

Kayleigh se levantó también, sintiéndose comprometida ahora que Cassidy era tan amable.

— ¡No hay necesidad de que te vayas! Te lo digo sinceramente. No me incomoda que te quedes. Prepararé algo y cenaremos juntos.

— Todo está bien, señorita Kayleigh — Cassidy sonrió agradecida — , pero el chofer del señor Noah está afuera. Él me llevará al hotel. El señor Noah me ha pedido que le dijera que mandará por el niño más tarde. Eso siempre y cuando usted no vaya a salir a alguna parte.

— Oh, no. No — Kayleigh volvió el rostro para observar a Ollie y después miró a Cassidy otra vez — . Gracias. Gracias por traerlo. Y gracias por... creer en mí. Eso me alegra, te lo aseguro.

Cassidy sonrió, agitó una mano despidiéndose de Ollie y salió. Kayleigh cerró la puerta, puso la llave y la cadena de seguridad y se acercó a su hijo.

Una hora más tarde, Kayleigh pensó lo vacío que estaría su apartamento cuando Ollie se fuera. El suelo estaba lleno de juguetes que ella guardaba y el niño disfrutaba con sana alegría. Había un vaso medio vacío de zumo de naranja sobre la mesa del centro y migajas de panecillos en la alfombra. En la cocina quedaron restos de la pizza que ella había preparado.

Kayleigh colocaba las piezas del edificio de juguete con el que Ollie se divertía desbaratando una y otra vez, cuando sonó el timbre del intercomunicador. «Es Cassidy, ya está de regreso», pensó Kayleigh, con profunda tristeza al saber que Ollie se iría. Resignada, se levantó.

— ¿Puedo hacerlo yo? ¿Puedo? — pidió el niño entusiasmado al recordar qué botón debía pulsar para que subiera el ascensor.Kayleigh lo levantó para que pudiera coger el auricular — . ¿Sí? — preguntó imitando a su madre.

Kayleigh casi lo suelta cuando oyó una voz masculina.

— ¿Está tu madre ahí?

— ¡Es papi! ¡Es papi! — exclamó Ollie.

Kayleigh lo bajó al suelo a pesar de sus protestas y cogió el aparato.

— ¿Noah?

— ¿Quién sino? — pero su voz era insegura — . ¿Puedo subir?

Kayleigh dudó. Noah jamás había estado en su apartamento. Cuando regresó de la isla, humillada y abatida, vendió el anterior y compró ése, pues no deseaba que nada le recordara la época feliz que vivieron juntos. Desde entonces, era su único refugio. Desde entonces, ningún hombre había compartido su cama, ni había usado su baño. Nadie había dejado manchado el espejo con crema de afeitar. ¿En realidad deseaba que Noah subiera cuando le había costado tanto trabajo encontrar la paz?

— Aprieta el botón, mami.

Ollie se moría de impaciencia, Kayleigh lo miró con ojos indecisos. A los cinco años, todo parece tan simple. Alguien toca a la puerta y abres. Alguien pisotea tu corazón y... sigues adelante.

— ¡Mami! — la presionó Ollie — . Mami, es papi. Aprieta el botón. Es ése. ¡Ése! — alargó su dedo para señalar el botón, pero al verla inmóvil, él mismo lo oprimió.

— ¡Oh, Ollie!

Kayleigh reaccionó, pero era demasiado tarde. De un momento a otro se abriría la puerta del ascensor. El pequeño estaba ansioso y ella no podía culparlo, después de todo, Noah era su padre. ¿No era natural que ella le permitiera subir?

Sabía que no podría eludir lo inevitable sin herir a su hijo, así que hizo sus sentimientos a un lado y abrió la puerta. Al quitar la cadena, Ollie salió al corredor y se detuvo frente al ascensor.

Fue Cassidy la que salió primero, Ollie apenas le sonrió y se lanzó para coger la mano de su padre.

— ¡Yo he sido quien ha pulsado el botón para que pudieras subir! — exclamó orgulloso. Noah hizo un alto en el corredor — . Mami había olvidado cuál era, pero yo se lo recordé.

— ¿Has hecho eso?

Noah hablaba con dificultades y Kayleigh creyó por un momento que aún no estaba bien, aunque no tenía mal aspecto; ella se dio cuenta por la forma en que se movía y por el brillo de sus ojos, de que su inseguridad no se debía a un impedimento físico.

— Kayleigh — la miró ansioso y expectante — . Espero que no te moleste que haya subido. Quería verte y la mejor forma en las presentes circunstancias...

— ¿Qué circunstancias?

Ahora que Noah estaba en perfecto control de sus facultades, Kayleigh se permitió el lujo de mostrar sus resentimientos. «¿Por qué ahora?», pensó .«¿Qué razón puede tener para venir?».

— Las circunstancias que garantizan una charla contigo... en privado — agregó y miró a la chica de color — . Cassidy, lleva a Ollie al hotel, por favor, — Ollie protestó — . Haz lo que te ordeno, hijo. Te prometo que mañana verás a tu madre otra vez. Ahora ella y yo tenemos que hablar de cosas que un pequeño como tú no entendería.

— ¿Tenemos? — Kayleigh iba a protestar, pero se contuvo por la presencia de Cassidy y de su hijo.

— Pero yo quiero dormir aquí esta noche — Ollie insistió mirando a su padre con indignación — . Me dijiste que podría quedarme con mami — lo acusó resignado — . No quiero ir al hotel.

Kayleigh miró a Noah exigiendo una explicación, pero él no estaba dispuesto a darla.

— Mañana — fue todo lo que dijo con energía.

Ollie supo que no había nada que hacer.

— Dale a mami las buenas noches — le indicó Cassidy gentil y lo instó a seguirla.

— Te veré mañana — confirmó Kayleigh — . Pórtate bien con Cassidy.

Esperaron hasta que se cerraron las puertas del ascensor y se digirieron al apartamento. A pesar de su enojo, Kayleigh se sintió confundida cuando Noah preguntó:

— ¿Puedo pasar?

— ¿Cómo podría impedírtelo? — respondió, y encogiendo los hombros, sus nervios se alteraron cuando él cerró la puerta.

La sala estaba de cabeza, tal y como Ollie la había dejado, pero ahora le pareció peor. Imaginó lo que Noah pensaría al ver el desorden. Sin embargo, ella no tenía servicio. Sólo contaba con la ayuda de una chica que iba dos veces por semanas; además, la consideraba más amiga que una empleada.

— Estoy seguro de que Ollie es el responsable de esto — Noah sonrió comprensivo.

Kayleigh hizo una mueca.

— Hemos sido los dos — respondió con sequedad al darse cuenta de su apariencia.

Cuando Cassidy salió esa tarde, ella cambió su elegante vestido por un pantalón de algodón y una camiseta, ropa que no era demasiada adecuada para recibir a Noah.

— ¿Puedo sentarme?

— Si encuentras dónde — Kayleigh se humedeció los labios con la lengua.

Deseó que dijera lo que quería y se fuera.

Pero, no podía negar el placer que sentía al verlo. Ahora parecía más fuerte, más repuesto, aunque aún había algo de inseguridad en sus movimientos. Si ella no lo hubiese conocido tan bien, habría dicho que estaba nervioso también.

Sin saber qué hacer, si sentarse, quedarse de pie, recoger la sala, o dejarla como estaba, Kayleigh se oprimía una mano con otra y lo observó mientras él se sentaba en el sofá. No estaba de humor para entablar una charla de amigos.

— ¿Por qué no te sientas? — preguntó Noah al notar su impaciencia — . Te prometo no lanzarme sobre ti... a menos que tú me lo pidas, por supuesto.

Kayleigh se sentó en un sillón.

— Eres muy gracioso. ¿Qué... qué haces aquí, Noah? ¿Qué satisfacción puedes sentir burlándote de mí?

— No me estoy burlando de ti, Kayleigh — le aseguró — , de mí, tal vez — después de un instante continuó — . Pensé que al menos te gustaría ver a Ollie. Se molestó mucho cuando lo dejaste sin avisarle.

— Por supuesto que estoy feliz de ver a Ollie. Y... yo también... me sentí mal cuando salí de la isla — respiró hondo y se enfrentó de nuevo a él — . Yo... siento mucho que hayas tenido una recaída. Cassidy me ha dicho que volviste al hospital.

— Sí, así fue — Noah se desabrochó el botón de la chaqueta y colocó los brazos a ambos lados del sofá. El movimiento tiró de los botones de la camisa, dejando a la vista parte de su bronceada piel — . Me imagino que debí comprenderlo desde el principio. Tenías razón. Necesitaba olvidarme de los negocios. Por si te interesa, desde hace dos semanas, Elliot Ross está al cargo de la corporación.

— Ya veo — Kayleigh no pudo ocultar su sorpresa — . Pero Cassidy ha dicho que estabas aquí por cuestión de negocios.

— Negocios personales — rectificó Noah — . ¿Tienes alguna bebida por aquí?

— Tengo jerez, eso es todo.

— ¿Me podrías ofrecer una copa? — preguntó titubeando — . Me caería muy bien.

Kayleigh dudó un momento y después cruzó la puerta que daba al comedor y de allí a la cocina.

El jerez estaba en la alacena. Era una botella que usaba ocasionalmente para cocinar, pues lo único que acostumbraba a beber sola era vino de mesa.

Temblaba al servir el jerez en la copa, por lo que algunas gotas se derramaron sobre el mueble.

— ¡Demonios! — murmuró fuera de sí, y al volverse para coger un paño, descubrió que Noah estaba a su lado.

— ¡Hey! — exclamó él, cogiéndola de las manos — . ¿Qué te pasa... ? Oh, ya veo. Complicaciones.

— No es nada.

Al darse cuenta de que estaba al borde de las lágrimas, Noah añadió:

— Espera, si no deseas servirme nada, no importa. No voy a morirme.

— No es eso — dijo limpiándose la mejilla con el dorso de la mano — . Yo... yo sólo estoy... algo cansada. Ha sido un día muy largo.

— ¿De verdad? — la miró con aparente inocencia — . Yo lo he hecho más largo, ¿verdad?

Kayleigh negó con la cabeza, pues no podía hablar. No podía soportar esa actitud. Si él actuase con sarcasmo, sería más fácil, pero contra tal modestia, no podía hacer nada.

— Estás cansada — con el pulgar le quitó una lágrima de la mejilla — . ¿Yo soy el responsable?

— ¿De que esté cansada? — Kayleigh casi gritaba — , no, por supuesto que no. Pasé tres días extenuantes en Escocia. No obstante, es bueno saber que no me veo tan mal como me siento. Gracias.

— No seas tonta — Noah se exasperó — . Tu aspecto es perfecto. Jamás podrías verte mal. Tan sólo he querido decir...

— Sé muy bien lo que has querido decir.

— ¡No, demonios, tú no sabes nada! — Noah la increpó impidiéndole el paso — . ¡Por alguna razón, estás decidida a creer lo peor de mí!

— ¿Lo peor de ti? — la voz de Kayleigh volvió a la normalidad — . Eso se queda para mí, o, ¿acaso no es lo que has pensado durante mucho tiempo? — tomó aire — . ¡Oh, es ridículo! No quiero discutir contigo, Noah...

— ¿No quieres? — la cogió del cuello con ambas manos para obligarla a mirarlo a los ojos — . Pues estás haciendo todo lo contrario.

— Oh...

Se dio cuenta de que tenía razón y siguiendo un impulso incontrolable, dejó caer su cabeza hasta que su frente tocó la sedosa tela de la camisa de Noah. ¡Se sentía tan bien! Por un momento disfrutó de la protección que le brindaba. Pero al darse cuenta de lo que hacía, quiso retirarse. Los brazos de Noah la rodearon; y ella no pudo moverse. En la involuntaria necesidad de tocarlo, lo invitó a participar y ahora los músculos de su pecho y vientre la oprimían, y sus muslos rozaban los de él, provocando una agradable intimidad.

— Noah... — intentó alejarse empujándolo por los brazos.

Pero cuando alzó la cabeza para mirarlo, Noah inclinó la suya y rozó sus labios.

De inmediato respondió a la invitación. A pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, cuando él la tocaba, su cuerpo reaccionaba y la sangre corría de prisa por las venas. El placer de sentir sus besos la excitaba sin morder evitarlo.

— ¿Por qué... por qué has venido? — empezó a protestar, pero los labios de Noah acariciaban la columna de su cuello.

— Ahora no — gimió Noah.

— Sí, ahora — se sobrepuso a pesar de la caricia enloquecedora en su hombro — . ¿Cómo puedo saber que no estás tratando de atormentarme otra vez?

— Sería mejor que dijeras «atormentándote a ti mismo» — le susurró al oído.

Kayleigh sabía que debía detenerlo. Después de aquella noche en la isla, debía tener fuerzas para decirle que estaba equivocado, que se fuera de allí en ese momento, antes de que sucediera algo irremediable; pero no lo hizo. Quiso convencerse de que estaba demasiado cansada para tener la fortaleza de luchar contra él, que él era más fuerte... y muchas otras cosas... pero nada era cierto. Al volver a besarla, su lengua se introdujo sensualmente entre sus labios y ella no deseó hacer nada más que responder a sus demandas. Lo había deseado tanto tiempo y ahora que estaba entre sus brazos... se sentía la mujer más feliz del mundo.

— Vamos a un sitio más cómodo — murmuró Noah con voz grave, separando su boca con esfuerzo.

Kayleigh movió la cabeza de arriba a abajo. La cogió de la mano y la condujo a través del comedor y de la sala hasta la habitación que ella misma le indicó. Allí, se dejó caer sobre la cama y Noah la cubrió con su cuerpo.

— Así está... mucho mejor — declaró él — . Cielos, Kayleigh. Temí haberte perdido.

El peso del cuerpo de Noah le impedía respirar con naturalidad, con voz entrecortada le contestó:

— Aún no. Pero si no me dejas respirar, no te aseguro nada.

— ¡Oh! — de inmediato se hizo a un lado y quitándose la chaqueta la tiró al suelo — . Lo siento — le dijo hundiendo el rostro en el hueco que formaba sus senos — . Necesito estar cerca de ti.

— Yo también — Kayleigh le pasó los brazos por el cuello — . Oh, Noah, bésame...

No esperó que se lo pidiera otra vez. Ante tal urgencia, Kayleigh respondió con vehemencia. Amaba a ese hombre, lo amaba desde hacía ocho años, y nada ni nadie podría cambiar esa realidad.

Cuando él la despojó de su ropa, lo vio arquearse contra su cuerpo, y alargando los brazos, Kayleigh lo rodeó entregándose completamente.

— Esto es maravilloso — las palabras de Noah eran al mismo tiempo una pregunta y una respuesta.

Kayleigh suspiró.

— Es maravilloso — repitió y sus manos seguían acariciando su cabeza.

La frente de Noah estaba tan húmeda como la suya y su pelo sedoso se enredaba entre sus dedos.

— ¿Eres feliz? — la miró a los ojos.

— Muy feliz — sonrió satisfecha.

— Entonces... ¿por qué este saborcito salado en tu rostro? — tocó con la lengua la piel de su mejilla.

En ese instante, Kayleigh descubrió que estaba llorando.

— ¡Demonios! — exclamó secándose.

Admitió que el acto de hacer el amor no significaba que existiera amor entre ellos, además Noah no había dicho que la amaba. Había afirmado que la deseaba... y la tuvo, sin duda alguna. Pero, ¿cuánto la deseaba?, y, ¿por cuánto tiempo?

Al verlo relajado, se levantó de la cama, se puso la bata, la anudó a la cintura, y le dijo aún con la emoción en la garganta.

— Creo... creo que ahora soy yo quien necesita un jerez — trató de que su voz sonara tranquila — . ¿Podríamos tomarlo en la sala?

— Olvida la sala y el jerez — Noah la miró desconcertado — . ¿Qué pasa, Kayleigh? ¿Por qué lloras? ¡Por Dios...!, creí que nos conocíamos mejor. No me digas que hemos cometido un error.

Kayleigh sollozó de nuevo y bajó la cabeza, intentando sobreponerse.

— ¡Kayleigh! — su voz era dulce como si presintiera el grado de su alteración — . Kayleigh, ¿qué pasa ahora...? Tú lo deseabas tanto como yo, ¿verdad? Cielos, estoy seguro de que lo deseabas. Puedo parecer arrogante, pero no estoy ciego.

— Está bien, está bien. Sí. Deseaba que me amaras, pero hasta ahora, no sé por qué lo has hecho. Cuando estuve en Wood...

— Cuando estuvimos en Wood, fui un necio — aceptó Noah — . Te deseaba, pero mi orgullo me impedía admitirlo. Y cuando... cuando te fuiste... pensé que era demasiado tarde.

— Lo siento — la respiración de Kayleigh era angustiosa, además no podía creer lo que Noah le acababa de decir.

— Lo sientes — repitió intranquilo — . ¿Qué es lo que lamentas? ¿Lo sientes por mí o por los seis años perdidos de nuestras vidas? Yo soy el que debe lamentar haber hecho caso a las mentiras de Wells.

— ¿Quieres decir — Kayleigh pestañeó — que Wells te dijo algo de mí?

— Algo, pero fue suficiente — Noah suspiró.

— ¿Qué intentas decirme? — Kayleigh estaba confundida.

— ¿Recuerdas el día que saliste de la isla? — Noah la miró fijamente — . No hace seis años... cuando saliste hace tres meses.

— Sí.

— Ese día hablé con Wells.

— ¿Por qué? — Kayleigh no comprendía.

Noah buscó las palabras adecuadas.

— ¿Recuerdas lo que comentamos el día que saliste?

— No... no con exactitud.

— ¿No recuerdas que me dijiste que te estuvo chantajeando para que permanecieras en su agencia cuando vivimos juntos?

— Oh... eso — Kayleigh se encogió de hombros.

— Sí, eso — asintió Noah — . No estoy orgulloso de lo que hice, pero estaba preocupado por probar que mentías.

— Me doy cuenta.

— No, no comprendes — Noah la miró suplicante — . Kayleigh, durante seis años, traté de olvidarte, pero no pude. Cuando te volví a ver esa tarde en Wood, me di cuenta de que había estado perdiendo el tiempo, pero me negué a aceptarlo. Ahora sé que un amor como el nuestro... un amor como el que sentía y sigo sintiendo por ti no desaparece con sólo desearlo. Tal vez se adormezca un poco, pero al primer tirón renace con mayor fuerza.

— Noah...

— No. Escúchame. Por eso quise hablar de Wells, era mi última oportunidad para probarme que no me había equivocado.

— Pero, ¿qué le dijiste a Blaine?

— ¡Blaine! — Noah pronunció el nombre con desprecio — . Algunas veces he pensado que debía matarlo. Dios sabe cuánto he pensado en ello. Especialmente estos últimos tres meses mientras estuve en el hospital. Solía fantasear eligiendo la manera de hacerlo. Pero ahora que estoy bien otra vez, y que podría arrancarle la vida, he llegado a la conclusión de que mi libertad es más valiosa que su vida.

— ¡Oh, Noah! — Kayleigh corrió los dedos por la barandilla de los pies de la cama.

Noah se acercó hasta tocarla.

— Te amo, Kayleigh — le dijo cogiéndola por la barbilla — . Y quiero hacerte el amor otra vez, pero primero quiero terminar de decirlo todo.

— Hazlo — lo alentó Kayleigh.

— Está bien — Noah aspiró hondo — . Pensé en llamar a Wells cuando tú salías de Lacuma Lay. Ya era de noche cuando lo encontré. Estaba en su casa, algo que agradeceré eternamente. Hubiera sido terrible no encontrarlo.

— ¿Qué te dijo? — Kayleigh se mordió el labio.

— Casi todo — Noah estaba emocionado — . Oh, al principio insistió en sus mentiras. Él sostenía que tú sabías sus condiciones desde un principio, y que él y tú habíais sido amantes durante dos años, hasta que me conociste.

— ¡Dios mío! — Kayleigh sintió náuseas — . ¿Jamás terminará de mentir Blaine?

— Pero ese fue su error — cerró los ojos evocadores — . De pronto recordé aquella primera vez que hicimos el amor. No era posible que hubieses podido fingir aquel

temor. Eras tan inocente, Kayleigh. Lo supe entonces y lo sé ahora. Sólo que por algún tiempo permití que mi memoria lo olvidara — gimió — . ¡Si no hubiera estado tan ciego hace seis años! En aquel tiempo me dejé llevar de mi cerebro en lugar de dejarme ganar por mi corazón.

— ¿Estás seguro?

— ¿Lo dudas? — se acercó más y dibujó con su lengua los tiernos labios de la chica — . ¡Oh, Kayleigh! ¿Podrás perdonarme?

Kayleigh pasó los siguientes minutos probándole que podía. Más tarde, mientras yacía sobre las almohadas con una sensación de felicidad que la envolvía, preguntó:

— ¿Qué hiciste para que Blaine te dijera la verdad?

— ¿Recuerdas la historia que te relaté acerca de la chica que tomó una sobredosis? — Kayleigh asintió — . Bueno, pues lo amenacé con hacerlo público. Oh, dudo mucho que hubiera podido hacerlo, y tal vez me habría costado una pequeña fortuna lograrlo, pero lo asusté. Él sabe que esa publicidad perjudicaría la reputación de su agencia.

— Oh, Noah — Kayleigh lo abrazó y se acercó más — . Te amo.

— Lo sé — hundió el rostro en su perfumado cuello — . Pero dímelo muchas veces.

— ¿Es cierto que ya estás mejor — se aventuró a preguntar la chica — . Me preocupé tanto cuando Cassidy me dijo lo que pasó. Todo por mi culpa.

— No. Fue culpa mía y de Wells — le aseguró Noah — . Y Cassidy me dijo cómo te pusiste. Eso me dio valor para venir esta noche.

— Pero... venías a verme, ¿verdad?

— ¿Lo dudas? — Noah frotó la nariz contra su busto — . Querida, tú eres la única razón por la que Elliot Ross está a cargo de la compañía y de que yo esté aquí, en Inglaterra. Esperaba que me permitieran viajar para venir. Ése era mi único deseo mientras estuve enfermo.

— Ollie se pondrá feliz — comentó Kayleigh.

— Especialmente porque al fin sus padres han decidido echarse el lazo al cuello — comentó Noah — . Te casarás conmigo, ¿verdad? Si lo deseas, podrás seguir con tu carrera. Te prometo no presionarte hasta que tú decidas dejarla.

Kayleigh le cogió el rostro e hizo que la mirara fijamente.

— ¿Cuál carrera? — preguntó — . Tú eres mi carrera. Y Ollie. Y todos los hijos que tengamos. Zara lo entenderá. Ella se ha dado cuenta de que mi corazón no ha encontrado consuelo. desde que regresé de la isla.

— Deseaba oír eso; sin embargo, si alguna vez te sientes aburrida...

— ¿Contigo? No puedo imaginar algo menos probable. Voy a estar demasiado ocupada. No tendré tiempo de aburrirme. ¿Estás de acuerdo?

Noah asintió.